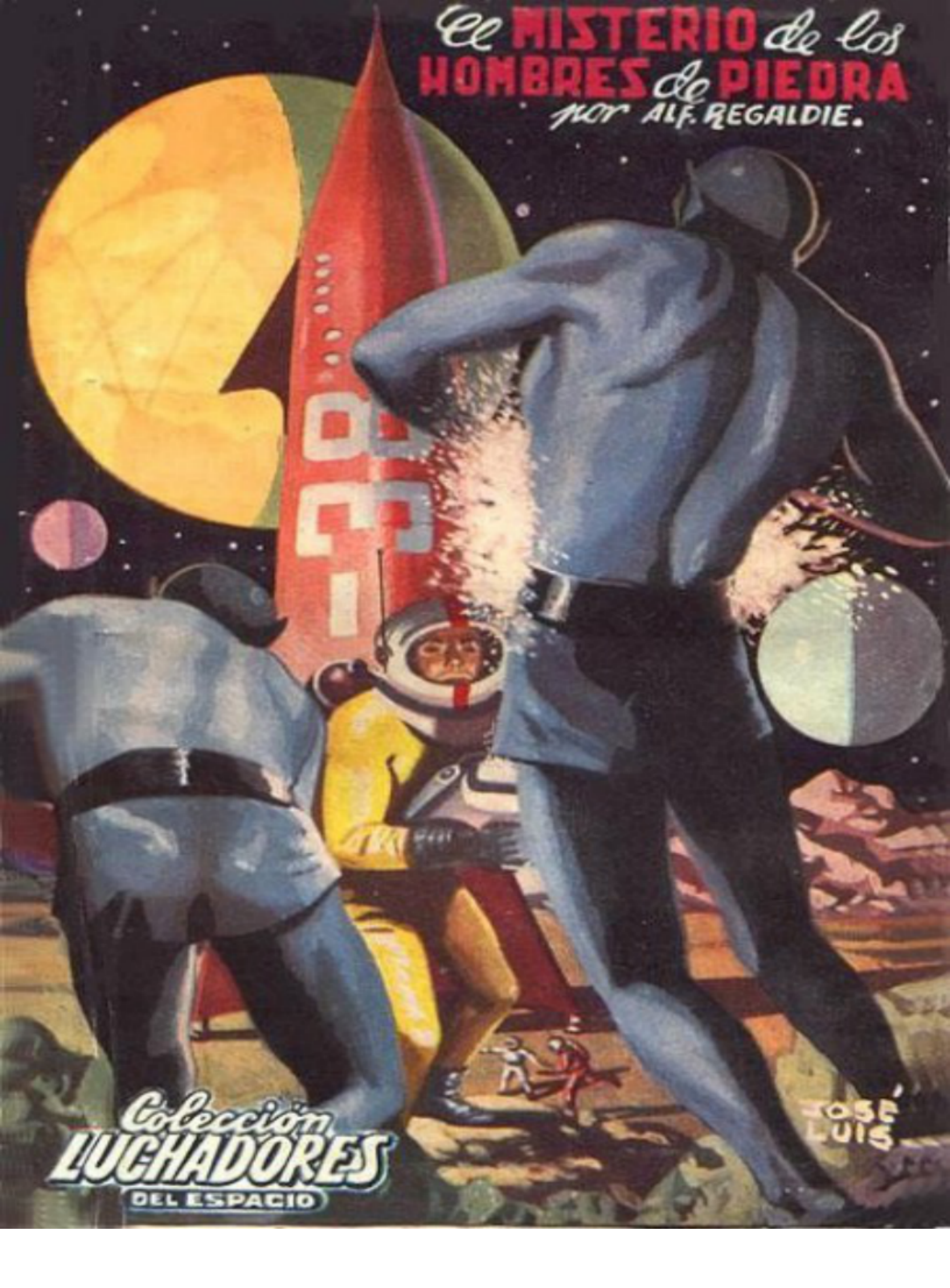

El MISTERIO de los HOMBRES de PIEDRA
por ALF. REGALDIE.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSE LUIS

Table of Contents

Annotation

Al sentir pasos a sus espaldas, Luis Arana, que se hallaba encaramado en el puesto de observación, se volvió viendo avanzar hacia él al segundo teniente Luis Pradera, jefe de los laboratorios de análisis de la isla.

El misterio de los hombres de piedra

Alf Regaldie

El misterio de los hombres de piedra

Luchadores del Espacio, 20


Alf. Regaldie
El Misterio de los Hombres de Piedra
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Luis Arana.— Comandante de la Policía Exterior de la Tierra.
Sarita Naranjo.— Prometida de Luis Arana.
Rosa van Doen.— Holandesa, libertada del planeta Sambia.
Don Damián Naranjo y doña Sara Lomas.— Padres de Sarita.
Joaquín Prast.— Primer teniente de la Policía Exterior de la Tierra.
Benito Oramas.— Segundo teniente de la Policía Exterior de la Tierra.
Luis Pradera.— Segundo teniente de la Policía Exterior de la Tierra.
Alférez Sacristán.— De la Policía Exterior de la Tierra.
Alférez Núñez.— De la Policía Exterior de la Tierra.
Sargento Santi.— De la Policía Exterior de la Tierra.
Sargento Roger.— De la Policía Exterior de laTierra.
Sargento Daoiz.— De la Policía Exterior de la Tierra.
Doc-Lam.— Jefe del pueblo de hombres acorazados.
Ñae-Ram.— Jefe del pueblo de hombres acorazados.
Dom-Ashar.— Caudillo de los hombres sintéticos de Sambia.
Bud-Dorko.— Ministro de Ras-Turai.
Ras-Turai.— Jefe de Turasai, la ciudad del Gran Cráter.
Profesores Riveiro y Hansen, de la Tierra.— Liberados en Sambia.

CAPÍTULO I



CAPITULO PRIMERO

CAPÍTULO I

CATACLISMO

Al sentir pasos a sus espaldas, Luis Arana, que se hallaba encaramado en el puesto de observación, se volvió viendo avanzar hacia él al segundo teniente Luis Pradera, jefe de los laboratorios de análisis de la isla.

—Señor...

—Diga, teniente.

—Ha sido analizada la carne del «gigantosaurio» y puede ser ingerida con toda tranquilidad. El doctor Kamoto, dice que es una verdadera lástima que no se haya podido coger entera la cabeza y las entrañas de estos monstruos. Asegura que hubiera resultado interesante en grado sumo, haber hecho un estudio a fondo del aparato respiratorio y de las vísceras de tales animales.

—Ya me lo imagino, pero fue imposible. Le aseguro que no es nada fácil enfrentarse con uno de esos monstruos, máxime si se tiene en cuenta que ni los subfusiles eléctricos pueden nada con ellos. Pero si no esos, podrá estudiar a placer otros animales que le proporcionaremos. Todos los problemas se irán resolviendo; tengo una extraordinaria fe en ello, teniente. Total, hace escasamente treinta días que logramos penetrar en este planeta, donde la naturaleza es totalmente diferente de la nuestra, donde casi todo nos es hostil y sin embargo se ha logrado bastante... y no pararemos. Confío en que, con los recursos que nos proporcionará el planeta, antes de que lleguen a agotársenos nuestras reservas, lograremos salir de aquí en dirección a nuestra Tierra.

—Si antes no se nos atraviesa alguno de los planetas de órbita fija y nos estrellamos con ellos.

—No es probable, aunque no lo reputo de imposible; pero según los cálculos realizados, dadas la velocidad y trayectoria de este planeta, salvaremos todos los escollos que nos pueda brindar el sistema solar. Los peligros mayores nos los ofrecen la trayectoria de Mercurio, con el que pasaremos casi rozando y la excesiva proximidad del Sol. Pero debemos hacer un esfuerzo todos para que, antes de que lleguen esos momentos, hayamos logrado salir ya de aquí. Tenemos casi un año por delante para que se produzca nuestro acercamiento a Mercurio...

Unos graznidos de acento un tanto agorero, graznidos que no habían escuchado los hombres de la Tierra desde su llegada al planeta Buitrago, llamaron entonces la atención de los dos hombres,

haciéndoles levantar la vista, y Luis Arana enfocó sus poderosos gemelos hacia el lugar de donde los desagradables sonidos procedían, descubriendo una numerosa bandada de extraños animales voladores, los mismos que fugazmente habían visto en el momento de su toma de tierra en el planeta y que, desde aquel momento, no había vuelto a ver.

—¡Fíjese, Pradera!, más que aves, parecen lagartos, lagartos voladores —exclamó el comandante Arana, dando muestras de viva agitación.

—Así es, señor. Pertenecen a una fauna primitiva en período de evolución. Tal vez algún día perderán las alas, se les irán atrofiando, y quedarán convertidos en verdaderos lagartos.

—O por el contrario, se adaptarán a la vida en el aire y perderán su larga cola y las plumas se les harán más potentes. Imagino que dependerá mucho de las conmociones geológicas por que seguramente ha de pasar aún el planeta. Porque imagino que, aunque el átomo obedezca a una composición diferente al de la Tierra, las masas que constituyen este planeta se habrán de ir asentando, encajando, a medida que se vaya contrayendo la materia por el enfriamiento de la misma y esto traerá, como antaño en la Tierra, una serie de conmociones, de plegamientos, de cambios de clima, etc.

Por unos instantes los dos hombres quedaron pensativos. Buitrago, según cálculos elementales realizados, tenía de trescientos a cuatrocientos mil años menos que la Tierra; quizá la diferencia fuese aún mayor y ello traía aparejado consigo toda la serie de peligros que ofrecían los mundos nuevos, en período de formación, con sus bruscos y repentinos cambios de tipo geológico en los que continentes enteros podían desaparecer mientras otros emergían bruscamente de las aguas; en que regiones cubiertas de nieve podían llegar a ser, casi tan bruscamente, zonas de tipo ecuatorial, mientras éstas podían llegar a convertirse en zonas heladas, donde la vida, sin los medios de lucha que proporciona una civilización avanzada, resulta totalmente imposible.

—Lo malo —dijo Arana como siguiendo el hilo de sus internos pensamientos, coincidentes casi en un todo con los de Pradera —, es que carecemos de sismógrafos...

—He pensado estos días en ello —repuso Pradera— y creo que podré fabricar uno valiéndome de un detector electromagnético...

El estruendo que producía una nueva y poderosa formación de volátiles interrumpió a Pradera, quien señaló para ellos.

—¡Ahí tiene más volátiles, pero éstos tienen una diferente estructura! ¡Dan más sensación de ser aves!

—Sí. Pero fíjese. Dan la sensación de que huyen de algo y llevan exactamente la misma dirección de las anteriores...

Mantúvose Pradera por unos instantes en silencio observando a las aves, y a continuación tornó a hablar dirigiéndose a su jefe:

—No me agrada nada esto, señor.

Y no había terminado aún la frase cuando el heliógrafo del *Escorpión Azul*, posado en el agua a menos de cien metros a popa de la isla flotante, comenzó a chispear, tratando de llamar la atención al comandante Arana quien se volvió rápidamente, respondiendo con un movimiento de brazos que se hallaba dispuesto a recibir el mensaje. Y el heliógrafo fue deletreando rápidamente: «Detector sonido registra profundos ruidos gran volumen, distancia aproximada doscientos kilómetros».

Luis Arana y Pradera cambiaron miradas de inquietud, reflejándose en los rostros de ambos la preocupación que sentían; y disponíanse a abandonar el puesto de observación cuando la masa de verdeante vegetación que tenía ante ellos, rota únicamente por el trazo de la amplia senda que habían abierto, comenzó a oscilar en violentas ondulaciones mientras un ruido profundo levantaba sus ecos por encima del verde, atrayendo la atención de ambos. Arana señaló hacia la movida vegetación.

—¿Será ese el ruido captado por el detector? Porque no me cabe la menor duda que se trata de esa especie de rinocerontes pequeños que en cierta ocasión estuvieron a punto de arrollarnos.

—Pudiera ser, aunque no lo creo. Señalaban una distancia de doscientos kilómetros…

Una manada de las bestias mencionadas por Arana, aparecieron ante la isla interplanetaria, irrumpiendo algunos en el camino, asomando otros el morro y el vértice de su lomo por entre la vegetación, pero corriendo todos alocadamente, como presos del mayor espanto. Contra lo que estaban habituados a verles realizar en otras ocasiones cuando eran perseguidos por los hombres acorazados, en vez de variar de dirección al llegar ante la vasta extensión de agua continuando su huida por la orilla, en esta ocasión, sin vacilación alguna, se lanzaron al agua, chocando muchos de ellos, ciegos en su huida, contra la estructura de la isla, produciendo retumbantes ecos en el interior de la misma.

—¡Van como locos! ¡Algo grave ocurre! —exclamó Arana.

El agua del lago comenzaba a rizarse por el viento, y Pradera señaló para el cielo que se iba cubriendo de densos nubarrones.

—¡Huyen de la tormenta!

—O de otra cosa peor…

El heliógrafo del *Escorpión Azul* tornaba a funcionar precisando datos de la velocidad de las ondas sonoras que captaba el detector.

—¡Estamos no sólo ante una tormenta, sino ante un seísmo, teniente Pradera, y no podemos calcular la importancia que esto

puede tener aquí...! Rápidamente se dirigieron ambos hombres al puesto de mando de la isla, colocándose Arana ante el radioteléfono que había logrado ser reparado, conectando comunicación con el *Escorpión Azul* emitiendo la contraseña de llamada que fue contestada inmediatamente.

—¡Atención! De comandante Arana a primer teniente Joaquín Prast, comandante accidental del *Escorpión Azul*.

—A la orden, señor —respondió inmediatamente la voz de Prast.

—Estamos ante una fuerte tormenta, y posiblemente ante algo peor, de bastante mayor magnitud, teniente. Deberá poner inmediatamente en marcha las máquinas del *Escorpión Azul* y estar dispuesto, para el momento en que le fuese ordenado, emprender el vuelo. Hasta tanto no le sea ordenado esto deberá mantener la distancia que nos separa.

—Comprendo, A la orden, señor.

Cortó Arana la comunicación con el *Escorpión Azul* y se dirigió entonces a la sala de máquinas de la isla.

—Pongan en funcionamiento las máquinas y dispongan todo para, si fuese preciso, despegar. Asegúrense de que todos los ventanillos y compuertas que dan al exterior están perfectamente cerradas... Nada más de momento.

—Sí, señor. A la orden.

Dirigióse Arana a Oramas que se hallaba trabajando con uno de sus ayudantes.

—¡Teniente Oramas!

—A la orden, señor.

—Forme dos brigadillas para que continuamente recorran el casco de la isla por si, a consecuencia de los fenómenos que se avecinan, se produjesen vías de agua. Repasarán las bombas de achique, asegurándose de su funcionamiento y las tendrán dispuestas para entrar en acción.

—Sí, señor.

—Los pasajeros que se recluyan en los departamentos que tienen asignados y que no salgan de ellos. Aunque imagino que la isla podrá resistir la embestida de los elementos, advertirá a las gentes que es preferible que permanezcan acostados en sus literas y con los cinturones de seguridad puestos. Aseguren por medio de cables y. de electroimanes las «zapatillas volantes» que tenemos en la isla y que don Damián Naranjo haga lo propio con las piezas que están fabricando y que por su peso y volumen puedan ser desplazadas del sitio y causar desgracias. Nada más de momento.

—Entiendo, señor. A la orden.

Tomadas las medidas que consideró imprescindibles, Arana, seguido siempre por Pradera, se dirigió de nuevo al puesto de

observación y una vez en él pudieron apreciar que se había iniciado un fuerte viento mientras el cielo habíase encapotado totalmente, cerrando por completo el paso a la luz del sol, sumiendo el paisaje casi en la noche.

Oteando el horizonte con sus gemelos, descubrió Arana una masa compacta, gris y movible, desplazándose a extraordinaria velocidad mientras a sus espaldas se agitaba otra masa, una mancha bastante más extensa, de parecido color, levantando unos y otros ligeras nubes de polvo al cruzar por los espacios libres de vegetación. Ambos grupos llevaban dirección hacia la isla planetaria, y el primero, menos numeroso, daba la impresión de que iba a ser absorbido, arrollado, aplastado por el segundo que daba la sensación de un marea incontenible.

Arana reconoció al punto en el grupo menos numeroso a sus amigos los «hombres acorazados» y en el otro grupo, una manada inmensa de los pequeños rinocerontes, pero que, en esta ocasión, en lugar de huir al acoso del hombre, espantados por los fenómenos que se iniciaban, acosaban a su vez, poniendo en peligro a los primeros.

Comenzaban a caer gruesos goterones que golpeaban fuertemente la cubierta de la isla, y pese a la refrigeración artificial, comenzaba a notarse en el interior de ella un calor asfixiante, una atmósfera sumamente enrarecida. Sin abandonar su puesto de observación, dirigióse Arana a la sala de máquinas:

—¡Atención, sala de máquinas! ¡Abran escotillas 2 y 3-B y compuertas correspondientes al exterior y lancen las pasarelas de ambas hasta el piso!

—A la orden, señor. Pero tenga en cuenta que entrará el aire intoxicado del exterior…

—Lo tengo en cuenta, teniente, pero es preciso. Actúe con rapidez y dispóngase a levantar las pasarelas tan pronto como dé el aviso…

Arana hallábase excitado, consciente del grave peligro que corrían sus amigos los «hombres acorazados» y vistió rápidamente una escafandra y armadura flexible de zirconio, saliendo inmediatamente a la pasarela tendida sobre tierra para desde ella, llamar la atención de los perseguidos y brindarles asilo y Pradera imitó su ejemplo, saliendo a la otra pasarela.

Para llamar la atención de los «hombres acorazados», dispararon al aire una descarga de rayos eléctricos y los perseguidos corrigieron ligeramente la dirección que seguían, enfrentándose a las pasarelas, dirigiéndose a ellas a toda velocidad de sus cabalgaduras, llevando cada vez más cerca de los cuartos traseros de éstas la vanguardia de la alocada masa de rinocerontes.

Con estrépito infernal irrumpieron los guerreros en la isla y apenas había puesto la última cabalgadura su pezuña sobre las

pasarelas, cuando Arana dio la orden de que éstas fuesen alzadas. Pero pese a la rapidez con que la sala de máquinas respondió a la maniobra, aun siete de las alocadas bestias lograron subir y colocarse en el interior de la isla sin que la velocidad con que las compuertas fueron cerradas pudiera evitarlo.

Afortunadamente los «hombres acorazados», acostumbrados a sortear incesantemente peligros, no perdieron la serenidad y apenas en la plataforma de la isla, se desperdigaron y mientras Arana y Pradera fulminaban a algunas de las bestias con sus descargas eléctricas, los guerreros, tras describir una breve circunferencia, atacaron a las bestias supervivientes por los cuartos traseros, descargándoles fuertes golpes de sus hachas dirigidos con destreza suma, a los tendones de las patas traseras, inmovilizándolas así primero para luego rematarlas rápidamente.

Mientras tanto, el alud de carne y huesos que formaban la enorme manada, se iban precipitando con terrible estruendo en el agua, levantando verdaderas olas de espuma y cieno, braceando furiosamente por ganar terreno y ser las primeras en huir al peligro, mientras otras, cegadas por el terror, se precipitaban contra la isla, destrozándose en muchos de los casos, quedando convertidas en sanguinolentas masas que desaparecían prontamente entre las pezuñas de sus congéneres.

En el interior de la isla, los «hombres acorazados», sin casi acusar el esfuerzo que habían realizado hasta lograr ponerse a salvo, habían desmontado de sus cabalgaduras y se mantenían formando una perfecta fila, respaldados por ellas, mientras el jefe, destacándose de ellos, se dirigió hacia Arana, asombrándose al ver que éste se despojaba de la escafandra mostrando su rostro al aire, mirándolo con expresión de viva perplejidad mientras el comandante español le sonreía amistosamente.

—¿Te asombra el cambio? Pues no creas que es obra de magia... Sí, ya sé que no puedes entenderme y lo siento, porque me agradaría poder enseñarte muchas cosas; pero a todo llegaremos. ¡Teniente Pradera!

—A la orden, señor.

—Ruéguele al profesor Rice que venga. Me agradaría ponerlo en contacto con estos hombres para que estudiase su idioma y pudiésemos entendernos cuanto antes con ellos.

—¡Sí, señor. Para él eso será como un juego de niños...

Alejóse el oficial y el jefe de los «hombres acorazados», deteniéndose ante Arana, tomó la mano diestra de éste, colocándose bajo ella como quien se coloca bajo un manto protector. Luego, señalando para su pecho, habló con su idioma gutural y monosilábico.

—Yo, Doc-Lam; agradezco ayuda de su hermano extranjero...

Adivinó Arana lo que el jefe de los «hombres acorazados» le quería decir y le tendió la mano, estrechándosela efusivamente y llevándosela luego al corazón.

—Estoy seguro de comprenderte aunque no te entiendo. Y también sé que de ser yo y los míos los que hubiésemos estado en peligro, hubieses corrido a auxiliarnos con tus hombres. Y celebro saber que tu nombre es Doc-Lam. El mío es A-ra-na —respondió el comandante español señalando para su pecho.

Y para que Doc-Lam supiera comprender mejor, le señaló a tiempo que decía:

—Tú, Doc-Lam. Yo —y al hablar ahora tornaba a señalarse— A-ra-na.

—¿A-ra-na? —interrogó Doc-Lam con cierta dificultad de pronunciación.

—Sí. A-ra-na —confirmó el español satisfecho.

Los ojos del caudillo de los «hombres acorazados» chispearon de orgullo al comprobar la facilidad con que había aprendido el nombre de su nuevo amigo y se dirigió a éste de nuevo, haciéndole seña para que le siguiera, llegando con él hasta las reses abatidas por sus hombres. Con suma destreza arrancó de una de ellas un pedazo de carne y se lo llevó a la boca, comiéndolo con extraordinaria fruición y alargándole luego otro trozo a Arana a tiempo que de viva voz, acompañándose del ademán, intentaba hacerle comprender que aquello era bueno y que al que la comía le comunicaba las extraordinarias fuerzas de la res.

A pesar de la repugnancia que la vista del sanguinolento bocado le producía, dominando el asco, Arana se lo llevó a la boca, y tras masticarlo ligeramente lo tragó, encontrándose con la sorpresa de que no resultaba desagradable y que, bien condimentado, podía ser un bocado exquisito. Manifestó su agrado a Doc-Lam y éste le hizo saber entonces que le regalaba las reses, e inmediatamente, haciendo un gesto de despedida, hizo una seña a sus hombres y se dirigió con ellos hacia las compuertas por las que habían penetrado, dispuestos a marcharse.

Pero en el ínterin la tormenta se había desencadenado con inusitada violencia, descargando el agua en verdaderas turbonadas que cerraban por completo el horizonte, cayendo con enorme fuerza contra a cubierta de plástico de la isla, mientras el viento huracanado la impelía, amenazando con arrancar todo de cuajo, soplando con poderosos aullidos, arreándolo todo, desmelenando árboles, tronchando las robustas plantas, destrozando los hombres vegetales que, una vez vencidos, se retorcían impotentes por el suelo, levantando con sus furiosos chapoteos fuertes salpicaduras de agua y fango.

Arana llegó hasta la compuerta ante la que Doc-Lam se había situado y le señaló hacia las descargas eléctricas que se sucedían iluminando el desolador espectáculo con luces pavorosas, haciendo temblar la tierra con sus frecuentes explosiones, sembrando la destrucción en toda aquella vasta extensión.

—No podéis abandonar esto. Sería correr a una muerte segura...

—Nosotros no tememos la muerte —pareció decir Doc-Lam con su gráfica manera de expresarse.

—Ya lo sé, pero no puedo consentir que os suicidéis.

La atmósfera parecía densa, irrespirable, y lo que primero había sido un viento huracanado, se había ido convirtiendo en furioso tornado que, aumentando de violencia, daba la sensación de que iba a lograr destruir todo lo existente, no dejando piedra sobre piedra.

Habíase producido todo ello con tan sorprendente rapidez que Arana no había podido pensar en dar la orden de que el *Escorpión Azul* se elevase, alejándose del radio de acción de la devastadora tormenta y. entonces pudo contemplarlo rudamente zarandeado por las rápidas olas que se habían producido en el agua y que, por momentos crecían en violencia y altura. Por unos instantes llegó a temer por la suerte del navío sideral, pero inmediatamente se tranquilizó al ver que éste, bien situado de proa a la dirección de las olas, las salvaba aún con cierta facilidad.

No obstante, haciendo seña a Doc-Lam para que le siguiera, corrió el puesto de mando, estableciendo comunicación con el *Escorpión Azul*.

—Al habla teniente Prast, señor —le respondieron rápidamente—. No hay novedad y el *Escorpión Azul* resiste magníficamente.

—Ya lo he visto. No obstante, procuren separarse un tanto de nosotros y si se sintieran arrastrados por esta furia desencadenada, procuren embarrancar en la orilla a nuestra izquierda. Mantengan las máquinas en marcha y contrarresten el excesivo cabeceo del navío con maniobras de iniciación de vuelo.

—Así lo haré, señor.

Tranquilizado, Arana, se volvió sonriente a Doc-Lam, que miraba con expresión de asombro la serie de aparatos situados en el departamento, y el español le hubo de repetir:

—No. No hay nada de brujería en todo esto. Pronto llegaremos a entendernos bien y te lo explicaré de forma que lo entiendas...

Sarita Naranjo, expresando en su lindo rostro el terror de que se hallaba poseída, penetró en el puesto de mando y se dirigió a su prometido, abrazándolo, buscando refugio en él.

—Vamos, cálmate. No has debido abandonar tu litera. Ten en cuenta que cuando doy una orden la doy para todos y que, además, es la más conveniente.

—¡Esto es el fin del mundo, Luis! ¡Ni tú nos podrás salvar de ésta!

—Naturalmente, querida, yo no puedo hacer milagros; pero tranquilízate porque la isla es lo suficiente sólida para resistir esto... y lo que pueda venir detrás; proque ten en cuenta que las tormentas aquí, por ser un mundo en formación aún, tienen que ser terribles por los bruscos cambios de temperatura que movilizan a velocidades espantosas cantidades enormes de aire y que el más terrible tifón de la Tierra viene a ser aquí como un céfiro suave. Y no has debido entrar aquí y mostrar u miedo ante Doc-Lam. Ellos no pueden comprender esto y vamos a quedar bastante rebajados ante sus ojos.

Doc-Lam miraba con curiosidad y lástima a Sarita Naranjo, y en el fondo de sus pupilas podía leerse hasta una cierta cantidad de desprecio que no pasó desapercibido para el comandante español.

—¿Ves? Doc-Lam te desprecia. No comprende tu cobardía. Demuestra firmeza y vete ¡Te lo ordeno! Hubieras hecho mejor quedándote en casa, ya que hasta ahora sólo nos has proporcionado quebrantos y sinsabores...

Arana trataba de llegar a uno de los puntos vulnerables de la muchacha: Su orgullo. Trataba de lastimarla en él para provocar una reacción violenta que borrase la penosa impresión que su medrosa actitud pudiera haber causado en el indígena y lo consiguió. Sarita saltó como disparada por un resorte y por unos instantes pareció que iba a abofetear a su prometido. Sus ojos chispeaban dé furor y su cuerpo, en tensión, daba la sensación de una pantera dispuesta al ataque. Pero una vez más se contuvo, consciente de su inferioridad física.

—¡Está bien! Procuraré no proporcionarte más quebrantos...

Y volviéndole la espalda con gesto altivo, salió erguida, majestuosa, provocando entonces una mirada de admiración del indígena, mirada de la que ella, encerrada en su superioridad, no se apercibió. El viento sonaba fuera con rugido siniestro, llenando de pavor los ánimos más esforzados, haciendo temblar la estructura de la isla, que por unos instantes pareció que iba a ser arrancada del lugar donde se hallaba asentada, mientras las olas, que habían adquirido proporciones gigantescas, llegaban a cubrirla completamente, viéndoselas caer amenazadoras por la transparente cubierta.

El *Escorpión Azul* había quedado oculto por las turbonadas de agua y por las olas, y Arana, sin mostrar su inquietud a los ojos de Doc-Lam, tornó a reanudar la comunicación con el navío sideral, pidiéndole la situación y aconsejando en cada momento la maniobra más conveniente hasta el empleo de los rayos «G-Z», cuya acción, al ofrecer cierta resistencia a los elementos, fue contribuyendo a la estabilización del navío.

Los rayos zigzagueaban en torno a las dos naves, y los hombres que permanecían en la plataforma de la isla daban la sensación de

hallarse aturdidos.

En el interior del lago se formó una gigantesca tromba que avanzó girando vertiginosamente, amenazando con destruirlo todo. Afortunadamente, el *Escorpión Azul*, en ágil maniobra, logró salirse de su radio de acción, y el fenómeno, al llegar a la orilla del lago, pareció troncharse, y la enorme columna de agua cayó con furioso estrépito sobre la cubierta de la isla, que dio la sensación de que iba a hundirse. Pero como si con aquel supremo esfuerzo las fuerzas de la naturaleza hubiesen quedado agotadas, calmaron repentinamente, y el silencio y la quietud momentáneos resultaron tan pavorosas como la anterior violencia.

Rápidamente, el viento fue cediendo y el cielo se fue despejando hasta quedar totalmente raso, volviendo a lucir el sol y a su luz pudieron divisarse en la lejanía grandes columnas de humo, mientras se oía el estruendo de lejanas explosiones.

Los detectores registraron los movimientos de las tierras, y desde el elevado puesto de observación que Arana ocupó de nuevo, con ayuda de sus gemelos llegó a distinguir cómo parte de una cima montañosa se desmoronaba y cómo, en lugares no demasiado distantes, la tierra se agrietaba, tragándose considerables extensiones de la selvática región que se extendía frente al lugar donde se hallaban anclados. Finalmente, el seísmo fue perdiendo fuerza, aunque se llegó a sentir el mismo debajo de la isla interplanetaria, y al llegar la noche sólo restaban las poderosas hogueras de dos volcanes no demasiado lejanos que continuaban escupiendo fuego, lava, materiales en ignición, sembrando el terror entre aquellos seres primitivos que se cobijaban en cuevas y en las oquedades de la montaña y que temieron ver llegada su última hora.

CAPÍTULO II

LA FUGA DE DOM-ASHAR

Disponíase Arana, una vez pasado el peligro, a acompañar a sus amigos hasta sus cuevas de la estribación montañosa para iluminar el camino con sus reflectores atómicos y evitar que, dados los corrimientos de tierra y demás fenómenos producidos por el seísmo, pudieran sufrir algún accidente en un terreno que posiblemente habría quedado casi totalmente transformado, cuando oyó el repiqueteo que servía como señal para entablar comunicación con el *Escorpión Azul* y una sombra de inquietud asomó a su enérgico rostro

—¿Qué puede haber sucedido? ¿Por qué llamarán?

Tratando de dominarse para que Doc-Lam no se percatara de su inquietud, estableció la comunicación.

—Aquí comandante Arana. ¿Qué sucede?

La voz del teniente Prast llegó a sus oídos, adivinándose en ella el disgusto de que se hallaba poseído:

—Teniente Prast, desde el *Escorpión Azul*. Debo darle una desagradable noticia, señor: Dom-Ashar se ha fugado...

—¿Cómo puede haber ocurrido eso? ¿No ordené que tuviera continuamente un hombre vigilándole?

—Y así se ha cumplido, señor. Pero en uno de los bandazos que ha sufrido el *Escorpión Azul*, se ha estrellado el hombre, recibiendo un golpe en la cabeza y quedando sin sentido. Dom-Ashar ha aprovechado el momento y con unas tiras ha logrado apoderarse, a través de la mirilla del calabozo, del fusil atómico del guardián y lo demás ha debido resultarle facilísimo. Tenga en cuenta, señor, que tengo muy escasa la gente y que todos estábamos entregados a la lucha contra los elementos para tratar de salvar al navío.

—Lo comprendo, teniente, y no le recrimino. ¿Han registrado bien el navío?

—Sí, señor. Precisamente nos hemos dado cuenta de su huida al funcionar los aparatos de alarma con motivo del aire tóxico que se fue acumulando en el departamento por donde huyó.

—¿Hace mucho tiempo que huyó?

—Podemos calcular que debió ocurrir apenas cesó la tormenta, ya que imagino que durante ésta no se atrevería a hacerlo.

—No habremos tenido la suerte de que se lo haya tragado el seísmo o alguno de los hombres vegetales que deben hallarse hambrientos...

Don Damián pidió permiso para entrar en aquel momento y se

dirigió al comandante:

—Comandante. Temo que a Sarita puede haberle ocurrido algo. No la encontramos por ningún lugar de la isla y nadie ha sabido darnos razón de ella.

Estuvo a punto Arana de responder con un exabrupto, pero se contuvo pensando que el padre no era responsable de las tonterías de la hija y que además, el hombre estaba trabajando bien y con fe. Suavizando la expresión trató de calmarle.

—Ahora daremos la señal de alarma a todos los departamentos para que la busquen. Es posible que se haya asustado y esté arrinconada donde menos pueda esperarse...

Pero la respuesta de los diferentes departamentos de la isla no tardó en llegar, desoladora. No estaba. Del departamento donde se hallaban aún algunos prisioneros llegó otra segunda noticia inquietante: Rosa van Doen había desaparecido también. Y finalmente una de las patrullas que se habían dedicado a buscar a la prometida de Arana trajo la noticia bomba: En la planta baja de la isla, a la altura que se podía considerar como línea de flotación se había producido un boquete por el que entraba el aire intoxicado del planeta en grandes cantidades, invadiendo diversos departamentos. Dos personas habían sido halladas presentando síntomas de asfixia y habían sido retiradas rápidamente, siendo aislados a continuación los departamentos afectados para que el aire tóxico no penetrase al resto de la isla.

—Está bien —respondió Arana—. Los problemas no se presentan nunca solos... Que un equipo de hombres con escafandras repare, lo más rápidamente posible, la avería y que inmediatamente entren en función las bombas de ventilación para expulsar el aire tóxico...

—Sí, señor.

Luis Arana se volvió entonces al señor Naranjo que había permanecido en el puesto de mando.

—De momento he hecho todo lo que podía hacer —dijo con expresión desolada— Bien de grado, bien a la fuerza, ha debido marchar con Dom-Ashar y Rosa van Doen o con esta última. Temo que habremos de aguardar a mañana para, una vez se haga de día, iniciar las pesquisas en el interior del planeta. No creo que hayan podido ir muy lejos y menos que puedan pasar desapercibidos.

—¿Y no podríamos iniciar las pesquisas ahora mismo? Tenemos los reflectores atómicos...

—Comprendo su angustia, señor Naranjo. Yo voy a acompañar a Doc-Lam y su gente y de paso, trabaré de averiguar algo. No crea que por precipitar los trabajos de búsqueda vamos a lograr mejor resultado.

—Lo comprendo. Sin embargo, me agradaría acompañarle. Si no hago algo, aunque comprenda que es inútil, temo que los nervios van

a estallar.

—No se deje llevar de ellos. En los momentos difíciles puede ser un verdadero peligro. Usted debe quedarse al lado de su esposa y en todo caso, tomar un calmante. Dom-Ashar en libertad, pese a no tener a sus hombres sintéticos, puede resultar un auténtico peligro y el menor descuido de cualquiera de nosotros, puede resultar fatal. Yo mismo no estoy tranquilo y si ahora me marcho con Doc-Lam es porque le había prometido anteriormente que le acompañaría y no debemos dar ante ellos el menor signo de debilidad. Nunca se sabe cómo estos seres pueden reaccionar. Sabemos lo que admiran la fuerza, el valor, la impasibilidad ante la desgracia o el peligro y conservaremos su respeto mientras demos muestras continuas de estas cualidades; pero tan pronto nos vean flaquear perderemos este respeto que nos tienen y nadie puede predecir lo que vendría detrás, más imagino que no sería nada bueno. Y harto hostil nos está resultando la naturaleza para que nos busquemos nuevos enemigos...

—Tiene razón, comandante Me quedaré aquí —respondió don Damián dirigiéndose hacia la puerta del departamento.

—Gracias, señor Naranjo.

Habíase quedado Luis Arana en el puesto de mandó con el teniente Oramas y se dirigió a éste.

—Teniente. La fuga de Dom-Ashar puede plantearnos algún grave problema y más en las condiciones que la ha realizado.

—Eso temo, señor, y he redoblado la vigilancia hacia el exterior y los reflectores no cesan un momento de recorrer todo el circuito exterior de la isla por si alguien intentase acercarse a ella.

—Celebro que haya tomado tales providencias, pero quiero que haga entrar en funciones también los reflectores de luz negra y que los hombres que los manejen estén provistos de gafas especiales para que no se les pueda pasar nada desapercibido. Y comunique con el *Escorpión Azul* para que tomen idénticas precauciones...

—Sí, señor...

—Yo debo acompañar a Doc-Lam, pero estaré de regreso inmediatamente.

Un grito estentóreo partiendo de uno de los puestos de vigilancia, hizo saltar de sus asientos a los dos hombres y aún no había cesado de vibrar el eco cuando se produjeron las correspondientes señales de alarma y en uno de los cuadros de señales del puesto de mando comenzó a destellar una luz roja.

—¡Ya atacan! —exclamó Arana.

E inmediatamente corrió hasta el micrófono de órdenes.

—¡Atención, ronda volante de la planta número 3! Se ha producido avería en el departamento número cinco de esa planta. Acudan allí dispuestos a todo. Tengan en cuenta que el enemigo

dispone con seguridad de fusiles desintegradores. Colóquense escafandras y que vayan delante los que dispongan de traje de zirconio.

—¡Sí, señor! ¡A la orden!

Rápidamente se colocó Arana la escafandra sobre el traje de zirconio y se dirigió corriendo al lugar afectado por el ataque, llegando a tiempo, en el momento que la patrulla volante se disponía a intervenir.

—¡Un momento! Déjenme pasar delante.

Arana, en una mano su pistola eléctrica y en la otra la linterna de luz negra, tendió por delante el haz de invisible luz y avanzó sin producir el menor ruido, advirtiendo a los componentes de la patrulla para que le imitaran. Estaba seguro de que los atacantes no habían tenido tiempo de abandonar aquella serie de compartimientos y deseaba sorprenderlos. Tenía además la convicción de que, entre los atacantes, no hallaría a Dom-Ashar sino a crédulos indígenas o tal vez a alguno de los regenerados hombres sintéticos a quien el caudillo de Sambia hubiese podido engañar, y por sentido político no deseaba que se causasen muertes, que se produjesen males que podrían resultar irreparables y que era lo que seguramente buscaba Dom-Ashar.

Al llegar a la puerta del departamento señalado por la alarma, Arana se mantuvo por unos instantes inmóvil, pegado al quicio de la puerta, atentos sus sentidos a los ruidos que se pudieran producir dentro y escuchó una especie de rozar sobre el pavimento como sí los que se hallaban dentro intentasen pasar desapercibidos. Llegaba también a oídos del comandante español el ruido de leves chapoteos en el agua, ruido de respiraciones contenidas, leves bufidos de quien está realizando un esfuerzo.

Comprendió Arana lo que sucedía e hizo seña a los componentes de la patrulla para que tomasen posiciones, ordenándoles al propio tiempo que no hiciesen uso de los fusiles desintegradores, sino de las pistolas eléctricas y, tan pronto como estuvo dispuesto a su gusto, irrumpió de un salto en la estancia.

Varios cegadores fogonazos saludaron su presencia y los rayos desintegradores y eléctricos que le fueron dirigidos restallaron contra el traje de zirconio sin causarle el menor daño y la respuesta del español no se hizo esperar, vomitando su pistola con inusitada rapidez fulgurantes rayos que, al tocar a los asaltantes los fue derribando en absurdas posturas tal que si de peleles se tratase.

Oyéronse entonces salvajes gritos de guerra y una flecha, cuyo golpe casi derribó al español, se destrozó, quebrándose como un cristal al chocar contra el traje de zirconio y Arana hubo de saltar velozmente de costado al notar que una de las pesadas mazas que usaban los indígenas caía sobre su escafandra. El pesado golpe le hizo

vacilar mientras las aceradas púas de la maza se destrozaban contra el zirconio y de nuevo hubo de emplear la pistola eléctrica que en una serie de luminosos trallazos despejó los alrededores de enemigos. A una señal suya entró en funciones la patrulla volante y, por unos segundos, los trallazos eléctricos actuaron con pasmosa celeridad, y los hombres que se hallaban próximos al hueco producido en la estructura de la isla soltaron a los que estaban ayudando a subir, lanzándose ellos seguidamente al agua con fuerte chapoteo.

La primera escaramuza había sido ganada y Arana dio la señal de alto, conteniendo a sus hombres que se disponían a perseguir con los disparos de sus armas a los atacantes, que se alejaban nadando.

En el suelo, víctimas del efecto que producían las pistolas eléctricas, yacían casi una treintena de hombres acorazados y Arana dio orden de que se les esposara rápidamente, antes de que volviesen en sí y no se resignasen a su derrota.

Inmediatamente, la brecha abierta fue taponada y los hombres acorazados capturados, custodiados por la patrulla y por el propio Arana subieron hasta la plataforma de la isla, donde Doc-Lam aguardaba pacientemente según correspondía a un hombre de su clase. Y pese al dominio de que hacía gala, el caudillo de los hombres acorazados no pudo evitar un ademán de estupor al ver al grupo de prisioneros, adelantándose entonces hacia Arana. Al lado del caudillo marchó el profesor Rice dispuesto a servir de intérprete entre ambos hombres. Y fue Arana el primero en hablar:

—Pregúntele a Doc-Lam si estos hombres pertenecen a su tribu o a otra. Dígale también que nos han atacado.

Vertió el profesor las palabras de Arana al idioma de los hombres acorazados y a continuación tradujo al comandante español la respuesta de Doc-Lam:

—Dice que sí. Que pertenecen a su tribu… Dice también que ese joven de arrogante planta que marcha delante es Ñae-Ram, su rival, descendiente del anterior jefe de tribu y que aspira a derrocarle del puesto.

Pero el profesor Rice hubo de callar para prestar atención a las palabras que entre sí cambiaban los dos hombres acorazados, palabras en las que se advertía una extraordinaria animosidad, una salvaje pasión contenida, sobre todo, por parte de Ñae-Ram, el aspirante a caudillo. Y Rice fue traduciendo rápidamente, en un alarde mental, la conversación que sostenían los dos hombres.

—Doc-Lam censura duramente a Ñae-Ram diciéndole cómo se ha atrevido, sin su autorización, a atacar a gentes que son sus amigos y que tanto les han favorecido. Lo llama desagradecido y algo despectivo que no termino de entender, pero que tal vez en nuestro idioma se podría traducir por hijo de loba…

Mientras el profesor Rice le informaba, Arana procuraba no perder de vista a los dos hombres acorazados, los cuales procuraban mantener su postura de digna impasibilidad, si bien la fogosa juventud de Ñae-Ram daba la sensación de que iba a desbordarse por sus chispeantes ojos, traicionándole. Y el profesor Rice continuó:

—Ñae-Ram llama ingrato e hijo de loba a Doc-Lam y le dice que él ha expuesto su vida y la de los otros compañeros para venir a librarle de nuestras garras. Dice que los espíritus le dijeron que Doc-Lam se hallaba prisionero aquí con los demás y que los fuegos de la montaña no se apagarían ni dejarían de vomitar sus dañinas maldiciones hasta tanto que no lograsen libertarlos.

Notó Arana entonces que, al terminar de hablar, Ñae-Ram adoptaba una postura arrogante, como de hombre que no ha vacilado en cumplir con su deber sin importarle la vida. Pero también pudo darse cuenta por la actitud que adoptaba Doc-Lam que éste no se dejaba engañar, y no tardó. Rice en traducir las palabras del caudillo de los hombres acorazados.

—Doc-Lam le dice que es un embustero y que deshonra la tribu. Que los espíritus no mienten jamás, ni se equivocan y por tanto no han podido decirle tal sarta de majaderías, puesto que ni él ni los otros compañeros de tribu son prisioneros nuestros, sino huéspedes a los que se ha salvado de una muerte cierta y a los que se ha dado hospitalidad mientras ha durado la espantosa tormenta.

Doc-Lam y Rice terminaron de hablar casi al mismo tiempo y Arana observó que el joven Ñae-Ram bajaba la vista avergonzado y que hacía un esfuerzo por contener la ira que le dominaba. Y Arana, atento al momento psicológico, se dirigió al profesor Rice para que tradujera sus palabras a Doc-Lam.

—Dígale a Doc-Lam que no tiene nada de particular que algún espíritu malo haya surgido ante Ñae-Ram y que, abusando de su juventud, le hubiese engañado. Que él lo comprendía así y que, por tanto, no sentía el más mínimo agravio contra el joven campeón, antes bien, lo admiraba por su resolución en correr en auxilio de su jefe.

—Eres muy benévolo con este joven alocado —fue la respuesta de Doc-Lam que el profesor Rice tradujo—. Pero si tu sabiduría te dicta la comprensión y el perdón, yo estaré doblemente contento porque podré volver donde mi tribu aguardará impaciente, con todos los hombres. Y en vez de ser una noche de dolor, será un día de alegría…

Dio orden Arana para que desatasen al joven Ñae-Ram y a sus compañeros de aventura y cuando el joven guerrero, ante una orden de Doc-Lam se disponía a humillarse pidiéndole perdón, Arana lo contuvo con amigable gesto.

—No tengo nada que perdonarte. Tú has sido engañado, pero comprendo que deseas ser mi amigo y yo lo seré tuyo con mucho

gusto. Y quisiera que me respondieras, como amigo, a una pregunta. ¿Fue el mismo espíritu malo que te dijo que Doc-Lam era mi prisionero, el que te dio el tubo que vomita latigazos de fuego y con el cual abriste la brecha por donde entrar en mis dominios?

Al ser traducidas a Ñae-Ram las palabras de Arana, el joven guerrero pareció dudar por unos instantes para, finalmente, responder afirmativamente. Pero las dudas no pasaron inadvertidas para Arana que, tras recibir la respuesta, tornó a interrogar:

—¿Te dijo el espíritu malo cómo debías usar el arma? ¿Cómo debías atacar?

Ñae-Ram respondió también afirmativamente y Arana tornó a la carga.

—No he visto entre vosotros al espíritu malo. ¿Acaso tuvo miedo y después de enviaros a una muerte casi segura escapó él?

El azoramiento de Ñae-Ram fue tan patente que Arana no necesitó su respuesta para comprender lo sucedido y tornó a interrogar:

—¿Llevaba el espíritu malo con él a dos mujeres de las nuestras?

El rostro del joven guerrero mostró tal sorpresa que no fue necesario que el profesor Rice tradujera su respuesta de que no llevaba a nadie consigo y Arana comprendió que tanto Rosa van Doen como Sarita debían haber quedado escondidas.

—Está bien. Pienso molestarte aún con una última pregunta. ¿Sabes hacia dónde se dirigió el espíritu malo?

Al serle traducida la pregunta de Arana por el profesor Rice, dio Ñae-Rarn vivas muestras de azoramiento y por unos instantes volvió sus ojos con expresión de inquietud hacia Doc-Lam, que asistía impasible al interrogatorio, pero el cual, al ver que el joven cazador no respondía, le incitó a hacerlo. Respondió Ñae-Ram entonces y a medida que hablaba notó Arana que Doc-Lam perdía su impasibilidad hasta destellar sus ojos con extraordinaria violencia mientras su boca se contraía con dureza. Y el profesor Rice hizo la traducción.

—Dice el joven Ñae-Ram que tomó el camino de la montaña sagrada, pese a sus advertencias de que no debía hacerlo. Pero observe a Doc-Lam cómo se enfurece. Ahora apostrofa a Ñae-Ram y vuelve a tildarle de embustero e hijo de loba y dice que va a traer sobre el pueblo de los hombres acorazados las maldiciones de todas las divinidades crueles. Pero observe al joven cazador. Asegura que es Doc-Lam quien atraerá sobre los hombres acorazados tales maldiciones por haberse entregado a los extranjeros que, con sus magias, han desencadenado la horrible tormenta con el fin de exterminarlos y que a no ser por ése que nosotros llamamos espíritu malo y que acudió en su auxilio para indicarle cómo debían acallar la cólera de los dioses de la montaña para que cesasen de vomitar su

fuego maldito, posiblemente estarían todos muertos.

Ñae-Ram manifestaba una inquietante doblez y por unos instantes, tuvo la sensación Arana de que Doc-Lam le iba a castigar allí mismo descargándole un golpe de su pesada maza, la mayor de todas cuantas llevaban los cazadores; pero el digno caudillo fue capaz de contenerse a tiempo y se dirigió al joven con serena dignidad:

—Está bien, Ñae-Ram. Someteré tu conducta al consejo de ancianos de la tribu y pediré ser yo quien defienda con las armas en la mano mis razones. Es posible que te hayas precipitado un poco en querer ocupar mi puesto y estas precipitaciones se suelen pagar caras. La fuerza, si no va unida a la razón suele dar malos frutos y tú eres demasiado joven y violento para poderte apoyar en la razón.

Antes de responder Ñae-Ram a Doc-Lam, se volvió hacia los jóvenes que le habían acompañado en su aventura, pero éstos mostraron su desagrado apartándose de él, no obstante lo cual, Ñae-Ram respondió con firmeza:

—Está bien. Me defenderé ante el consejo de ancianos y empuñaré las armas ante ti si así se decide.

El incidente parecía terminado de momento y Arana no se atrevió a intervenir, temiendo que su intromisión en las costumbres de los hombres acorazados no fuese bien vista ni sus deseos de paz comprendidos y se limitó a dirigirse a Doc-Lam mostrándole la salida.

—Si no deseas estar entre nosotros hasta que alumbre la luz del nuevo día, estoy dispuesto a acompañarte, guiándonos con nuestros pequeños soles para no caer en las trampas que puedan haber tendido en la tierra los malos espíritus.

—Agradezco la ayuda que me brindas, pero si quiero que vengas hasta donde mi pueblo mora, es para que te vean de cerca y comprendan que tú no quieres nuestra desgracia. Los deseos viven escritos en la frente de los hombres por hábiles que éstos sean para esconderlos y tus deseos son de amistad para mi pueblo. Lo comprendí así desde el primer momento y por eso, en vez de emboscadas, encontraste nuestros brazos abiertos.

—Gracias, Doc-Lam. Eres tan razonable y cauto como valiente y en mi corazón siempre habrá un lugar reservado para ti.

Los reflectores no cesaban de barrer con sus haces de luz las aguas y el terreno que rodeaban la isla, pero, pese a ello, no se descubría nada en el horizonte hasta que, abiertas las compuertas y tendidas las pasarelas, Doc-Lam se adelantó a todos y gritó en voz vibrante:

—¡Salid todos! ¡Aquí me tenéis vivo y sin daño alguno! Habéis sido engañados, ya que los extranjeros no nos hicieron prisioneros, sino que nos salvaron de un grave peligro y nos brindaron un refugio…Salid sin temor a los pequeños soles de nuestros amigos.

Mientras el profesor Rice traducía a Arana las palabras de Doc-Lam, no pudo menos que sonreír, realmente sorprendido, al ver que de la oscuridad brotaban, como por arte de encantamiento, una gran masa de guerreros, cuyas escamosas pieles destellaron a la luz de los potentes focos, produciendo un inenarrable efecto.

—Bien —murmuró Arana dirigiéndose a Doc-Lam a tiempo que señalaba para los hombres acorazados—. Veo con satisfacción que tu pueblo te ama y te obedece y eso me agrada. Cuando tú dispongas marcharemos. Y mientras vamos en camino hacia tus moradas, de no existir inconveniente, me agradaría saber qué lugar es ese que vosotros llamáis «montaña sagrada» y quién o quienes habitan en él y por qué les teméis.

Al ser traducida por el profesor Rice el deseo que Arana había manifestado, Doc-Lam le miró por unos instantes con expresión de perplejidad y antes de responder pareció reflexionar.

—En realidad, nadie de nosotros sabe lo que existe detrás de tales montañas, ya que ninguno de los nuestros que se ha arriesgado a ir o los que extraviados se han acercado a ellas, han vuelto. Igual si han ido solos como en grupos, han desaparecido sin que ninguno lograse escapar. Además de esto, esas montañas nos envían el fuego que todo lo destroza y las bestias como las que tú mataste el otro día, las cuales nos atacan y matan a nuestras mujeres y a nuestras criaturas. Todo el mal nos viene de allí: el fuego, los vientos helados que matan a nuestros ancianos y a nuestras criaturas y que hacen huir la caza… Por eso la experiencia nos dice que allí habitan los dioses crueles y ahora ya nadie se arriesga…

Arana apareció hondamente preocupado y finalmente se dirigió a Doc-Lam:

—Sin embargo, yo tengo necesidad de llegar hasta allí. Debo perseguir al espíritu malo que aconsejó mal a Ñae-Ram y rescatar a mi prometida. Naturalmente, no quiero que ninguno de los tuyos me acompañe, pero sí quisiera que me indicaseis el camino… si ello no ha de traer daño alguno sobre vuestra tribu. Si el decirme tal cosa puede traeros un mal, en ese caso buscaré el camino yo solo.

Doc-Lam mantuvo con expresión de franqueza la mirada de Arana y respondió lentamente:

—No se me oculta que tú no crees en esos dioses crueles. Y yo tampoco creo, aunque, en ocasiones, llega a dominarme un extraño temor que ni yo mismo soy capaz de comprender. Pero es imposible desarraigar esas falsas creencias del corazón de mi pueblo y si yo no manifestase el mismo temor que ellos, el mismo supersticioso respeto hacia esas crueles divinidades, me expulsarían de mi jefatura. Y lo mismo sucedería si te acompañase, en ese camino como sería mi deseo. A mí no me importaría perder tal jefatura si fuese a parar a

otro hombre capaz, pero temo un poco a la juventud turbulenta que se iría detrás de Ñae-Ram y eso sería una verdadera desgracia...

Doc-Lam quedó mirando con expresión desolada para Arana, mientras el profesor Rice terminaba de traducir sus palabras y el comandante español dibujó un gesto que indicaba comprensión.

—No te preocupes, Doc-Lam. Yo sé comprender...

—No podemos indicar a nadie el camino de la montaña sagrada, el camino que no tiene fin, porque nunca se vuelve de él, porque creen que esto traería la desgracia sobre la tribu y especialmente sobre la familia del que lo hiciera. Pero yo no temo estas cosas y te lo indicaré hasta donde conozco. Te lo daré bien claro para que no puedas extraviarte y te desearé mucha suerte, sintiendo no poder acompañarte...

—Gracias, Doc-Lam. Conozco el valor de lo que haces y te lo agradeceré eternamente...

CAPÍTULO III

EL GRAN CRÁTER

El comandante Arana y el teniente Oramas hallábanse inclinados sobre el tosco mapa trazado sobre una piel por Doc-Lam y en el cual, pese a su tosquedad, al sentido rudimentario que de tal menester tenía el jefe de los hombres acorazados, estaba señalado con suficiente claridad y exactitud el camino que conducía hasta la montaña sagrada, si bien luego, ésta no se hallaba bien determinada por la falta de conocimiento exacto que de la misma existía entre el pueblo de los hombres acorazados.

—Posiblemente estamos ante el primer mapa que se ha trazado en este planeta. Esto, dentro de siglos, si se llega a conservar, será una pieza de museo de un valor incalculable, y tal vez en tal época, cuando este pueblo haya evolucionado, un equipo de sabios e historiadores se volcarán sobre él...

—Es posible que sea así, amigo Oramas, como también es posible que ninguno de estos terrenos conserven la actual configuración, lo cual sumirá a los investigadores en dudas, en discusiones sin fin... —respondió Arana—. Pero vamos a lo nuestro. No sé lo que puede pretender Doc-Ashar ni hasta qué punto tendrá conocimiento de la existencia de la montaña sagrada...

—Aproximadamente el que tenemos nosotros o menos. Yo opino que es el azar lo que le lleva hacia allí. El debe buscar algún lugar donde esconderse primero para preparar su plan de campaña y lograr adeptos y luego poder atacarnos. La vecindad de un pueblo de carácter primitivo corno el de los hombres acorazados, donde es fácil explotar rencillas y levantar supersticiones, es un campo abonado para los aventureros audaces de su tipo. Yo opino que él ha tratado de enfrentarnos con los hombres acorazados para que le sirvan de parapeto entre él y nosotros, para que nos entretengan y no podamos dedicarnos a su captura, para ganar tiempo mientras él se asienta. Para destrozarnos en parte e inmovilizarnos al resto...

—Así es. Afortunadamente, ha fracasado... y vamos a darle la batalla rápidamente. Lo cierto es que la tormenta nos prestó un flaco servicio...

Arana meditó unos instantes y luego, señalando para el mapa, continuó:

—Nuestras «zapatillas volantes» no han volado sobre la zona que puede ser la montaña sagrada y tendrán que hacerlo rápidamente para conocer la configuración del terreno y comenzaremos por levantar un

auténtico mapa del mismo. He reflexionado sobre la huida de Dom-Ashar y me parece descabellado que le sigamos a pie, como quien sigue las huellas de un zorro. Es muy posible que sea tal cosa lo que él pretenda para ir ganándonos tiempo y no debemos caer en el señuelo. El podría irnos burlando a su antojo, manteniéndonos días y días tras sus huellas. Así pues, he pensado que un reducido equipo nuestro deberá hallarse en estrecha convivencia con los hombres acorazados, vigilando lo más de cerca posible a Ñae-Ram. Si Dom-Ashar entra en contacto con ellos, será por medio de él y así lo localizaremos rápidamente sin gran esfuerzo. Eso, por una parte. Por la otra, trataremos de descubrir si existe algún otro pueblo en toda esta vasta comarca. Si lo hay Dom-Ashar tratará de ponerse en contacto con él y será por tanto otro de nuestros objetivos. Y el tercer objetivo será la montaña sagrada. No me extrañaría que Dom-Ashar intentase llegar hasta ella para, desde allí, valiéndose del mito, dominar a estas gentes, erigirse en su dueño y lanzarlas impunemente contra nosotros.

—Así es, señor. Porque Dom-Ashar es inteligente, pero con Rosa van Doen a su lado, se superará a sí misma. Su astucia se doblará… y su afán de hacernos daño también.

—Así es. El profesor Rice, con el teniente Pradera, pueden ser la base del equipo que esté cerca de los hombres acorazados y tres equipos que se turnarán y que dirigiremos usted, el teniente Prast y yo, nos encargaremos del resto del trabajo. Cada equipo irá formado por tres «zapatillas volantes» y cada una de las «zapatillas» llevará además un motor atómico personal con equipo de radar y de visotelefonía. Y todos los componentes de los equipos deberán llevar trajes de zirconio y el armamento y municionamiento que he señalado como reglamentario para mientras permanezcamos en Buitrago y las circunstancias, en lo que a la desintegración del átomo se refiere, no hayan variado.

—Sí, señor.

—Pues usted mismo se encargará de seleccionar a los hombres que formarán cada equipo y una vez lo tenga hecho, lo someterá a mi aprobación: Mientras usted realiza tal trabajo, yo voy a encontrarme con el teniente Prast en el *Escorpión Azul* para que conozca los planes y discutir con él un rato. Procure no tocar al personal que está a las órdenes del señor Naranjo ni a las de Riveiro. Necesitamos que, cada cual con lo suyo, salga adelante lo antes posible…

* * *

Arana hallábase pendiente de la aguja que, en combinación con el radar, iba señalando en un papel especial, milimetrado, las accidentes que iba presentando la topografía del terreno sobre el que volaban.

Con saltos que iban señalando el perfil de los descensos y las cumbres, que cada vez se alzaban a una mayor altura, habían llegado a cumbres de las que podía pensarse por su altitud que debían padecer nieves perpetuas; y ante la vista de los expedicionarios se extendía un panorama de sorprendente blancura, rota únicamente por los tonos azulados hasta llegar casi al violeta de las sombras que proyectaban los grandes picos

El copiloto señaló de forma un tanto mecánica:

—Diez mil metros, señor...

—Diez mil metros —repitió Arana como un eco—. Un verdadero Himalaya, pero en edición superada. Y nieve, nieve, nieve. Montes insalvables para esta humanidad primitiva. Insalvables también para Dom-Ashar, que carece de elementos de vuelo... Temo que estamos perdiendo el tiempo y que tendremos que realizar exploraciones por tierra, duras exploraciones que costarán hombres y tiempo, excesivo tiempo...

Por unos instantes se mantuvo en actitud un tanto irresoluta y tornó la vista al nevado paisaje, mientras el copiloto dejaba oír una vez más la monotonía de su voz, un tanto cansada:

—Diez mil cuatrocientos metros, señor...

—Diez mil cuatrocientos —tornó a repetir el comandante como alucinado por la blancura ininterrumpida que yacía a sus pies—. Posiblemente ojo alguno habrá contemplado esto hasta el momento. Y teníamos que ser nosotros...

Su voz sonaba como si se hallase lejos de sí mismo en añoranza a otros paisajes menos magníficos, pero más agradables, y su vista parecía perdida en el horizonte sin límites. Una nueva oscilación de la varita y la sensación de que el aparato había entrado en un bache lo arrancaron de su ensimismamiento. Sus ojos mostraron el más vivo asombro al ver que la aguja acusaba, señalándolo, un gran desnivel en descenso, y el copiloto, arrancado por el accidente de la especie de marasmo en que parecía sumido, señaló hacia abajo:

—¡Mire, señor! ¡Es asombroso!

Con las pupilas dilatadas por el asombro, Arana miró, valiéndose del televisor de aumento.

—Exacto. Es asombroso. La naturaleza tiene estas sorpresas...

El avión, al rebasar la cumbre había penetrado sobre una inmensa depresión de terreno que, según la aguja combinada con el radar iba marcando, descendía desde la altitud señalada, de una forma brusca, hasta les tres mil quinientos metros, para luego continuar descendiendo, pero de una forma paulatina, lenta. La depresión formaba una concavidad como la que puede ofrecer la cáscara vacía de media naranja y al llegar la «zapatilla volante» a lo que se podía considerar aproximadamente como centro, señalaba una altitud que

escasamente rebasaba los cincuenta metros. Las paredes internas que formaban la depresión, cortadas casi a pico, conservaban la nieve en algunos lugares hasta los cuatro mil metros, pero a partir de ahí ofrecía una extensa masa de verde vegetación cruzada por la plateada cinta de algunos riachuelos nacidos de algunas torrenteras, deslizándose tortuosos por el terreno, o por los rectilíneos trazos de canales que partían de extensos pantanos en los que se veía la obra de la civilización, del ser superior, que debía ser el hombre, o equiparable con tal. Al ir captando tal serie de detalles, Arana, un tanto olvidado de los motivos que le llevaran hasta allí, llevado del gozo propio del explorador que iba naciendo en él, exclamó:

—¡Asombroso! Aquí existe la vida y la civilización, luego, de una forma u otra, existe el hombre. Y si existe el hombre podremos encontrar aquí a Dom-Ashar —añadió volviendo a lo que constituía su obsesión.

—¿Descendemos, señor?

—No. Lleguemos hasta el otro borde del cráter. Porque esto es un verdadero cráter. ¿Qué cataclismo se produciría aquí para llegar a formar tan profundo cráter? Porque no le quepa la menor duda que estos son los restos de un poderoso volcán... ¿Y cuánto tiempo habrá pasado desde entonces?

La «zapatilla volante» había llegado hasta el borde opuesto del cráter, y ante la vista de los expedicionarios volvió a extenderse el paisaje nevado, interminable, pese a que el terreno, según lo que la aguja del radar iba marcando, iba descendiendo de altitud sensiblemente.

—Volvamos atrás —ordenó Arana—. Estos inmensos glaciares no nos interesan, al menos por ahora...

Arana llamó a los dos aparatos que formaban equipo con el suyo y que marchaban a ambos lados de él, ligeramente rezagados, formando el clásico triángulo.

—¡Atención! Comandante en vuelo a alféreces Núñez y Sacristán...

No tardó en llegar la respuesta de ambos.

—A la orden, señor. Alférez Núñez le atiende.

—A la orden, señor. Alférez Sacristán al oído,

—Perfectamente. Atiendan. Dispongan las cámaras de microfilm y desciendan hasta mil quinientos metros, pero con cuidado no se produzca alguna sorpresa. No creo probable que existan antiaéreos, pero debemos prevenirnos, por lo que, mientras descienden, se cubrirán con emisiones de rayos «G-Z». Situados en línea trazaremos un círculo del que mi aparato será el eje, ocupando el alférez Núñez la segunda posición y el alférez Sacristán la tercera, formando así el radio. Manténganse atentos a mi señal para poner en funcionamiento

los microfilms. Tengan en cuenta que debemos fotografiar en su totalidad todo el fondo del cráter donde existe vida.

—Perfectamente, señor. Dispuesto.

—Entendido, señor. Dispuesto.

El aparato pilotado por el comandante Arana se ladeó graciosamente, iniciando el descenso hasta ocupar el lugar escogido, comprobando, al llegar a. él, que los otros dos aparatos habían realizado la maniobra y que cada cual ocupaba el lugar que les había designado iniciando la marcha en círculo, graduando las velocidades para mantener la formación. Dio entonces Arana la señal y las máquinas microfilm iniciaron su trabajo, realizando al propio tiempo los pilotos un reconocimiento visual, tomando notas rápidamente de las observaciones que debían completar el trabajo de los microfilms mientras los aparatos de radar sacaban verdaderos mapas de la región que iban abarcando.

Escasamente iría mediada la labor cuando el copiloto, atento a las emisiones de los rayos «G-Z», dio la voz de alarma, a tiempo que las tripulaciones percibían la sensación de un choque en el aire que hacía oscilar los aviones, elevándolos como si tuviesen que vencer una dura resistencia a la penetración.

—¡Cuidado, señor! Sucede algo anormal... La emisión de rayos es rechazada desde abajo... Encuentro una fuerte resistencia...

De los otros dos aparatos llegó idéntico aviso y. Arana estudió las señales de los detectores de sonidos, sin observar nada anormal en ellos.

—No sé lo que puede ocurrir. Elévense hasta los dos mil metros...

Los veloces aparatos ascendieron a la altura señalada por Arana y la resistencia fue cediendo a medida que subían, resultando menos sensible hasta quedar totalmente anulada, logrando así los aparatos completar la vuelta; pero apenas trató Arana de intentar una nueva penetración en picado, se vio contenido, experimentando el aparato una fuerte sacudida que le obligó a maniobrar rápidamente levantándole de morro, haciéndolo ascender y siguiéndole los otros aparatos hasta situarse a tres mil metros, a cuya altura rehicieron la formación de vuelo.

Arana se dirigió entonces a los otros aviones:

—Voy a intentar prescindir de los rayos «G-Z». Estén dispuestos para cubrirnos...

Pero al cesar la emisión no sucedió nada anormal y Arana dio orden a la otros aparatos para que le imitaran, poniendo entonces en marcha la radiofotografía, captando y fotografiando una emisión de ondas que vibraban en el espacio, pero carentes ya de fuerza y Arana no pudo emitir un silbido de asombro al percibir las oscilaciones de la aguja combinada con el radar.

—Nos deben estar tiroteando con algún tipo de onda —exclamó dirigiéndose a sus compañeros de vuelo—, aunque afortunadamente carecen de efectividad a esta altura. Tengo verdaderos deseos de analizar las fotografías que he tomado de tal tiroteo; pero de lo que sí podemos estar completamente seguros es de que, debajo de nosotros, alienta una civilización, y no una civilización vulgar, sino bastante avanzada. Una civilización encerrada entre murallas naturales de más de diez mil metros de altura…

Por unos instantes se entretuvo en meditar, tratando de hermanar la tal civilización con las supersticiones de los hombres acorazados, relacionarla con las desapariciones de que Doc-Lam le había hablado. Y él mismo hubo de responderse:

—Pero ¿cómo puede ser con esa barrera de diez mil metros continuamente cubierta de nieve? Existe algo aquí que no encaja… y tiene que encajar.

Y los tres aviones cesaron de describir círculos, ganando altura rápidamente hasta rebasar la nevada barrera, poniendo proa entonces hacia sus bases, no demasiado alejadas, mientras unos bellos ojos seguían su vuelo con angustiada expresión. Y otro par de ojos, rebosantes de odio, destellaron junto a los primeros, mientras una voz femenina, con bronca expresión, murmuró:

—Ya se van. Tal vez vuelvan, pero jamás lograrán penetrar aquí y si penetran será porque habrán caído… Y tú no tendrás ocasión de volverlo a ver, porque serás sacrificada pronto. Esta misma noche, tal vez mañana. Hay que aplacar la cólera de los dioses que pesa como una maldición sobre este pueblo, para que las entrañas del planeta no vuelvan a vomitar fuego… Parece imposible que, con una civilización tan adelantada, sean tan estúpidos.

—¿Y crees tú que tu suerte será mucho mejor que la mía? —interrogó la primera de las dos mujeres.

—Naturalmente que sí. Por de pronto, Dom-Ashar no se halla preso ya. Su capacidad ha interesado a estas gentes y él logrará salvarme. Y ahora que han visto que se cierne sobre ellos el peligro de los aviones, se aferrarán a él con más interés que nunca. Así, cuando el valeroso Luis Arana llegue, sólo le quedará el consuelo de llorar sobre tu cadáver y yo someterle. Él llegará a amarme o haré que lo destruyan. A él y a todos los suyos…

—Eres mala, Rosa van Doen. Jamás había imaginado que un cuerpo tan hermoso pudiera ocultar un alma tan ruin.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra? ¿Cómo sería tu alma si la vida te hubiese negado sistemáticamente todo lo que te hubiese resultado más apetecible? Si conocieses mi pasado no te extrañaría mi presente. Luis Arana podría haberme redimido, pero estabas tú y fue imposible. Por ese te odio más que a nadie.

—Creo que a ti, ni Luis Arana te hubiese redimido. Rebosas odio y el odio seca las almas, dejándolas sin redención posible…

* * *

El profesor Riveiro, físico de la expedición, tras examinar la fotografía de las ondas tomadas por Luis Arana, emitió su juicio con rotunda seguridad:

—Ondas ultrasónicas, no me cabe la menor duda. Si hubiesen llevado unos detectores especiales que hay para ellas las hubiesen identificado inmediatamente. La precaución de lanzar la cortina protectora de rayos «G-Z» les ha salvado a ustedes de una verdadera catástrofe…

En el pequeño grupo reunido en el puesto de mando de la isla «S» se produjo un profundo silencio, en el que cada cual trató de explicarse cómo en un planeta tan joven como Buitrago podía florecer una civilización tan adelantada y aislada además de todo contacto con el exterior, con un exterior que, además, vivía primitivamente, con un idioma y una escritura en mantillas, en principio de desarrollo.

—Eso no puede estar ahí por generación espontánea —señaló el profesor Hansen.

—No. Y, sin embargo, está. ¿Pueden ser los restos de una humanidad punto menos que extinguida y que se refugió ahí en épocas remotas? ¿Pueden ser los restos supervivientes del cataclismo que convirtió el cono de la ingente montaña en cráter? —interrogó el profesor Rice, no sabiendo nadie a ciencia cierta si las preguntas se las dirigía a sí mismo o a ellos.

—Lo que puede ser, lo ignoro —terció Arana con expresión un tanto tajante—, pero desde luego los habitantes del cráter tienen que haber llegado a él necesariamente bastante después de la catástrofe. ¿Por dónde han entrado? Después de lo que he visto, opino que forzosamente debe existir un paso subterráneo. Es lo único que podría explicar las desapariciones de tantos hombres acorazados como se acercan a la montaña sagrada; es lo que podría explicar también el que no se haya podido localizar a Dom-Ashar, teniendo la seguridad como tenemos de que no mantiene contacto alguno con Ñae-Ram, lo cual significa que ha hallado otro núcleo humano al cual adherirse. Además, los habitantes del gran cráter, carecen de aviación, pese a lo avanzados que puedan estar en algunos aspectos de la civilización. Porque de tener aviación, la hubieran destacado contra nosotros en vez de limitarse a resistirnos con las ondas ultrasónicas y también los hombres acorazados la habrían visto en alguna ocasión y nos hubiesen hablado de ella.

—¿Y cómo es posible que los hombres acorazados no hayan

hallado jamás ese paso subterráneo? —insistió el profesor Rice en tono un tanto impertinente—. Porque en las largas conversaciones que he sostenido con los más ancianos me han demostrado que no tienen ni idea de él.

—Pues no han hallado ese paso porque debe estar bien vigilado y si alguno ha llegado hasta él, ese no ha vuelto y el hallazgo ha quedado en el mayor misterio. Pero el paso, existe —aseveró Arana con profunda convicción—. Estoy tan seguro de ello y de que Dom-Ashar lo ha encontrado, que voy a dirigir personalmente una expedición para hallarlo nosotros. He de arrancar a la señorita Naranjo de manos del monstruo sintético ese y, si es posible, quiero apresarlo a él y a Rosa van Doen o no vamos a tener un minuto de tranquilidad. Aunque lo ha intentado, no ha podido arrastrar de una forma definitiva a los hombres acorazados contra nosotros, pero tengo la seguridad de que con los habitantes del gran cráter no va a suceder lo mismo…

—Opino igual que usted, comandante —intervino Oramas—. Las gentes del gran cráter no pueden haber caído del cielo y tiene que existir el paso.

—¿Y por qué no pueden haber caído del cielo? ¿No hemos caído nosotros? —intervino de nuevo el profesor Rice—. Eso no quiere decir que luego no hayan hallado el paso e incluso que lo hayan hecho. Los pantanos y canales que poseen demuestran que no carecen de ingenieros…

—Bueno. Veo que al fin vamos poniéndonos de acuerdo y me congratulo de ello. Así pues, sin abandonar las exploraciones por encima del cráter para mantenerlos entretenidos, yo, con mi equipo, voy a tratar de localizar el paso. Siento una viva curiosidad por conocer a las gentes que habitan allí, conocer los motivos de su aislamiento…

Horas más tarde, el equipo dirigido por el comandante Arana seguía la ruta trazada por Doc-Lam en el tosco mapa que había realizado, los tres aparatos que constituían el equipo mantenían continuo contacto entre sí, intercambiándose las continuas observaciones que iban realizando y, tanto los detectores de ondas sónicas como los del radar, lanzaban continuamente emisiones de ondas tratando de hallar la oquedad que forzosamente debía dar la entrada al paso.

Y de improviso el alférez Sacristán lanzó un grito de júbilo, comunicando el posible hallazgo:

—¡Creo que lo encontré! ¡Las ondas sónicas acusan una oquedad!

Arana vio cómo el aparato de su compañero de equipo viraba casi en redondo, tornando a repasar por un determinado lugar en que se unía, a lo abrupto del terreno, una espesa y enmarañada vegetación, y

segundos después llegaba de nuevo la voz jubilosa del alférez:

—Confirmo el hallazgo, señor, y trato de seguir la dirección del subterráneo, pero se me pierde.

—¡Está bien, alférez! ¡Señale en el mapa la posición exacta de la entrada y comuníquela inmediatamente! Repasaremos los tres luego en distintas direcciones —respondió Arana.

En sucesivas e insistentes pasadas fueron determinando la dirección del subterráneo mientras la capa que lo cubría no era excesivamente espesa y, cuando los detectores hallaron el límite de penetración, Arana echó un vistazo al trazado logrado y sonrió satisfecho.

—¡Está bien! Para empezar tenemos tres kilómetros de trazado que nos da una idea de lo que podemos encontrar ahí dentro. Ahora regresaremos a nuestra base y dispondremos la expedición definitiva. Antes de arriesgarnos a entrar es conveniente que en la isla tengan conocimiento de nuestro descubrimiento y de la situación exacta del paso.

CAPÍTULO IV

LOS BESTIALES HOMBRES DE PIEDRA

De la formación de seis «zapatillas volantes» fueron desprendiéndose sendos fardos que, tras voltear en el espacio, abríanse quedando flotando como gigantescas medusas, dando la sensación de que en el extremo inferior llevaban un peso, pero que éste permanecía invisible.

Y así era la realidad, ya que, de cada uno de los sedeños paracaídas pendía un hombre que, por ir cubierto por encima del, traje metálico de zirconio, con otro traje de negro purísimo, resultaba invisible. Sin embargo, al ir todos ellos provistos de gafas especiales, apropiadas, para el caso, y de linternas de luz negra, podían verse entre ellos logrando así no perder el contacto.

La zona escogida para la coma de tierra era bastante llana y uno tras otro fueron cayendo en ella los paracaídas, los cuales fueron recogidos y plegados por manos invisibles mientras las seis «zapatillas volantes», tras volar en círculo unos momentos, se alejaron al recibir la orden, comunicada por microteléfono, del jefe de los paracaidistas.

Y mientras tal cosa se producía en la explanada, a setecientos metros escasos de allí, varios pares de inquietos ojillos observaban el para ellos inexplicable descenso de los extraños artefactos. De haber tenido pelos los poseedores de los ojillos, seguramente se les hubieran erizado de terror al ver que luego, los extraños objetos voladores que ellos jamás habían visto, se plegaban cuidadosamente y se escondían entre unos matorrales, donde los perdieron de vista: Pero lo extraño del caso fue que los matorrales, tras recibir a los extraños objetos, se movieron a uno y otro lado durante un buen rato, tal que sí de pronto hubieran cobrado vida; y por unos instantes, los cerebros que vivían detrás de aquellos ojillos llegaron a pensar que aquellos matorrales que habían visto permanecer inmóviles año tras año, a excepción de cuando el viento los movía suavemente, podían haberse convertido en unos instantes en hombres vegetales, aquellos extraños seres que, arraigados en la tierra, atrapaban cuanto bicho viviente pasaba a su alcance para devorarlo después, llegando en momentos de hambre a devorarse unos a otros si crecían lo suficientemente cerca para poderse atacar.

Pero no, porque los matorrales, tras separarse con cierta violencia como manejados por manos invisibles, habían vuelto a ocupar su sitio, permaneciendo inmóviles en él.

Afortunadamente, al quedar los matorrales quietos, los

observadores ojillos volvieron a la tranquilidad y en la oquedad que formaba la entrada del paso al «Gran Cráter» se oyeron sendos suspiros, uno por cada uno de los tres seres que constituían el equipo de vigilancia en aquellos momentos.

Por su parte, el comandante Luis Arana, que era quien dirigía la expedición de hombres invisibles, había descubierto ya la entrada de la cueva y había señalado para ella.

—Allí tenemos la entrada al paso. Es casi seguro que esté vigilada y debemos contar que, aunque invisibles, forzosamente nos localizarán por los movimientos que necesariamente debemos imprimir a los ramajes que ocultan la entrada. Ignoro los medios de detección con que contarán, pero ocurra lo que ocurra, no deberá nadie desposeerse de la escafandra, pues las ondas ultrasónicas de las que sabemos disponen, podrían reventar al que tal hiciera. Y vuelvo a recordarles que no se deben cruzar entre nosotros más palabras que las precisas y aún éstas, en baja voz. Y ahora, adelante…

Y minutos después, de nuevo los vigilantes que se hallaban a la entrada del pasadizo sintiéronse ganados por profundo sobresalto al notar que los matorrales que defendían la entrada donde ellos se hallaban, se agitaban violentamente mientras se percibía el ruido de pasos, unos pasos quedos, amortiguados por un deseo de pasar desapercibidos de aquellos que los producían.

De los tres vigilantes, el que estaba revestido de más autoridad, al darse cuenta del fenómeno que se producía casi en sus propias narices, dio orden de retroceder a sus dos compañeros y cuando los seis expedicionarios pusieron pie en la entrada de la cueva, ya los tres extraños seres que la guardaban se habían escondido.

La primera sección del túnel era una cueva de formación natural, cuyo piso y paredes estaban formados por lava solidificada y la cual ofrecía un singular aspecto, y tan pronto penetraron en ella los expedicionarios tendieron ante sí los rayos de luz invisible, recorriendo con ellos el suelo, el techo, cada rincón de las paredes, tratando de asegurarse de que no quedaba enemigo alguno a sus espaldas.

Y de improviso, el hombre que marchaba a la izquierda de Arana lanzó un leve grito de asombró a tiempo que casi estuvo a punto de dejar caer la linterna que empuñaba su mano izquierda.

—¿Qué le sucede? —susurró el comandante a su oído viendo que se había quedado totalmente inmóvil, con la vista fija en uno de los más oscuros rincones de la cueva.

—¡Mire allí, señor! En ese rincón a nuestra izquierda…

Miró Arana hacia donde se le indicaba y alcanzó a ver tres figuras de aspecto monstruoso y que parecían de piedra y los cuales mostraban una actitud expectativa.

—Son estatuas de piedra. ¡Pero de un maravilloso realismo! Dan la sensación de estar vivas...

—Y lo están, señor. Fíjese en los ojillos cómo relumbran llenos de vida Además, yo mismo he visto moverse a una...

—Eso es imposible, alférez.

—¿Imposible? Si usted me lo autoriza dispararé contra ella mi pistola eléctrica y se convencerá.

—Nada de disparos. Vamos hacia allá.

Arana y el alférez Sacristán fueron avanzando hacia el oscuro rincón y las pétreas figuras que se hallaban inmóviles, al percibir el ruido de los pasos que se les acercaban lentos y ver la impronta de los mismos señalada en el suelo cada vez más cerca de ellos sin percibir, en cambio, a los seres que los producían, se sintieron ganados por un profundo terror y trataron de correr, pero sintieron que sus fuerzas no les obedecían. Los ojos de los tres extraños seres quedaron agrandados hasta el extremo a consecuencia del pánico de que se sentían poseídos y al llegar hasta ellos, Arana señaló un curioso fenómeno.

—¡Fíjese, alférez! Pese a la sequedad que reina aquí dentro, estas piedras sudan...

La voz de Arana, aunque en tono bajo, llegó a oídos de los tres seres y ante tal fenómeno se produjo en ellos la reacción por la que el cerebro se impuso a los músculos y la orden clara, precisa, llegó, produciéndose entonces lo imprevisto. Como impulsados por un mismo resorte los tres seres se lanzaron hacia adelante, iniciando la carrera; pero apenas iniciada tropezaron con los invisibles cuerpos de Arana y el alférez Sacristán que, cogidos de improviso, no pudieron evitarlos. Y la colisión fue tremenda, rodando unos y otros por el suelo con considerable estrépito qué asustó aún más a los hombres de piedra que, con una rapidez impropia de la pesadez de su constitución, se levantaron y echaron a correr veloces a tiempo que atronaban el espacio con sus gritos de alerta.

La voz de Arana ordenó entonces imperiosa dirigiéndose a sus compañeros de expedición que permanecían de pie:

—¡Deténganlos!

Se produjeron en rápida sucesión varios fogonazos de las pistolas eléctricas y los expedicionarios pudieron ver cómo muchos de ellos dieron en el blanco, pero no causaron el menor efecto y los hombres de piedra continuaron, corriendo, adentrándose veloces por el pasadizo.

Pero Arana no estaba dispuesto a perderlos y se lanzó en vertiginosa carrera detrás de ellos, notando que era seguido por sus compañeros de expedición. Y uno de los hombres, al notar que eran seguidos, se volvió veloz mientras los otros continuaban su huida. En sus manos había aparecido una especie de tubo, en cuyo final se veía

un depósito, tubo que encaró contra sus invisibles seguidores a tiempo que oprimía un dispositivo disparador. En la oscuridad del pasadizo brotó una luminosa ráfaga que parecía descargar latigazos de fuego, pero cuando el hombre de piedra esperaba sentir que sus invisibles enemigos caían en tierra fulminados, sintió que los rayos eran rechazados sin producir el menor daño y él, que medio se había serenado, volvió a sentirse ganado por el pánico.

Arana, que iba en vanguardia de su grupo, fue el primero en atacar al hombre de piedra, haciéndole perder el equilibrio con un afortunado golpe de «judo», dejándolo a merced de sus compañeros, que se lanzaron en tromba, derribándolo al suelo y arrojándose sobre él.

Sin detenerse un momento en su carrera, el comandante del *Escorpión Azul* saltó entonces como podría haberlo hecho una pantera y en elástica estirada sujetó por las piernas a otro de los pétreos hombres, el cual se fue de bruces con infernal estrépito.

Pero Arana no llegó a disfrutar de su victoria, ya que apenas si se había incorporado y se disponía a atenazar a su hombre, sujetándolo bien, cuando éste lo atrapó de forma instintiva, lanzándolo con terrible fuerza por el aire y salvándose el comandante de morir estrellado contra las rocas que formaban el pasillo gracias a la vestimenta de zirconio, forrado en su interior por una gruesa capa de caucho.

Mas no era Arana de los que se daban por vencidos fácilmente y apenas se vio en el suelo, atacó de nuevo, pero en esta ocasión, dirigiendo un disparo de su pistola eléctrica a los ojos de su enemigo el cual cayó fulminado a tiempo que lanzaba un espeluznante alarido.

Los otros dos hombres luchaban a brazo partido con el equipo de expedicionarios y Arana tendió la vista de uno a otro grupo para cerciorarse de en cuál podía hacer más falta y corrió hacia el hombre que tenía más cercano, el cual se acababa de librar de fuertes manotazos de uno de sus rivales y forcejeaba furioso con el alférez Núñez, al cual daba la sensación de que conseguiría aplastar.

La pistola de Arana tornó a restallar y el hombre de piedra se llevó ambas manos a los ojos a tiempo que se desplomaba de bruces.

Quedaba aún luchando uno de los hombres, el que había disparado su arma de rayos, pero antes de que Arana lograra intervenir, uno de sus compañeros había logrado atenazarle vigorosamente, juntándole ambos brazos a la espalda. Se oyó un crujido como de algo que se resquebraja y el hombre de piedra, dando un alarido de dolor, cayó de rodillas mientras sus ojos destellaban con furia homicida, pero antes de que pudiera rehacerse fue esposado y dando un resoplido tal que si su sistema respiratorio fuese la válvula de escape, se entregó, apareciendo resignado con su suerte.

—¿Habrán quedado ciegos? —interrogó Núñez señalando a los dos hombres que habían sufrido la descarga eléctrica.

—No creo. Ese tipo de rayo no produce quemadura, sino que actúa sobre el sistema nervioso y, por tanto, hay que estar atentos a la reacción. Lo mejor de todo será que se les espose también.

Reducidos a la impotencia los hombres de piedra y tranquilizados por tanto los expedicionarios, pudieron entregarse éstos detenidamente al examen del curioso fenómeno que tenían ante la vista.

—Me agradaría que estuviesen aquí nuestros sabios geólogo, botánico y físico para ver si eran capaces de darnos una explicación a esto. Al principio llegué a pensar que, al igual que nosotros llevamos trajes metálicos, ellos los llevaban de piedra, pero no es así. La piedra que les cubre forma parte de su propia naturaleza y, a no ser por los ojos, nos resultarían invulnerables...

El alférez Núñez palpó el brazo desnudo de uno de los hombres, el cual dejó oír un sordo gruñido, enseñando los dientes, como haría una fiera.

—La mayor parte es sílice, pero para darle mayor flexibilidad debe estar combinado con otros minerales, entre ellos algo parecido al amianto. Ello les hace invulnerables a la electricidad y, a no ser por el punto flaco de los ojos, temo que las hubiésemos pasado negras. Tienen una fuerza descomunal. A mí me sacudió como un pelele y, a no ser por el zirconio y el caucho, estaría ahora reventado.

—Es la cosa más extraordinaria que había visto jamás. Una combinación de elementos digna de un genio maléfico. Comprendo la sílice protegiendo a las gramíneas como el maíz, pero incorporado al ser humano para darle una estructura pétrea es cosa que jamás se me hubiese ocurrido.

—¿No tiene a los hombres acorazados, cuyas escamas son en gran parte metálicas? ¿No tenemos en la Tierra a las tortugas con sus impenetrables conchas protectoras?

—Sí. Pero ningún ser ofrece esta maravillosa flexibilidad que tan bien se adapta, que tanto facilita sus movimientos y que ofrezca la resistencia de este material. Pero no perdamos tiempo. Si los gritos de estos energúmenos han sido escuchados, cosa que no tendría nada de particular, nos estarán aguardando, tal vez preparándonos alguna sorpresa...

—Pues vamos a tratar de sorprenderles nosotros. Estos hombres es seguro que hablarán el idioma de los hombres acorazados y podrán informarnos.

Arana se dirigió entonces al hombre de piedra que había disparado su arma de rayos:

—Te habrás convencido de que tus armas no pueden nada contra

nosotros y que deberás someterte si no quieres morir.

El hombre de piedra, al oír que le hablaban en un idioma que conocía y que no podía ver a su interlocutor, sintió un estremecimiento de terror que procuró disimular cerrando los ojos, pero no contestó cosa alguna.

—¿Has visto entrar a un hombre y dos mujeres extranjeros?

El hombre de piedra permaneció silencioso y Arana disparó entonces su pistola eléctrica cerca de los ojos, deslumbrándole.

—Si no hablas va a ser peor para ti. Puedo dejarte ciego —mintió Arana—. Me bastará con dispararte estos rayos a los ojos…

La pétrea epidermis del hombre se cubrió de sudor y Arana, rápido, destelló un fogonazo de su pistola que esta vez fue bien dirigido a los ojos. El hombre, sin lanzar un alarido, sin casi darse cuenta de lo que le sucedía, notó que las piernas se le aflojaban y hubiera caído a no ser sostenido por los expedicionarios y Arara tornó a la carga, dirigiéndose en esta ocasión a uno de los otros dos hombres, que se habían recobrado ya de su desvanecimiento y que, con expresión de horror, sentían gravitar sobre ellos la extraña situación:

—Contesta, tú, si no quieres correr peor suerte que tu compañero. ¿Has visto a los extranjeros?

El hombre vaciló unos instantes para responder al fin:

—No los he visto.

—Pero sabes que han entrado…

—Sí. He oído decir que han entrado. Pero si te interesan no los verás más, porque han sido sacrificados a los dioses. Ningún extranjero que viole nuestros dominios puede salvarse y vosotros caeréis también. Así está escrito y todo lo que está escrito se cumple.

—Te agradezco el aviso, pero procuraré borrar lo escrito. Y podéis echaros a temblar todos si esos extranjeros hubiesen sido sacrificados, porque no quedaréis ni uno sólo de vosotros vivo. No sé si eso estará escrito, pero te aseguro que se cumplirá.

El hombre de piedra pareció entonces sumido en la mayor de las confusiones y al final respondió:

—También está escrito que unos hombres que caerán llovidos de las nubes nos barrerán de la faz de este planeta. Pero vosotros os arrastráis por la tierra como nosotros.

Sonrió Arana y respondió tratando de sorprender al hombre de piedra.

—Bien sabes que hemos caído llovidos de las nubes y es eso lo que os llena de terror. Porque vuestra ciencia no ha podido destrozarnos como esperabais. Ni vuestros rayos desintegradores ni vuestras ondas supersónicas pueden con nosotros. ¿Quieres mayor prueba de que ha llegado vuestra hora? Pero estamos dispuestos a ser

clementes con los que nos guíen, con los que se sometan antes de que nuestra cólera se desate y broten rayos de todas partes. Y ahora vamos en marcha hasta los ascensores...

Los tres hombres de piedra cambiaron significativas miradas entre sí y echaron a andar delante, marchando custodiados de cerca por los expedicionarios.

Los seis expedicionarios recordaban perfectamente el trazado de los subterráneos en aquella zona, según las ondas sónicas lo habían señalado, y probaron que los hombres de piedra marchaban sin vacilación alguna hasta llegar a una rotonda, la última que los expedicionarios habían recogido con sus detectores, y en la cual parecía terminar el paso, ya que no se veía señal alguna de continuación.

—Ya hemos llegado —avisó el hombre que había hablado.

—¿Y los ascensores? —interrogó Arana.

—Será necesario pedirlos... y les va a parecer un tanto extraño que los pidamos. No es aún hora de relevo.

Los seis expedicionarios se miraron entre sí. No se podían fiar de los prisioneros, pero comprendían que tenían razón. Y el alférez Núñez, que era hombre de ideas, se dirigió a su jefe:

—Señor. Podríamos uno de nosotros quitarnos el traje invisible y fingir que había sido hecho prisionero por estos tipos. Así la entrada sería relativamente fácil. Y si aquellos a los que buscamos se hallan prisioneros, no seríamos conducidos a sitio muy lejano de donde ellos se hallen.

—Es una buena idea. Y al primero de estos tipos que trate de descubrirnos le rompemos la cabeza, por muy pétrea que la tengan... Antes de nada voy a advertirles.

Arana se dirigió entonces a sus prisioneros, hablándoles en el idioma de los hombres acorazados:

—Uno de nosotros se va a hacer visible a vuestros torpes ojos y así no extrañará que llaméis comunicando la novedad. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Que enviarán una pequeña escolta para recoger al prisionero mientras nosotros deberemos continuar nuestra guardia aquí hasta que llegue el momento señalado para el relevo.

—¿Tardará mucho tiempo en ocurrir eso?

—Unos tres «pods»...

El «pod», entre los hombres acorazados, tenía un equivalente aproximado a 30 minutos terrestres y Arana consideró que era esperar demasiado tiempo.

—¿No habrán escuchado vuestros gritos de socorro?

—No es probable. Las comunicaciones en aquel momento estaban cortadas.

—¿Por qué gritasteis entonces si no os podían oír?

—Fue algo instintivo, algo que pudo más que nosotros mismos. El miedo a lo sobrenatural cuando lo sobrenatural es palpable, algo que te ataca sin saber cómo ni de dónde viene.

—Está bien. Tened en cuenta que uno de nosotros, tal vez más, quedarán vigilándoos aquí. Apenas intentéis dar la alarma, os atacarán, dejándoos sin vista como primera providencia. Cuando seáis relevados os seguirán y en cualquier momento que podáis pensar en delatarnos, os atacarán de la forma más terrible que podéis imaginar. Una vez relevados, no debéis separaros unos de otros para facilitar nuestra vigilancia. ¿Entendido?

—Sí. Pero todo eso no os valdrá de nada. Caeréis como todos cuantos han intentado penetrar en nuestro mundo.

—Está bien, hombre. Parece que tengas ganas de complicarte la existencia con tales amenazas. Si no callas de una, aunque tus predicciones llegasen a realizarse, no serías tú el que llegarías a verlo.

Enmudeció el hombre de piedra comprendiendo que se había excedido y Arana se dirigió entonces a Núñez:

—Aceptada su idea, sólo necesito el valiente que se decida a despojarse del traje invisible.

—Puesto que la idea es mía, seré yo mismo quien represente ese papel. Cuando usted lo ordene, señor.

—Para luego es tarde.

El alférez Núñez comenzó por desposeerse de la parte de vestido invisible que correspondía a la cabeza y que mantenía cubierta la escafandra de transparente zirconio y tos hombres de piedra, al ver la cabeza del alférez, que daba la sensación de flotar en el aire, envuelta en la escafandra, no pudieron evitar un estremecimiento de miedo.

Y Arana aprovechó el momento para interrogar, buscando sorprenderlos:

—¿Estás seguro de que no viste a los extranjeros?

—Sí. Los vi cuando llegaron. Yo entraba en el turno siguiente y me disponía a subir —confesó el hombre, dominado aún por el miedo.

—¿Cuántos eran?

—Tres. Uno era alto y fuerte. Ellas dos eran frágiles, sobre todo la más pequeña. Estaba asustada de vernos, como si fuésemos antropófagos... Será el más bello sacrificio que habremos ofrecido a nuestros dioses, mucho más bello que las doncellas de las cavernas ni que las bestias más bellas...

El hombre de piedra, al terminar de hablar, daba la sensación de que se hallaba en éxtasis y Arana sintió impulsos de golpearle, aunque supo contenerse a tiempo.

—¿Todos los habitantes del «Gran Cráter», son como vosotros?

—¿Gran Cráter? —respondió el hombre de piedra—. Nosotros no

le llamamos así. Le llamamos Turasai, que significa la bella hija del fuego…

—Muy poético, pero quiero que respondas a lo que te he preguntado.

—No. Todos los habitantes no son así. Están los escogidos, que son hermosos y frágiles. Pero ellos saben protegerse y resultan invulnerables. Luego estamos nosotros, los hombres de piedra, que somos los brazos ejecutores de las privilegiadas cabezas que nos dirigen y detrás de nosotros están los hombres bestias. No es necesario que te los describa, porque al hacerlo me rebajaría y ya los verás.

—¿Y es posible que dentro de esa estructura vuestra funcione un cerebro? —interrogó Arana con simulado desdén.

Pero el hombre de piedra había logrado tranquilizarse y respondió con cierta mordacidad:

—Eso podrás comprobarlo tú mismo a no mucho tardar. ¿Funciona el vuestro dentro de ese caparazón que lleváis?

—Tienes razón. Pero si toda vuestra capacidad y la de los escogidos no sirven más que para fabricar esos infantiles rayos con que has tratado de fulminarnos, bien poco valéis unos y otros.

Mientras Arana conversaba con el hombre de piedra, habíase despojado Núñez del traje invisible, entregándoselo al propio Arana y éste tornó a hablar dirigiéndose al hombre de piedra, con el cual había mantenido la anterior conversación y que parecía ser el jefe del pequeño grupo.

—Y ahora, voy a soltaros las manos. Espero que deis muestras de esa inteligencia superior que parece tenéis comportándoos como buenos chicos.

A una seña de Arana fueron libertados los tres prisioneros y el comandante español ordenó entonces:

—Vamos. Llama ya.

El hombre de piedra se dirigió a uno de los ángulos de la rotonda y haciendo presión sobre una de las piedras, hizo bascular a ésta, quedando al descubierto una pequeña oquedad, en el fondo de la cual, Arana que lo había seguido, vio, brillar un objeto. El hombre de piedra, con gesto impasible, manipuló un conmutador y se dispuso a hablar, recibiendo entonces una imperiosa orden de Arana.

—¡Habla! ¡Pero muy breve!

Y el hombre de piedra pronunció ante el aparato escasas palabras, dichas en tono normal, más bien bajo, en un idioma totalmente desconocido para Arana, pero que se adivinaba flexible, rico en sonidos. Cuando hubo hablado tornó a hacer girar el conmutador, colocó la piedra que había hecho bascular en su sitio y se volvió hacia el lugar de donde la voz de Arana había salido.

—Esos transmisores del sonido son muy sensibles. No será mía la

culpa si te han oído...

Los expedicionarios se reunieron unos instantes y Arana ordenó, dirigiéndose a uno de ellos:

—Usted quedará aquí fuera cuidando a estos tres tipos, pero permanecerá aquí cuando ellos bajen. Así, caso de que ocurra algo imprevisible, usted servirá de enlace con nuestras «zapatillas volantes». No abandonará esta entrada a menos que reciba órdenes nuestras, permaneciendo invisible y no se descuidará un momento. Tal vez del buen cumplimiento de la misión que le encargo dependerá la vida de todos nosotros. ¿Alguna duda?

—Ninguna, señor.

—Si para mantenerse aquí tiene necesidad de matar, no vacile, hágalo o lo harán con usted. Las pistolas eléctricas no tienen efectividad más que si las dirige usted a los ojos, pero le quedan los proyectiles y granadas atómicas que no dudo perforarán la coraza de estos hombres, por dura que sea. No vacile en emplearlos.

—Sí, señor.

Una capa pétrea sufrió un corrimiento en uno de los laterales de la rotonda y un silencioso y. amplio ascensor se detuvo, descendiendo de él tres hombres de piedra que se dirigieron a sus compañeros, haciéndose cargo del alférez Núñez, mostrando la sorpresa que la vista de éste, enfundado en su extraño traje de zirconio y su escafandra, les causaba.

Uno de los recién llegados palpó con sus toscas manos al alférez, golpeándole luego suavemente en la escafandra al percibir el sonido metálico que producía.

—Es una extraordinaria captura. ¿Cómo la habéis logrado?

Pero los hombres que la habían hecho, ante el temor de verse castigados, se limitaron a encogerse de hombros.

Instantes después, el ascensor descendía llevando consigo a los tres hombres de piedra que sujetaban al alférez Núñez y a los invisibles expedicionarios capitaneados por el comandante Arana.

CAPÍTULO V

BUD-DORKO

EL ascensor profundizó rápidamente, sin detenerse un solo instante, más de trescientos metros, al cabo de los cuales se detuvo, empujando de él, y sin demasiados miramientos, los hombres de piedra al alférez Núñez mientras Arana y los otros tres compañeros saltaban rápidamente dispuestos a seguir a su visible compañero.

Por unos instantes pareció que Núñez se iba a rebelar por la falta de consideración con que era tratado, pero supo contenerse a tiempo, a fin de no poner a sus compañeros en evidencia, y apenas fuera del ascensor se sintió poco menos que arrastrado por dos de los corpulentos hombres de piedra, los cuales lo habían cogido por ambos brazos tirando de él, mientras el tercero marchaba a sus espaldas apuntándole con un tubo lanzarrayos semejante en todo al que ya otro de los hombres de piedra había empleado con resultado negativo contra los expedicionarios.

Al pie del ascensor pudieron ver los hombres de la Tierra a un ser monstruoso, parecido al gorila, pero más corpulento aún, y cuyos ojillos destellaban con un brillo maligno. El monstruo se mantuvo erguido, inmóvil, al ver pasar ante sí a los hombres de piedra con el, para ellos, extraño acompañante, pero apenas pasados, levantó la nariz, tal que si venteara algún olor extraño y Arana, por unos instantes, temió que les podía descubrir por el olfato. Emitió el monstruo, tras olisquear, unos sonidos que tenían más de ladrido que de palabra y uno de los hombres de piedra, el jefe del grupo, se volvió a contestarle manifestando el desdén que la bestia le producía.

—Continúas tan estúpido como siempre. ¿Cómo no quieres percibir un olor extraño si llevamos aquí a este extranjero?

Arana, atento a cuanto le rodeaba, no dejó de percibir el destello de odio manifestado por el monstruo, comprendiendo que se hallaban ante el hombre bestia de que el hombre de piedra le había hablado.

El siniestro destellar de los ojos del monstruo atrajeron como por imán las miradas del hombre de piedra y éste tornó a volverse hacia él, apuntándole con el tubo lanzarrayos

—Te he llamado estúpido y te lo repito. Procura limitarte a tu trabajo y no molestar nuestros oídos con esos bárbaros ruidos que produces...

Por unos instantes pareció que el hombre bestia se iba a lanzar sobre el hombre de piedra y Arana y sus amigos se regocijaban de antemano con el espectáculo, pero el monstruo se contuvo mientras el

hombre de piedra sonreía con sardónica expresión.

—¡Qué! No te atreves, ¿verdad? Te iba a resultar un poco dura mi piel si es que antes de llegar a mí no quedabas desintegrado, convertido tu bestial cuerpo en nada o en menos que nada aún...

Un sordo gruñido del monstruo fue la respuesta y el grupo continuó su marcha por una rampa de no más de doscientos metros, al final de la cual penetraron en una gruta amplia, espaciosa, por cuyas paredes laterales se precipitaban con ruido sordo, monótono, dos pequeñas cascadas de agua, producto sin duda de las filtraciones de la montaña cubierta de nieves perpetuas, aguas que morían en una especie de estanque o pequeño lago, del cual arrancaba un canal lo bastante amplio para que pudieran cruzarse en él un par de buenas canoas.

Era un momento difícil para los expedicionarios si deseaban continuar su camino sin que su presencia fuese advertida, ya que los hombres de piedra se dirigieron a una única canoa que se hallaba anclada en uno de los embarcaderos de piedra, y Arana, con rápidas señas y actuando con el ejemplo, hizo ver a sus compañeros cómo se debían comportar para que su presencia no fuese denunciada.

Colocóse el comandante español junto al primer hombre de piedra y, en el preciso instante en que éste puso pie en la canoa, imitóle aquel, siguiéndole en todos sus movimientos para dar la sensación de que era una sola persona la que se movía. Afortunadamente la canoa era grande y cabían en ella holgadamente los ocho personajes, y tan pronto como el último hombre de piedra hubo montado, el jefe, que se había colocado ante los mandos de la embarcación, puso ésta en marcha lanzándola a una vertiginosa velocidad por el canal, el cual, pese a discurrir en toda su extensión, que los expedicionarios calcularon superior a diez kilómetros, en el interior de un túnel, hallábase iluminado, tal que si fuese de día, por potentes focos que no lastimaban en absoluto la vista y que mostraban las pulidas paredes del canal, llenas de graciosos motivos decorativos que hablaban bien alto de la cultura del pueblo que los había realizado. El viaje finalizó, apenas salidos del subterráneo a la luz del día, en un espacioso estanque, situado aún en desnivel, y cuyas aguas, según pudieron apreciar los invisibles hombres de la Tierra tan pronto como desembarcaron, se precipitaban en rugiente salto, aprovechado para la producción de energía.

En tal punto, los hombres de piedra se metieron con Núñez en una amplia barquilla y los cuatro invisibles se hubieron de dar prisa para tomar plaza en el mismo vehículo que, deslizándose sobre juegos de bolas, se lanzó a espantosa velocidad por una especie de tobogán, continuando luego la veloz marcha adquirida por una pista de cinco kilómetros, frenando bruscamente al cabo de ellos, deteniéndose ante

un suntuoso pabellón.

Observábase en el pabellón, bastante movimiento, entradas y salidas de hombres de piedra, voces, órdenes. Carruajes del tipo que habían usado los hombres de la Tierra que se detenían mientras otros, tras recoger a sus ocupantes se lanzaban a toda velocidad, dando la sensación de una vida activa, dinámica.

Durante el trayecto hasta el pabellón donde se hallaban, habían visto a bastantes hombres bestia, de las mismas colosales proporciones que el primero que habían encontrado, y observaron que todos ellos se hallaban entregados a trabajos penosos, como el laboreo del campo, la carga y descarga, la limpieza. Y observaron también los expedicionarios que nadie hablaba más que lo preciso, que se expresaban con extraordinaria concisión, dando la sensación de hallarse mecanizados o de tener la vigilancia de un ojo invisible. En cuanto a Núñez, continuaba siendo tratado con severidad, pero con mayor corrección de modales, habiendo desaparecido en los hombres de piedra que lo conducían los principios de relajación observados en ellos hasta que salieran al Gran Cráter; y en cuanto a los hombres bestia, aunque eran mirados con desprecio evidente por los hombres de piedra, ninguno de ellos se atrevía a mortificarlos lo más mínimo.

Los cuatro invisibles iban realizando tales observaciones, pero no se atrevían a intercambiar impresiones por temor a ser oídos, manteniéndose unidos y en la mayor proximidad de Núñez, observando también que éste era mirado con manifiesta hostilidad por parte de cuantos hombres de piedra tropezaban. Apenas descendidos del vehículo, pasaron a una amplia sala que servía de vestíbulo en el pabellón y escasamente llevaban aguardando un par de minutos en ella, cuando se produjo lo inesperado. Sonó un timbre en el interior de uno de los departamentos, timbre que llenó con su insistente repiquetear los ámbitos de todo el pabellón y coincidente con él llegó desde el exterior el fuerte ulular de una sirena que cada vez se sentía más próxima. Los expedicionarios comprendieron que llegaba para ellos un momento crucial y Núñez, que desposeído de sus gafas especiales no podía ver a sus compañeros, sintió sobre una de sus manos la presión de otra mano que imaginó era la de Arana. Su firme ánimo se elevó más aún, pero por unos instantes deseó hallarse dentro de su traje invisible.

Al ruido de la sirena, los hombres de piedra se detuvieron, poniéndose en pie los que se hallaban sentados y todos adoptaron una actitud de correcta solicitud, colocándose en posición de firmes, manteniendo totalmente inmóviles sus rostros, ya de por sí inexpresivos. Finalmente el ulular de la sirena que había ido creciendo de volumen hasta resultar molesto cesó, y un carruaje similar al que había traído a los hombres de la Tierra, pero bastante más lujoso y

completamente cerrado, se detuvo ante el pabellón.

Hizo Arana una seña a sus compañeros para que se mantuviesen en el lugar en que se hallaban y él se asomó al exterior, viendo que la portezuela del carruaje se abría con cierta violencia y que un personaje de elevada estatura saltaba de él en primer lugar, quedando mirando hacia el interior del pabellón con impertinente gesto. Y el comandante español no pudo evitar el sentirse ganado por la sorpresa al reconocer en el personaje al propio Dom-Ashar, pero un Dom-Ashar que no daba la expresión de hallarse prisionero, sino más bien de ser un huésped calificado de aquel pueblo.

Tan pronto se halló Dom-Ashar en el suelo, saltó tras él otro personaje enjuto, de elevada estatura y el cual vestía una ceñida malla metálica que protegía todo su cuerpo de pies a cabeza, quedando visible únicamente la cara, cuya piel era morena, de un moreno verdoso, desagradable. Era de la raza de los «elegidos», los dirigentes de Turasai, de privilegiada cabeza según el hombre de piedra.

El enjuto personaje manifestaba una gran dignidad en todos sus movimientos y apenas hubo puesto pie en tierra, se vio flanqueado por cuatro enormes hombres de piedra armados de sendos tubos lanzadores de rayos desintegradores que esgrimían ostentosamente. Estos hombres de piedra, seguramente por su proximidad a los «elegidos» se creían superiores al resto de sus congéneres y miraban a éstos un tanto por encima del hombro.

Dom-Ashar, el «elegido» y la pequeña escolta penetraron en la entrada del pabellón y, apenas en ella, se dirigieron derechamente hacia donde se hallaba Núñez, al cual habían obligado a poner en pie los hombres de su escolta. Al mismo tiempo que penetraba el personaje, por una de las puertas laterales interiores, salía apresuradamente un grupo de hombres de piedra, los cuales se dirigieron en derechura hacia el recién llegado, inclinándose reverentemente ante él, incorporándose a la escolta que le flanqueaba.

Pero ni el «elegido» ni Dom-Ashar hicieron caso alguno de tales reverencias ni siquiera de los personajes que las producían y el caudillo de los hombres sintéticos, al hallarse ante Núñez, le señaló aparatosamente con el dedo a tiempo que en su rostro aparecía un gesto de triunfo.

—¡Sí! Es uno de los que me imaginaba. Este ser pertenece a esa raza de extraños guerreros que cruzan el espacio llevados de una sed inextinguible de hacer daño. Ellos destrozaron el planeta a que pertenecíamos, matando a sus habitantes y luego asaltaron la isla donde un reducido grupo nos salvamos, reduciéndonos a esclavitud a los que logramos escapar con vida.

Dom-Ashar empleaba, para lanzar la acusación y ser entendido por los habitantes de Turasai, el idioma de los hombres acorazados,

más fácil de aprender por su mismo primitivismo y tanto Núñez como los cuatro que permanecían invisibles no pudieron reprimir el movimiento de asombro que la acusación del cínico personaje les causaba. Y Núñez le cortó la palabra, atajándole, empleando el mismo idioma.

—¡Silencia esa boca, pirata! Si te hubiésemos colgado como merecías, no hubieses raptado a la señorita Naranjo ni muchos de los hombres que mantenías esclavizados bajo tu mando hubiesen muerto.

Y ahora vienes aquí para lograr satisfacer tu sed de odio, de venganza, sin importarte llevar a un...

Pero no pudo continuar porque Dom-Ashar, reaccionando con la violencia propia de su carácter, saltó sobre él, asestándole un fuerte golpe, que si bien no le causó daño alguno debido a la escafandra de zirconio, le derribó estrepitosamente sin poderlo evitar los hombres de piedra que le custodiaban

Mas Dom-Ashar no tuvo la misma suerte, ya que su rostro no se hallaba protegido por escafandra alguna y Arana, en impulso irrefrenable, al ver la acción que cometía contra su compañero, saltó ante él y le descargó un terrible puñetazo en la boca. Se oyó un espantoso crujido de huesos y por unos instantes la cabeza de Dom-Ashar dio la sensación de que salía arrancada de su cuerpo, tal fue la violencia que el golpe le imprimió. El hombre sintético no pudo aguantar el impacto y salió proyectado por el aire, yendo a estrellarse contra uno de los hombres de piedra de la escolta para finalmente desplomarse en el suelo mientras su boca se cubría rápidamente de sangre.

Tanto el «elegido» como los hombres de piedra, quedaron instantáneamente paralizados por el asombro y por unos instantes se miraron unos a otros con expresión de recelo, con profunda desconfianza, sin comprender cómo se había podido producir aquello ni quién había golpeado.

Finalmente, el acompañante de Dom-Ashar exclamó en voz alta algo que los hombres de la Tierra no entendieron, pero que inmediatamente repitieron todos los hombres de piedra que le rodeaban. Y el mismo personaje señaló inmediatamente hacia Dom-Ashar, sobre el que se precipitaron varios hombres de piedra, pero no para atenderlo como en los primeros momentos pensó Arana, sino para ponerlo en pie, sujetándolo y situándolo junto al alférez Núñez. Y, a pesar de no entender sus voces, los expedicionarios comprendieron inmediatamente que el hombre sintético había perdido, en unos instantes, el favor de que pudiera gozar y pasaba a la calidad de prisionero, exactamente igual que el alférez Núñez.

Y el mismo personaje, ante el cual nadie osaba hablar si no era para repetir sus mismas palabras, se dirigió a Núñez, interrogándolo

en su, para él, incomprensible idioma.

El alférez se encogió de hombros y aunque hablaba poco el idioma de los hombres acorazados, se expresó en él, pensando que el comandante Arana podía sacar algún partido de la conversación.

—No entiendo —fue la parca respuesta.

—¿No entiendes? —repitió entonces el personaje—. ¿Pero entiendes el idioma de los habitantes de las cavernas?

—Sí. He convivido con ellos y es fácil.

—¿Cómo has podido golpear a ese hombre si nadie te ha visto hacerlo?

—Yo no le he golpeado. Le han debido golpear vuestros dioses al ver que mentía, que trataba de engañarnos. Por eso le han cerrado la boca.

—¿A qué has venido a Turasai?

—Yo no he venido a Turasai. Me han traído a la fuerza tus bestiales esbirros de piedra. Yo exploraba tranquilamente en el país de los hombres que habitan en las cavernas.

—Ahora eres tú el que mientes y, sin embargo ninguna divinidad de las que nos protegen te cierran la boca.

—Porque digo la verdad y tú lo sabes perfectamente. No ignoro que raptáis a todo aquel que se pone a vuestro alcance. ¿Por qué lo hacéis? ¿Cómo podéis pensar que sois un pueblo civilizado si cometéis tales tropelías?

—¡Bah! ¡Qué tonterías! Sólo son bestiales hombres de las cavernas… —respondió el turasai con acento de profundo desdén.

—¿Es que tú crees valer más que ellos? Pues estás equivocado. Porque ellos son leales y no roban ni secuestran a nadie. Ellos son seres honrados y vosotros no sois más que vulgares piratas, igual que lo puede ser este tipo que ha sido tan duramente castigado…

Mientras hablaba, observaba Núñez el color de su interlocutor que iba cambiando hasta un verde desagradable, signo que interpretó acertadamente como expresión de ira, ya que no había terminado de hablar cuando se vio interrumpido por un violento ademán del turasai, el cual señaló para él a tiempo que daba una orden seca, terminante.

Uno de los corpulentos hombres de piedra de la escolta del turasai, se adelantó entonces rápidamente y sin previo aviso descargó un terrible puñetazo contra Núñez. Afortunadamente el alférez español, al lanzar la acusación, había previsto la reacción y esquivó ágilmente, saliendo disparado el hombre de piedra como un obús al fallar el golpe hasta tropezar con otro de sus compañeros, cayendo ambos estrepitosamente al suelo. Nadie se movió para ayudarlos, pero tampoco nadie fue capaz de reír la cómica situación.

Únicamente Núñez parecía conservar el sentido del humor y se

dirigió al «elegido», hablándole con normalidad, haciendo caso omiso de la avinagrada expresión que lucía su rostro.

—Procura no lanzar a tus esbirros de esa forma o me veré obligado a actuar de diferente manera. Sé que soy tu prisionero, pero exijo que se me trate con la debida cortesía.

El «elegido» consideró la insolencia de Núñez como algo insólito, a lo que no estaba acostumbrado, y dio un respingo, pero no respondió al ver que el hombre de piedra se levantaba después de su fracaso y atacaba por la espalda al alférez español. Oyóse entonces un leve silbido de advertencia, partido de no se sabía dónde, y Núñez tuvo tiempo aún de agacharse evitando el golpe del hombre de piedra dirigido contra su nuca; al fallar el furioso golpe dirigido, el atacante se fue tras su puño, tropezando con Núñez, que resistió el envite manteniéndose firme; y no tuvo más que alargar una de sus manos para atenazar una de las muñecas del hombre de piedra, retorciéndosela, y aprovechando el impulso del mismo, lo lanzó por el aire contra el «elegido», quien, aunque trató de huir, no pudo esquivar el duro impacto que lo lanzó a tierra.

Al rápido incidente sucedieron unos instantes de silencio opresivo, reflejando la actitud de los hombres de piedra el temor que sentían ante la reacción del «elegido». Seguidamente se movilizaron todos, unos para ayudar a levantarse a su señor, sacandóle de debajo del hombre de piedra que había quedado medio conmocionado; otros, para sujetar al peligroso hombre de la Tierra, pero éste esquivó de un salto, enfrentándose con los hombres de piedra en fiera actitud.

—¡Quietos! No intentéis ponerme la mano encima o voy a producir un verdadero desastre.

La actitud era tan firme, era tanta la arrogancia que dimanaba de Núñez, que los hombres de piedra, a la vista de lo que ya se había producido, se abstuvieron de atacar, aguardando las órdenes del «elegido» que había logrado ya ponerse en pie y que, con ademán descompuesto, se dirigió hacia uno de los hombres de su escolta, le arrebató el tubo lanzarrayos y dirigiéndolo sobre el hombre de piedra fracasado y que se levantaba en aquel momento sin que una sola mano osase ayudarlo, lo descargó contra él; produjose un leve resplandor, luego una nubecilla de humo y el fracasado quedó desintegrado en el espacio sin que ninguno de los que presenciaron la escena se atreviese a intervenir en su favor. Antes bien, a los expedicionarios les pareció observar una cierta alegría. El desintegrado ocupaba un puesto privilegiado en la escolta del personaje y cada uno de los que habían presenciado su rápido final tenía la esperanza de llegar a sustituirle.

Por su parte, el «elegido», satisfecho a medias en su amor propio ultrajado, se dirigió entonces hacia Núñez, apuntando a su pecho con

la mortífera arma, mientras un gesto avieso, de refinada crueldad se dibujaba en su rostro:

—Vas a morir, extranjero. De nada te servirá tu arrogancia ni tu fuerza. Nuestra superior, inteligencia, al crear estas armas, se colocó muy por encima de la fuerza bruta. Ya has visto con qué facilidad ese bruto ha dejado de ser. Pues lo mismo te va a suceder a ti…

El gesto cruel del turasai se acentuó y Núñez sonrió despectivamente al tiempo que el primero oprimía el disparador. Surgió el rayo desintegrador coma un latigazo de fuego y, cuando todos esperaban que el extranjero fuera a quedar reducido a una leve porción de humo, se vieron sorprendidos con el hecho de que el español se mantenía impertérrito, sin haber experimentado el menor daño.

El turasai contempló, por unos instantes, con gesto estúpido, a Núñez y luego al tubo por el que habían salido los rayos, sin alcanzar a comprender el fenómeno.

Entre los hombres de piedra se elevó entonces un murmullo, pero pronto quedó acallado por el gesto imperativo del turasai que se dirigió a ellos expresándose en el idioma de los hombres acorazados, con la idea de que el propio Núñez le entendiera.

—¡No seáis estúpidos! No es un protegido de los dioses ni es milagro. Quitadle el traje que lleva y os convenceréis

Núñez no tenía inconveniente en desposeerse del traje de zirconio, pues sabía que al tener la composición del átomo en Buitrago un módulo diferente al de la Tierra, al igual que sus armas desintegradoras allí no tenían eficacia alguna, tampoco las de los turasai podrían afectarle, pero no estaba dispuesto a que le desposeyeran de la escafandra por miedo al aire, tóxico para su naturaleza, que se respiraba en el planeta y salió al paso de la orden del turasai, haciendo retroceder a los hombres de piedra que, tras ligera vacilación, se habían adelantado a obedecer la orden.

—¡Atrás!

Y luego se dirigió al turasai.

—Tus rayos fracasarán igualmente contra mí; pero no estoy dispuesto a tolerar que se me trate de cualquier manera. Además, así te ahorrarás un fracaso más ante los tuyos…

El turasai quedó perplejo por unos instantes y al fin se impuso la reflexión. Comprendió que arriesgaba demasiado si fracasaba Sabía lo que un fracaso de aquella índole ante los hombres de piedra le podía costar cuando se enterase Ras-Turai, jefe absoluto de Turasai y cedió ante la razón.

—Estoy seguro de que no fracasaría, pero debo reservarte para el sacrificio a nuestros dioses. He hecho mal en dejarme llevar de la cólera, pero ellos me han iluminado. Les agradará una víctima joven y

arrogante como tú; tu sangre aplacará su furia que vuestra presencia ha despertado...

Con ademán majestuoso, una vez recobrada su ecuanimidad a consecuencia de su último fracaso, el turasai dio orden de que se custodiase a Núñez, pero sin producirle la menor molestia y que condujeran también a Dom-Ashar, que ya había recobrado el conocimiento, hasta el vehículo que debía conducirles.

Dom-Ashar, al comprender que volvía a ser tratado como un prisionero, levantó la voz en son de protesta, pero un golpe de uno de los hombres de piedra le hizo callar, volviéndolo a la razón. Y el turasai, sin perder su aire de severa dignidad que había vuelto a recobrar, se dirigió a él:

—Has mentido. Prometiste que serías capaz de detener a los extranjeros y ha bastado que uno de ellos hablara para que cayeras poco menos que destrozado. Adivino que eres un farsante y eso en Turasai se paga con la vida. Y morirás también.

Núñez, que escuchaba la conversación, se dirigió entonces al turasai:

—¿Y quieres explicarme qué es lo que no se paga aquí con la vida? Sois crueles y no tardará en caer sobre vosotros el castigo que habéis merecido. En vez de manteneros aislados, de mantener esta barbarie en una capa de civilización, debierais haber salido para enseñar a los otros pueblos ¡o que sabéis, para que viviesen todos mejor y en armonía. Así, todos os querrían y de esta forma, los que no os conocen os temen y los que os conocen, os temen y os odian.

El turasai se reconcentró por unos instantes para responder al fin con voz bronca:

—¿Y qué nos importan tales odios si aquí dentro somos los amos y los de fuera no pueden llegar a nosotros? Apenas cualquier grupo excesivamente numeroso lograse vencer a nuestros centinelas y adentrarse por el canal, éste sería volado y los invasores quedarían enterrados en vida, sin probabilidad alguna para salir.

—¿Y es para tal cosa para lo que queréis vuestra civilización, vuestra sabiduría?

—Sí. La queremos para defendernos exclusivamente. Hace más de mil años, nuestro pueblo, aunque reducido vivía feliz en la llanura, cerca de los bosques. Y los pueblos bárbaros nos acosaron, diezmándonos y hubimos de refugiarnos en la gruta que da entrada al cráter. No podíamos ni salir de allí y muchos perecieron de hambre hasta que los más audaces, buscando agua, llegaron, perforando la tierra, hasta la corriente subterránea y, por ella, al gran cráter. Naturalmente, la corriente subterránea no estaba entonces como hoy y el que los restos de nuestro pueblo lograran llegar hasta aquí constituyó una verdadera odisea. Aquí había comida y estaban estas

bestias que habrás visto y que no sé cómo pudieron llegar antes que nosotros. El resto es el resultado de un trabajo y una evolución. Pero el odio a los que nos destrozaron permanecerá inextinguible mientras uno de nosotros vivamos. Por eso no queremos de fuera ni la gente que nos debe servir y la hemos creado nosotros. Son estos hombres de piedra…

Se produjo un silencio y el turasai suspiró, mirando luego con odio a Núñéz.

—¿Y por qué he de referirte todo eso? ¡Vamos! Suban pronto al vehículo…

—Es la conciencia que no vive tranquila —respondió Núñez obedeciendo, subiendo al vehículo de un salto, después de rechazar la ayuda de uno de los hombres de piedra.

Por su parte, Arana y sus tres compañeros, comprendiendo que, por el momento, no corría Núñez peligro alguno, se dispusieron a seguirlo encaramándose en el techo del rápido vehículo, que no tardó en partir dirigiéndose hacia el edificio donde se guardaban los prisioneros hasta que llegaba el momento del sacrificio. Tal edificio se hallaba anejo al templo, un templo suntuoso enclavado en uno de los límites del cráter, en una gran elevación y próximo ya a las nieves…

CAPÍTULO VI

ONDAS ULTRASONORAS

Apenas el vehículo en marcha, Dom-Ashar, que se había recobrado totalmente de los golpes sufridos, se dirigió en tono un tanto impertinente al turasai que había caído en hosco mutismo.

—Has cometido una grave pifia, Bud-Dorko. Estoy seguro de que el Serenísimo Ras-Turai no va a opinar lo mismo que tú y lo siento porque, según tengo entendido, te verás obligado a aplicarte el «hakún».

Pero Bud-Dorko permaneció impasible y dirigió una mirada de soslayo a Dom-Ashar.

—¿Ya conoces tú lo del «hakún»?

—Sí. Lo conozco. Sé que cuando un hombre de tu clase cae en desgracia a los ojos del Serenísimo Ras-Turai, debe tomar el veneno.

—Sabes mucho de nosotros, tal vez demasiado y eso es peligroso... para ti.

—Atiende, Bud-Dorko. Yo puedo ser el mejor auxiliar con que cuentes, si me crees. Y si no me crees, no tardarás en caer en el más espantoso de los fracasos. Si supieras lo que significa la presencia de este extranjero aquí, no estarías tan tranquilo y te apresurarías a prestarme oídos. Atiéndeme. Sólo yo puedo conducirte con acierto en tu lucha contra ellos, porque los conozco...

Bud-Dorko permaneció impasible, dando la sensación de que no prestaba la menor atención a Dom-Ashar, pero éste, aferrándose a las pocas posibilidades que le quedaban, continuó:

—Este hombre no ha podido entrar solo y si los hombres de piedra lo han capturado es porque él ha querido. Ellos disponen de trajes que hacen al hombre invisible, y el dejarse capturar ha sido una añagaza para abrir las puertas de Turasai al resto de sus invisibles compañeros.

Dom-Ashar empleaba un tono insidioso, tratando de hacer mella en el ánimo de Bud-Dorko, pero éste permanecía insensible, al menos aparentemente, dando la sensación de ser un hombre profundamente calculador en sus decisiones cuando la ira no lo dominaba.

—No debe preocuparte eso, Dom-Ashar. Yo tengo una buena vigilancia y tú habrás dejado de existir antes de una hora...

—Yo dejaré de existir, pero antes de que ello suceda, el Serenísimo Ras-Turai tendrá noticias de tu ceguera. Es muy posible que los compañeros de este extranjero estén escuchándonos en este mismo momento. Tal vez, de ellos desearlo, podrían destrozarte ahora

mismo. Tengo la seguridad de que a mí me golpeó uno de ellos.

Bud-Dorko llegó a sentirse impresionado por las palabras de Dom-Ashar y llegó a temer que uno de los fabulosos seres invisibles pudiera estar frente a él o tal vez a su lado, pero no exteriorizó tales emociones y repuso un tanto agriamente:

—¡Seres invisibles! ¡No me molestes más con tus tonterías, Dom-Ashar! La suerte está echada. Yo seguiré mi camino y tú... ¿Piensas que no me he dado cuenta de tu doblez? ¿De que has intentado socavar para colocarte tú en mi lugar?

El vehículo había llegado a su destino y a una orden de Bud-Dorko, dos de los hombres de su escolta hicieron saltar a Dom-Ashar, el cual, al ver que no se le hacía caso, se había tornado lívido de furor, increpando violentamente al turasai.

—¡Eres un reptil! Pero antes de morir, haré saber al Serenísimo Ras-Turai que eres el protector de los enemigos de Turasai y que los extranjeros podrán penetrar impunemente y destrozarlo todo por culpa tuya...

—¡Callarás, perro! Callarás porque yo quiero que calles.

Y actuando con la celeridad del relámpago, extrajo una especie de jabalina corta, poco más larga que un cuchillo y se la lanzó al rostro, hiriéndole entre ceja y ceja. Un gesto de dolor y estupor se dibujó en el rostro del cabecilla de los hombres sintéticos que, llevándose ambas manos a la parte herida, trató de arrancarse el arma, agarrándola del asta y tirando de ella, pero pese a su enorme vitalidad no pudo lograrlo y tras un corto forcejeo por mantenerse en pie, se derrumbó, muerto.

Un solo gesto de Bud-Dorko bastó para que los hombres de la escolta, que se habían hecho cargo de Dom-Ashar, recogieran su cuerpo y lo hicieran desaparecer en el interior del edificio, ante el cual se habían detenido.

Dio entonces órdenes el turasai a los otros dos hombres de su escolta y éstos se dirigieron a Núñez, indicándole que debía seguirles.

Pero las órdenes habían sido dadas en el propio idioma de los turasai y tanto Núñez como sus invisibles compañeros no pudieron entenderlas, y Bud-Dorko tornó a repetir en el idioma de los hombres acorazados, como si se recrease en hacer saber al extranjero la triste suerte que le aguardaba:

—Llevadlo a la cámara de los condenados. Tal vez en ella encuentre una agradable compañía para sus últimos momentos.

Alegróse Núñez al escuchar la noticia y, por unos instantes, le pareció sentir rebullir junto a sí a sus cuatro invisibles compañeros. Por fin su estrategia daba el resultado apetecido y sus propios enemigos les llevaban hasta el objetivo: el lugar donde se hallaba encerrada Sarita Naranjo y seguramente, con ella, Rosa van Doen.

Hallándose, como estaban, avisados, Núñez marchó tranquilo entre los dos hombres de piedra y, pese al cuidado que sus invisibles compañeros ponían al seguirles, hasta sus oídos llegaba el roce del calzado de ellos sobre el pavimento, sus respiraciones contenidas, el vago rumor que producían sus cautos movimientos.

Las puertas del edificio se fueron abriendo y cerrando tras ellos, teniendo que correr los cuatro invisibles para no verse aislados de Núñez, atravesando por diversidad de departamentos, subiendo en ascensores, recorriendo largos pasillos. Ante una gruesa puerta, los dos hombres de piedra se adelantaron, traspasándola delante de Núñez y, apenas lo hubieron hecho, la puerta se cerró herméticamente detrás de ellos, dejando a Núñez y sus cuatro compañeros invisibles en la otra estancia.

—¡Atrás! ¡Hemos caído en una trampa! —gritó Arana con estentórea voz.

Pero cuando llegaron a la puerta por la que habían entrado, ésta se cerraba ya estrepitosamente, escuchando luego los cinco compañeros cómo era asegurada con cerrojos.

—¡Nos la ha jugado bien Bud-Dorko con toda su cara de estúpido! —exclamó Núñez descargando una serie de fuertes puñetazos contra la recia puerta, de la que salieron vibraciones metálicas

—No se canse, Núñez —le hizo ver Arana—. Se estropeará usted los puños sin lograr nada y es muy probable que lleguemos a necesitarlos. Preveo que vamos a tener que repartir mucha leña.

Las ventanas, altas, de un tipo semejante al ojival, cerráronse también herméticamente, dejando la pieza sumida en la mayor oscuridad y Arana fue el primero en reaccionar.

—¡Dispongan las granadas atómicas! Hemos de salir de esta trampa rápidamente, aunque para ello tengamos que derribar el edificio.

Iban provistos los expedicionarios de unas granadas de tipo antitanque, que se disparaban con fusiles de proyectil normal de tipo atómico, y el explosivo de cuyas granadas, también atómico, permitía a la granada penetrar una plancha de titanio de 5 milímetros, y sin pérdida de tiempo dispusieron una cada uno, apuntando hacia la puerta que señaló Arana.

—¡Duro con ella! ¡Núñez y Roger apunten contra el gozne de abajo! ¡Sacristán y Santi al de arriba! ¡Fuego!

Los cinco disparos salieron al tiempo, produciendo un terrible estruendo al explotar las granadas tras atravesar la blindada puerta, la que se estremeció a los duros impactos, comenzando a desmoronarse el sólido muro al que estaba sujeta.

El éxito inicial animó un tanto a los cinco hombres de la Tierra y Arana dio orden de cargar de nuevo, tornando a atronar la estancia

con las potentes explosiones que casi hacían temblar el ala aquella del edificio.

—¡Duro, amigos! ¡Y en cuanto salgamos de aquí tendremos que buscar a esa sabandija y darle su merecido! —animó Arana refiriéndose a Bud-Dorko.

Oyóse un rápido silbido de imponderable potencia y los muros del edificio se estremecieron por unos momentos, sintiendo también los hombres de la Tierra que algo hacia presión sobre ellos, algo impalpable, pero de una potencia tal, que por momentos se fueron quedando incapacitados para todo movimiento, tal que si sobre ellos gravitara una tonelada de peso por centímetro cuadrado.

Arana fue el primero en percatarse de la naturaleza del fenómeno y habló en voz que apenas si salía de la escafandra.

—¡Ondas ultrasónicas! ¡Hay que hacer un esfuerzo por salir de aquí o nos destrozarán! ¡Fuego!

Pero ni el mismo Arana, que era el más vigoroso de todo el grupo, era capaz de producir el menor movimiento.

Santi, un muchachote vasco, que había sido ascendido a sargento, interrogó al comandante:

—¿Ondas sonoras, señor? No las oigo. Al principio sí me pareció oír...

—Es que nuestros oídos sólo registran los tonos que van de las 20 a las 20.000 vibraciones y esta emisión con la que nos atacan se ha iniciado precisamente en ese límite y va aumentando gradualmente. Por eso se percibió en un principio el sonido y, en cambio, no lo percibimos ahora. Pero sus efectos son terribles como pueden ver y si no fuera por nuestros trajes de zirconio, posiblemente estaríamos ya reventados...

Costábale gran trabajo a Arana expresarse y, por unos momentos, los cinco hombres iban sintiendo una angustiosa sensación de asfixia, que la vista se les nublaba y que la razón se negaba a obedecerles.

Las fuertes vibraciones hicieron saltar los trajes invisibles, destrozándolos, reduciéndolos a la nada y Arana comprendió que no les quedaba demasiadas esperanzas, ya que los trajes de zirconio eran excesivamente finos y no tardarían también en sucumbir a la terrible energía.

Los cinco hombres, forzosamente inmovilizados, contemplábanse ahora a través de sus transparentes escafandras, procurando no exteriorizar las angustiosas sensaciones que percibían, pero sintiendo que las fuerzas les abandonaban por momentos, pese a la protección de los trajes de zirconio, sintiendo que los oídos les zumbaban enormemente y que cada vez era más difícil allegar un poco de aire a sus pulmones.

Sacristán, el animoso alférez, fue el primero en no poder resistir y

cerrando los ojos se dejó caer en el suelo, inerte, como un pesado fardo, mientras los colores huían de sus mejillas y los signos de vida le iban abandonando

Arana intentó crispar los puños. Sentíase dominado por la furia al verse impotente para luchar, al percibir que otro de sus compañeros, Roger, se desvanecía también… La muerte, espantosa como nunca, en forma de ondas ultrasónicas, les rodeaba, tejiéndoles un cerco que por momentos iba estrechando hasta que lograse asfixiarlos…

* * *

Tan pronto Bud-Dorko vio que la pareja de hombres de piedra desaparecían en el interior del edificio conduciendo a Núñez, se quedó totalmente inmóvil y silencioso, conteniendo su propia respiración tratando de sentir si los compañeros, que posiblemente acompañarían a Núñez, habían seguido a éste o si alguno se había quedado a su lado. Pero al no percibir el más leve soplo ni el menor roce, comprendió que se hallaba totalmente solo, que podía actuar sin reservas de ninguna clase.

Las palabras de Dom-Ashar y las advertencias de Rosa van Doen, hechas bastante antes, le habían servido para desembarazarse del caudillo de los hombres sintéticos y él mismo le había dado las armas para derrotar a sus nuevos enemigos. Así nadie podría empañar su gloria, el magnífico servicio que presentaría ante el Serenísimo Ras-Turai para «su mayor gloria y provecho». Sus enemigos, dentro de la corte de Ras-Turai, quedarían así bastante menguados. Sonrió satisfecho Bud-Dorko al contemplar la victoria que tenía ya al alcance de sus manos y que se iba a producir rápidamente. Había dado instrucciones claras, precisas, a los dos hombres de piedra en el idioma propio, si bien, luego, para que sus enemigos no recelaran la emboscada, había fingido dar la misma orden en el idioma de los hombres acorazados.

Así, mientras los dos hombres de piedra ganaban tiempo llevando al extranjero y a sus invisibles amigos prendidos de él, entreteniéndolos en el dédalo de pasajes, departamentos, pisos y ascensores del edificio, hasta llevarlos a la cámara de las ondas ultrasónicas donde se ejecutaban a los reos de muerte, él correría directamente a ésta, haciendo acudir a ella a Rosa van Doen para que conociera el final de sus enemigos, para que pudiera presenciarlo. Y de paso, conocería también la muerte de Dom-Ashar, el caudillo de los hombres sintéticos…

Bud-Dorko sentíase fuertemente atraído por la hermosa holandesa y estaba dispuesto a hacerla su esposa. Para ello necesitaría que Ras-Turai la considerase como una turasai más y esto no se lograría a

menos que ella demostrase una decidida fidelidad a su pueblo adoptivo, luchando en contra de los que habían sido sus amigos. Y allí tenía su ocasión.

No había tenido tiempo Bud-Dorko de impacientarse, cuando Rosa van Doen hizo su aparición en la pieza en la que él se hallaba, contigua a la cámara de ejecuciones y desde la que, a través de un ventanillo, débilmente protegidos contra la emisión de ondas, podrían presenciar la agonía de sus enemigos. Estos no habían llegado aún y Bud-Dorko tendió amistosamente sus manos a Rosa.

—Pasa, hermosa entre las hermosas. No tardará muchos minutos en ver caer a tus enemigos, que también son los míos, y con ello el Serenísimo Ras-Turai te concederá el derecho de vivir entre nosotros.

—¿Y Dom-Ashar? —interrogó Rosa van Doen, extrañada de no verle.

—¿Dom-Ashar? Pronto comprendí que tenias razón; que era un ser vil que no vacilaría en derribarme a mí, su protector, con tal de encaramarse él, y no volverá a molestarte con sus asiduidades ni tendrá ocasión de traicionarme. Él me ha servido para descubrir la presencia de esos seres que pueden hacerse invisibles, pero me ha demostrado también que es totalmente vulnerable y que era un farsante. No es extraño, después de todo eso, que haya sufrido un pequeño «accidente»... Pero ya hablaremos de eso. Ahora prepárate a ver a nuestros enemigos que llegan. Ven aquí...

Mientras hablaba, Dorko había ido siguiendo con la vista una serie de señales luminosas que le iban señalando el paso de Núñez y los cuatro invisibles, y al ver que las señales se interrumpían, arrastró a Rosa hasta el ventanillo, viendo desde él como, según las instrucciones que había dado, Núñez quedaba solo en la sala de las ejecuciones mientras las puertas de ambos lados se cerraban, sucediendo lo mismo con las ventanas a fin de lograr un mejor efecto de las vibraciones sonoras, cuyo posterior choque con las paredes aumentarían sus efectos destructores.

Rosa van Doen, en los primeros momentos, al ver a Núñez y comprender por sus actitudes que no se hallaba solo, sintió una profunda satisfacción, que se reflejó en su rostro, y Bud-Dorko, que espiaba sus reacciones, sintióse satisfecho al ver que la que había elegido por compañera, era digna de él y estaba completamente a su lado.

Desde su puesto de observación vieron aparecer las armas, que se habían mantenido invisibles bajo los trajes y comprendiendo Bud-Dorko que si no se apresuraba no tardarían los extranjeros en liberarse, dio la orden para que comenzase la emisión de ondas ultrasónicas.

La potencia de los disparos de las granadas atómicas llegaron a

impresionar vivamente a Bud-Dorko, el cual lanzó un suspiro de alivio cuando se dio cuenta, principalmente por la actitud de Núñez, que sus enemigos habían quedado inmovilizados, e impotentes por tanto para continuar su labor de destrucción. Y Rosa van Doen contempló el espectáculo con salvaje alegría, al comprobar que sus enemigos quedarían deshechos y que, en adelante, nada tendría que temer.

No tardaron en saltar los trajes que hacían invisibles a los hombres de la Tierra y al ver a Arana en su gallarda apostura, pese a los sufrimientos que experimentaba, los sentimientos de Rosa iniciaron una batalla interna que, afortunadamente, pasó desapercibida para Dorko, absorbido por el espectáculo, gratísimo para él.

Los ojos de Rosa se agrandaron por el espanto al ver caer primero a Sacristán, luego a Roger y comprender que no tardaría en caer Arana, por muy resistente que fuera. Y la mujer que había en ella se rebeló contra aquello. Por unos momentos, los instintos de fiera quedaron ahogados y la corriente del bien se desbordó, empujándola a realizar algo, algo de lo que no había hecho en su vida. Pensó en rogar a Bud-Dorko para que no los castigase más y suspendiese la emisión de ondas; pero al dirigirse a él y contemplar su expresión de salvaje alegría, de refinada crueldad, de cálculo, comprendió que sería inútil cuanto tratase de lograr y que a lo sumo podría verse ella también arrastrada a morir.

Desesperada, sintiendo que un profundo dolor le laceraba el pecho, buscó algo con que poder torcer la marcha de los acontecimientos y su vista se vio atraída por una de las pequeñas jabalinas que Bud-Dorko llevaba en torno al cinturón. Sin pensarlo más, con decisión, le arrancó una en rápida movimiento y cuando él se volvió instintivamente, alarmado por el brusco tirón que había percibido, ella golpeó con todas sus fuerzas en la única parte de Bud-Dorko que quedaba libre, accesible a los golpes: el rostro.

El turasai vaciló al recibir el golpe, pero aún tuvo energías para asir a Rosa; pero ésta, decidida, acuciada por el peligro que significaba ya el hecho consumado, volvió a golpear haciendo un llamamiento a todas sus fuerzas. Los golpes se repitieron uno tras otro, dejando cada cual su huella en el rostro del turasai y al fin éste, vencido, sangrante, cayó a los pies de la mujer.

Rosa van Doen se incorporó entonces sobre el cuerpo del caído y le arrebató las dos pistolas de rayos desintegradores que llevaba en bandolera. Debía de hacer cesar rápidamente la emisión de ondas y esto no lo lograría si no era por la fuerza.

La cabina donde se hallaban los instrumentos de emisión de ondas se hallaba contigua y Rosa, bien pegada a la pared para no ser vista, inició la marcha hacia ella. Debía sorprender al hombre de piedra que manejaba los instrumentos y que permanecía de espaldas a ella,

absorto en el resultado de su trabajo que presenciaba a través de un ventanillo similar al que Rosa y Bud-Dorko habían ocupado.

Los segundos pasaban con angustiosa rapidez, y el retraso de una sola fracción de ese tiempo, de una décima tan solo, podía acarrear la muerte de Arana. Pero Rosa no se dejó vencer por la angustia que tal idea le produjo y, cuando ya estaba cerca, de dos saltos ganó la puerta de la ansiada cabina. El operador, como avisado por el instinto, se volvió en aquel momento y con los ojos desorbitados por el espanto adivinó los siniestros propósitos de la figura que tenía ante sí. Quiso esquivar para luego lanzarse al ataque, pero no tuvo tiempo y un cegador rayo, que se produjo a un metro escaso de sus ojos, fue la última sensación que percibió en vida, quedando inmediatamente convertido en una serie de minúsculas fracciones de átomo que se fueron luego dispersando lentamente.

Sin conciencia exacta de lo que hacía encaró Rosa entonces una de las pistolas contra los instrumentos que tenía ante la vista y los destrozó con verdadera saña, insensible a las partículas, a los trozos que le iban saltando a cara y cuerpo, produciéndole pequeñas heridas que contribuyeron a darle un terrible aspecto que armonizaba con la salvaje expresión de su rostro.

Sentíase la mujer como un vehículo del destino y una vez hubo realizado su labor de destrucción en la cabina, corrió a una de las puertas de la sala de ejecuciones, la misma que Arana y sus amigos habían atacado y que con la emisión de las ondas sonaras se había resentido aún más y la atacó a su vez, produciendo, en segundos, un amplio hueco que permitió que pudiese penetrar holgadamente en el lugar donde se hallaban sus coterráneos.

La emisión de ondas, tal como había supuesto, había cesado y aún le cupo la alegría de ver a Arana en pie; era el único que había logrado resistir sin caer y se precipitó corriendo a recogerlo en sus brazos al comprender que el hombre vacilaba.

—¡Oh, Luis, perdóname! ¡Estaba loca! ¡No sabía lo que hacía! ¡Pero te quiero demasiado y no he podido permitir…!

—¡Rosa van Doen!… Creí que ésta iba a ser mi última aventura, el final. Y no lo sentía por mí, sino por los otros que quedaban abandonados allá fuera… ¿Qué ha ocurrido?

—Ya te contaré más tarde. Ahora tendremos que correr, que huir de aquí antes de que Bud-Dorko se rehaga y haga que nos destrocen con estas terribles ondas.¿Puedes andar? ¡Vamos!

—Sí. Puedo andar… Esto va pasando ya… Pero, ¿y ellos? —añadió Arana señalando a sus compañeros.

Iba a contestar Rosa que ellos le importaban un ardite, que era a él a quien quería salvar y que debían darse prisa, pero le conocía demasiado y no se atrevió.

—¿Ellos? Volveremos a salvarlos. Ahora vamos nosotros para que tú te rehagas y te pongas en condiciones de actuar.

—No. No me moveré de aquí sin llevármelos. Todos juntos seremos una fuerza difícil de vencer y si nos disgregamos pueden cazarnos fácilmente uno a uno.

—¡Es que Bud-Dorko logrará rehacerse y entonces lanzará contra nosotros sus legiones de hombres de piedra e incluso a los hombres bestia!... —exclamó Rosa con desesperada expresión.

—¿Bud-Dorko? ¿Acaso él está aquí?

—¡Claro que sí! ¡Muy cerca de nosotros!

—¡Pues a por él! ¡Vamos! —exclamó Arana.

Rosa van Doen alargó entonces una de las pistolas de rayos desintegradores a Luis Arana.

—Toma. Estos rayos desintegradores sirven para la gente de aquí. Así podrás defenderte con más efectividad.

—Gracias, Rosa, pero no creas que hemos venido con las manos vacías —respondió Arana guardándose la pistola que la muchacha le brindaba.

Y salieron juntos hasta llegar donde se hallaba el cuerpo de Bud-Dorko, el cual, en aquellos momentos, intentaba incorporarse.

Luis Arana había recobrado casi por completo el sentido del humor y se acercó al turasai, ayudándolo a levantarse.

—Vamos, Bud-Dorko. Ya es hora de que nos conociésemos. Soy el comandante Luis Arana de la Policía Exterior de la Tierra Y debo darte las gracias por haber eliminado a Dom-Ashar. Lo hiciste con extraordinaria limpieza y nos has ahorrado a nosotros un repugnante trabajo.

El comandante español, al tiempo que fingía ayudar a Bud-Dorko, lo zarandeaba como a un pelele, y Rosa, pese a la dramática situación que vivían, se sintió inclinada a reír, recibiendo a cambio una furibunda mirada del defraudado turasai.

Punto menos que a rastras llevó Arana a Bud-Dorko consigo y al llegar de nuevo a la cámara de las ejecuciones ya Santi y Núñez, que eran los primeros en recobrarse, se levantaban.

—¿Qué ha sucedido? —interrogó el primero intentando llevarse ambas manos a la cabeza, pero tropezando con la escafandra.

—Que Rosa van Doen es nuestra amiga y nos ha ayudado. Vean de hacer reaccionar a Sacristán y Roger y si no reaccionan, habremos de llevárnoslos como sea. Lo único que no podemos hacer es perder tiempo.

Mientras Santi y Núñez se disponían a ayudar a sus compañeros reparó Arana en que Rosa no llevaba escafandra. Hasta el momento no había pensado en tal hecho, pese a que tampoco Dom-Ashar la llevaba, e interrogó a la mujer.

—¿Cómo puedes subsistir sin la escafandra? ¿Acaso el aire en el Gran Cráter es diferente al del resto del planeta?

—No. Pero una continua emisión de ondas filtro que forman capa y hay estacionada aproximadamente entre los cuatro y los cinco mil metros de altura, hace que las materias tóxicas se desprendan del aire y éste llegue puro y en condiciones de ser respirado aquí abajo. Esas materias tóxicas son recogidas y solidificadas luego, empleándose en diferentes actividades… Puedes quitarte la escafandra tranquilamente —respondió Rosa van Doen.

Volvióse entonces Arana hacia Núñez y Santi, exclamando:

—¿Habéis oído, muchachos? Podéis quitarles las escafandras y al recibir directamente más cantidad de aire, se reanimarán más pronto. ¡Vamos!

Rápidamente obedecieron los aludidos y poco tiempo después, tanto el alférez Sacristán como Roger comenzaban a dar señales de vida, incorporándose con ayuda de sus compañeros y pudiendo andar, aunque con ciertas vacilaciones.

Arana, que no abandonaba un momento a Bud-Dorko, sintió renacer la alegría en su pecho y les animó:

—¡Vamos, muchachos! ¡Recojan sus armas! Creo que de ésta hemos logrado escapar. Y ahora, tú —añadió dirigiéndose al turasai y zarandeándolo—, guíanos hasta donde está la otra prisionera, hasta donde se halla Sarita Naranjo.

Rosa van Doen palideció al escuchar el nombre de su rival, sintió que sus ojos se arrasaban en lágrimas y por unos instantes se arrepintió de su arranque, pero no dijo nada. Fue Bud-Dorko el que habló:

—¿Sarita Naranjo? ¿La otra prisionera? Ella ya no está aquí. Ella debe ser sacrificada a la puesta del sol y se la han llevado. Pero a ella no lograréis liberarla porque tendríais enfrente miles y miles de fanáticos que lo impedirían. Con vuestros medios podréis matar a muchos, pero finalmente seréis arrollados sin provecho alguno.

—No sé si lograremos salvarla —respondió Arana con voz bronca —, pero si ella cae, no dejaré en toda Turasai piedra sobre piedra ni ser alguno que aliente. ¡Vamos! Conduzca hacia donde está ella…

CAPÍTULO VII

ASALTO A LA CENTRAL

Un brillo maligno apareció en los ojos de Bud-Dorko, que respondió:

—Vamos donde quieras. Cuanto antes llegues a ella antes moriréis...

Hasta el silencioso local donde se hallaban llegaba un rumor de multitud en marcha, rumor que por momentos adquiría volumen y Rosa van Doen, conocedora de lo que sucedía y de lo que podía suceder, se dirigió a Luis Arana:

—No creas que pretendo que abandones a Sarita. No la quiero, pero soy yo quien la arrastró aquí y deseo que se salve, pero ir ahora a por ella sería no salvarla y perdernos nosotros. El día que llegamos había un sacrificio de estos y lo presencié. Miles y miles de fanáticos se sitúan en torno al lugar del sacrificio y todo lo que se hiciera por salvar a la víctima resultaría estéril. Aún es pronto, pero si deseas convencerte, desde este mismo lugar podrás ver cómo estará ocupado ya todo el alrededor del ara donde ella será sacrificada. Y ella está ya allí. No verás en torno al ara más que una enorme masa gris de cabezas de piedra, una verdadera muralla viva, como no la podrías imaginar y contra la que nos romperíamos los dientes...

—¿Y qué quieres? ¿Que permanezca cobardemente con los brazos cruzados mientras ella muere? ¡Ni pensarlo! Aunque ella no fuese mi prometida. Si tú misma no nos hubieses ayudado como has hecho y estuvieses en su lugar, también intentaría salvarte sin pensar en lo que podría suceder y en si me iba o no a romper los dientes. Si ella ha de ser sacrificada a la puesta del sol, aún tengo tiempo de avisar para que vengan mis «zapatillas volantes» y traigan explosivos bastantes para que dance aquí hasta el Serenísimo Ras-Turai en persona.

—Pero las ondas supersónicas les formarán barrera y no les dejarán pasar —arguyó Rosa.

Arana meditó por unos instantes. Necesitaba una solución y en su gesto resuelto adivinó Rosa que la hallaría.

—Las ondas supersónicas... ¿No habías destruido tú a los aparatos que las producen?

—No. Destrocé los aparatos que las emiten en la sala de condenados con arreglo a sus necesidades, pero la central productora está en otro lugar... y tengo entendido que bien vigilada.

—¿Bien vigilada? Iremos por ella —respondió Arana con decisión.

—Piensa, Luis, que ahora carecéis de los trajes invisibles...

—Lucharemos cara a cara. No creas que no tiene sus ventajas.

—No tardaremos en tener tras nuestras huellas legiones de hombres de piedra.

—Es inútil, Rosa —respondió Arana obstinadamente—. No me detendrá nada, aunque tuviese que ir solo.

—Pero además, no tiene que ir solo. A sus órdenes, señor. Siento lo sucedido.

El que hablaba era el alférez Sacristán, el último que había recobrado el uso de sus facultades, pero que se hallaba ya dispuesto a reanudar la lucha.

—Nada, muchacho. Todos hemos sido víctimas de la encerrona y usted no tiene la culpa de ser menos resistente a les ondas ultrasónicas... Así, que, estamos todos dispuestos, ¿no es eso? —interrogó Arana.

—¡Sí, señor! —respondieron los cuatro como un solo hombre.

—En marcha, pues. Despojen a este bellaco de esas pequeñas jabalinas de las que con tanta seguridad se sirve y quédense una cada uno para un caso de necesidad. No sé hasta qué punto servirán para los hombres de piedra. Posiblemente, rebotarán en su anatomía. Pero los ojos son vulnerables y piensen también en que los hombres bestia pueden asaltarnos... En cuanto a ti —añadió Arana dirigiéndose a Bud-Dorko—, cuéntate como muerto tan pronto observe en ti el menor signo raro. Si eres buen chico, te dejaré con vida y hasta te llevaré con nosotros para que tu Serenísimo Ras-Turai no tome represalias...

No respondió Bud-Dorko, aunque se acentuó el color verdoso de tu tez y sus ojos fulguraron como rayos, haciendo que su expresión resultase aún más sombría.

Rosa van Doen, a la que su contacto con el turasai había puesto al corriente de una serie de particularidades, retuvo a Arana cuando, a una indicación de Bud-Dorko, se disponían a salir por el mismo lugar que habían entrado:

—No. Por ahí, no. Tendríamos el primer tropiezo con los hombres de la escolta de Bud que lo estarán aguardando. No seas tonto, Bud-Dorko, y no pretendas engañarnos Piensa que en estos días he aprendido demasiadas cosas y que podemos prescindir de ti. Y si prescindimos de ti obraremos como hiciste tú con Dom-Ashar cuando juzgaste que no lo necesitabas ya...

Bud-Dorko dirigió a su ex aliada una mirada de profundo rencor y varió de dirección, saliendo al aire libre por una pequeña puerta en la que, cuando llegaron, y debido a una orden, les aguardaba uno de los rápidos vehículos, ya conocidos por los hombres de la Tierra.

Era el propio vehículo de Bud-Dorko, cuyo conductor se sintió desplazado de la dirección del vehículo, colocándose en ella el alférez Sacristán y encargándose Roger de que el hombre de piedra se

mantuviese quieto bajo la amenaza de una de las pistolas desintegradoras.

Afortunadamente para los expedicionarios, la gran masa de hombres de piedra se había ido desplazando hacia el lugar donde debía celebrarse el sacrificio y entre la velocidad que llevaban y el hecho de hallarse los caminos poco concurridos, salvaron la distancia que les separaba de las proximidades de la central productora de ondas supersónicas, sin ningún tropiezo. A una indicación de Rosa el vehículo se detuvo y la holandesa señaló hacia un edificio de corte industrial que se hallaba relativamente cerca, en el centro de un parque amurallado.

—¡Ahí la tienen! Esa es la central que buscamos y no creo que sea conveniente acercarse más a ella, yendo en este vehículo. Saldrían a recibirnos inmediatamente las patrullas y por mi parte sospecho que nuestra penetración debe realizarse por sorpresa, procurando que cuando se den cuenta de nuestra presencia estemos ya encima de ellos y no puedan impedir nuestra acción.

—Exactamente, Rosa. Eso está muy bien visto. Podemos esconder el artefacto este entre un grupo de matorrales de esos para que luego nos pueda llevar.

—No podremos sacar de aquí el vehículo. Él recibe la energía para marchar de la pista metálica sobre la que corre y tan pronto lo separásemos de ella no se movería. Estos vehículos no disfrutan de la autonomía de nuestros automóviles.

—Si es ese el único inconveniente, lo sacaremos a fuerza de brazos —respondió Arana

—Es una idea. Precisamente tenía ganas de ver trabajar a Bud-Dorko y a uno de estos malditos hombres de piedra que cargan todo el trabajo sobre las espaldas de esos pobres hombres-bestia. ¡Vamos fuera antes de que alguien se dé cuenta de nuestra presencia y dé la voz de alarma!

Rápidamente fue desalojado el vehículo, y tal como se había pensado fue sacado del metálico camino a fuerza de brazos, tocándoles a Bud-Dorko y al hombre de piedra la parte más pesada del esfuerzo.

Una vez escondidos entre los matorrales, abundantes, espesos, Luis Arana tomó la palabra.

—Nos queda escasamente media hora para realizar el asalto y llegar luego a tiempo de salvar a Sarita. Mientras el resto actuamos, uno de nosotros deberá quedar aquí con estos dos para que, cuando los demás hayamos terminado el trabajo, ellos saquen el vehículo al camino y no haya pérdida de tiempo. Y ahora descansen un poco y revisen las armas mientras yo me pongo en comunicación con Daoiz. Debo darle instrucciones para que un grupo de «zapatillas volantes»

pueda entrar aquí tan pronto la central emisora de ondas quede destruida y puedan prestarnos auxilio.

Desprendióse por unos momentos Arana de la escafandra, respirando a pleno pulmón el aire puro que allí se respiraba, y una vez satisfecho se encajó el casco del radio-teléfono y marcó la señal que el sargento Daoiz, que había quedado a la espera en la entrada de la cueva, estaría esperando ya con impaciencia.

Y así era, pues apenas marcada la señal, llegó la respuesta.

—¡A la orden, señor! ¡Comenzaba a estar intranquilo!

—Desde luego hemos pasado por un mal trago. Pero ya pasó. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Estos tres se muestran impacientes. Seguramente les falta ya poco para que llegue el relevo.

—Está bien. Sin dejar de vigilarlos para que no puedan dar la señal de alarma antes de tiempo, comunique usted con el *Escorpión Azul* para que cuanto antes salga un grupo completo de «zapatillas voladoras» y que vengan bien equipadas porque habrá lucha y dura. Esto es algo sorprendente. Pero que observen lo que observen, una vez se hallen sobre nosotros, que no ataquen hasta que yo no dé la orden. Tenga en cuenta que me dispongo a volar en este momento la central productora de ondas ultrasonoras y que hasta que esto no haya sido realizado no podrán entrar.

—Sí, señor.

—Nada más. Usted aguarde ahí y manténgase a la expectativa ante cualquier orden que yo pudiera darle. Corto.

—Hasta pronto, señor. Que tengan suerte.

Colocóse nuevamente Arana la escafandra, pero sin desprenderse del casco radio-telefónico por si necesitaba comunicar durante la lucha, y se puso en pie haciendo seña a sus cuatro hombres para que le imitaran, y dirigiéndose a Santi dijo:

—Como no hay tiempo de echarlo a suertes y usted es el más joven, sargento Santi, se quedará usted con estos personajes, y tan pronto como vea que la central es destruida, cosa que conocerá porque dispararé mi pistola de señales, aparte de que pueda apreciar el hecho en sí, hará que estos dos bellacos vuelvan el vehículo al camino. Pero no se descuide un momento con ellos porque tratarán de hacerle caer en alguna trampa, y no les ayude en absoluto. Usted a vigilar sin dejarles de apuntar un momento. Y si se resistieran, mátelos sin vacilación. Hasta pronto.

—Hasta pronto, señor. Les deseo suerte y lamento tener que quedarme. Me hubiera agradado más luchar.

—Ya lo sé, pero todo es preciso —respondió Arana gravemente, volviéndose entonces a Roca—: Sería preferible que tú te quedaras también. No llevas protección alguna en la cabeza.

—¿Y qué importa eso? La suerte es mi aliada y no pasará nada... Es una pena que el director de esta central sea enemigo personal de Bud-Dorko. De no ser así lo hubiésemos empleado a él como escudo; pero en estas condiciones, si lo empleamos, lo destrozarían apenas lo viesen asomar.

Los hombres de la Tierra se habían apoderado del tubo lanzarrayos del conductor del vehículo y así disponían ya de tres armas atómicas de las de uso efectivo en el planeta y de las cuales llevaban: una, Arana; otra, Sacristán, y otra, Núñez, mientras a Rosa van Doen le entregaron uno de los potentes fusiles eléctricos y una pistola de proyectiles atómicos, que si bien allí no lograban la desintegración, sí podían en cambio atravesar con su proyectil un cuerpo aunque llevase la pétrea protección de los enemigos con quienes iban a enfrentarse.

Antes de partir dio Arana las últimas instrucciones:

—Reserven en lo posible los rayos desintegradores, por lo menos hasta que hayamos logrado coger algunas de tales armas a los guardianes. Y ustedes —añadió dirigiéndose a Roger y a Rosa— deberán tomar por lo menos una cada uno tan pronto caigan los dos primeros enemigos Y ahora, adelante. Debemos arrasarlo todo como si fuésemos una plaga de langosta...

Expresábase Arana con dureza, y en su expresión se notaba que marchaba dispuesto a no dar cuartel, a aniquilar a quien se le opusiese.

Arrastrándose como reptiles, sin producir el menor ruido, procurando que los matorrales entre los que pasaban se moviesen lo menos posible, fueron avanzando, mostrándose la holandesa una digna compañera de equipo, y poco antes de salir a terreno descubierto ya lograron descubrir a dos centinelas que cubrían un puesto juntos por la parte exterior de la muralla. Y fue la holandesa, que caminaba junto a Arana, quien primero los divisó, señalando para ellos:

—Mira eso, Luis. Al dar la alarma con la presencia de vuestros aviones el otro día, han redoblado la vigilancia. Y tan pronto lleguen a saber que estáis sueltos por aquí dentro, pondrán verdaderas murallas de hombres.

—No llegarán a tiempo —respondió Arana—. Y la verdad es que no sé cómo despachar a esos tipos para que no se produzca la alarma. Tanto los rayos desintegradores como los proyectiles atómicos llamarían demasiado la atención, los unos por su fulgor y los otros por su ruido.

—Sin embargo, es preciso hacerlo.

—Sí. Los rayos desintegradores presentan también el inconveniente de que las armas de ellos también quedarían

desintegradas y nos hacen falta… Y el tiempo apremia. ¡Roger!

—A la orden, señor.

—Tome entre los dientes esa jabalina que le arrebató a Bud-Dorko y sígame. Se trata de llegar sin ser advertidos hasta aquellos dos «postes» y liquidarlos de forma que podamos aprovechar sus armas. Tenga en cuenta que debemos herir en los ojos y al mismo tiempo para evitar gritos de alarma. ¿Entendido?

—Sí, señor. Puede estar seguro que no erraré el golpe.

—Adelante, pues. Ustedes vigilen y cúbrannos con su fuego si ven que surge algo imprevisto.

A partir de aquel momento los dos hombres se deslizaron sin perder de vista a los dos vigilantes, dispuestos a deshacerse de ellos como fuera si se daban cuenta de su presencia antes de tiempo. Pero el sinuoso desplazarse, paciente, hábil, maniobrando siempre de forma que pudiesen quedar a espaldas de ellos, dio su fruto y llegaron hasta colocarse en situación de alcanzarlos de un salto.

Arana hizo la señal de alto a Roger y él se desplazó aún más de un metro hasta quedar en posición favorable con respecto a su enemigo. Los dos hombres de piedra mantenían una animada conversación y no se habían dado cuenta de la presencia de sus enemigos, y Arana, una vez situado él y viendo que la situación de Roger era también inmejorable, se colocó en posición de asalto, hizo la señal a Roger e inmediatamente y cuando ya iban por el aire silbó para advertir a sus enemigos. Volviéronse éstos rápidamente con los ojos agrandados por la sorpresa a tiempo que trataban de descolgar las armas que llevaban en bandolera, pero no tuvieron tiempo de nada, pues los dos hombres, corno bólidos, llegaban ya a ellos descargando el terrible golpe de jabalina en el preciso lugar elegido. Era un golpe difícil, pero fue logrado; y los dos hombres de piedra fueron abatidos sin tener tiempo de lanzar un grito ni aún un resuello.

Rosa van Doen y los dos alféreces, al ver el feliz desenlace, lanzaron un suspiro de alivio, sintiendo que desaparecía la opresión que por unos instantes habían sentido, y a una señal de Arana abandonaron sus escondites para reunirse con él.

Mientras tanto, Roger había conquistado su fusil atómico y lo mostró orgulloso a su jefe.

—Esto es magnífico. Así he aumentado mi potencia de fuego y ahora ya me pueden lanzar un regimiento de estos diablos de piedra que estoy dispuesto a triturarlos.

—Tiempo habrá para todo, Roger, pero aún queda lo más difícil…

Reunido de nuevo el grupo, Arana señaló hacia la altísima tapia.

—Podemos rebasarla desintegrándola, pero esto sería dar ya el grito de alarma y debemos intentar no darlo aún. Trataremos de escalarla…

El lugar por donde atacaban, en la parte trasera de la serie de edificios, era favorable para la maniobra que Arana señalaba, y Núñez fue el primero en arrimarse al muro, trepando rápidamente encima de él, Sacristán y, a continuación, Arana, quien fue el primero en coronarlo, echando un rápido vistazo hacia el interior.

—Adelante. No tenemos enemigo a la vista. ¡Rápido!

Ayudó Roger a la holandesa desde abajo a trepar y, a continuación, saltó él; y una vez arriba tiraron de Sacristán primero y de Núñez después, lanzándose luego rápidamente, por procedimiento similar, al asfaltado patio, que había bajo.

Ante sí tenían un cuerpo de edificio, el cuerpo central e indudablemente el de más importancia, y podíase apreciar en él un movimiento inusitado, vibración de máquinas, algunas voces...

—Es una pena que no poseamos un conocimiento exacto de esto, pero no debemos pararnos. Debemos destrozar el máximo de cosas y, al final, dejarles unas cuantas granadas atómicas, que si no destrozan el edificio, que destrocen al menos les máquinas más pesadas. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Pues adelante sin vacilación. Yo iré delante atacando los objetivos que considere esenciales, y tú, Rosa, marcharás a mi lado, ligeramente rezagada. Tu misión será librarme de los ataques enemigos, cosa a la que yo casi no podré prestar atención.

—Ve tranquilo que no te tocarán mientras yo esté en pie.

—Eso creo. Sacristán y Núñez, sin olvidar su defensa ayudarán a la labor de destrucción que yo efectúe, y Roger cubrirá la retirada, preocupándose exclusivamente de los que nos puedan perseguir... ¿Alguna duda?

—Ninguna, señor.

—¡Pues vamos!

Deslizándose pegados a un muro, atravesaron frente a una puertecilla, por el transparente de la cual avistaron parte del interior, y Arana observó lo suficiente para trazarse rápidamente su plan de ataque. A una señal continuó marchando, e instantes después daba la voz de alto al llegar el grupo a la parte central de una semicircunferencia que formaba aquella parte del edificio.

Inmediatamente encañonó allí su arma de rayos desintegradores, indicando a sus compañeros que debían imitarle y disparó.

Produjéronse violentos los fogonazos, y entre el humo producido apreciaron inmediatamente los grandes huecos que habían logrado practicar en el lienzo de pared y se precipitaron por ellos a tiempo que se oía un alarido de alerta, poniéndose a funcionar instantáneamente una serie de sirenas que lanzaron a los cuatro vientos su clamoroso ulular.

Con decisión atacó Arana el cuerpo de una máquina, que por su apariencia debía ser principal, y vio cómo se desintegraba una parte de ella, resistiendo, sin embargo, otra, y Rosa gritó a su oído sin dejar de disparar contra dos hombres de piedra que habían aparecido:

—¡Lanzagranadas atómicas! Ellos tienen materiales metálicos que resisten la desintegración...

Rápidamente obedeció Arana, y la sala se llenó con el estruendo del primer disparo, produciendo la explosión terribles destrozos. Pero sin embargo, en el mismo momento se produjo el silbido precursor que indicaba que se iniciaba la emisión de las peligrosas ondas ultrasónicas, y Arana gritó:

—¡Destrozad todo! ¡Sin vacilaciones! ¡Hay que parar la emisión de ondas o estamos perdidos!

Aunque los efectos no le hacían daño aún, comenzaba a sentir la opresión que ya había percibido en la cámara de las ejecuciones y temió, además, por Rosa, que no llevaba protección alguna.

Sacristán y Núñez habíanse extendido, destrozando cuanto hallaban a su paso, sintiendo la angustia del momento y la grave responsabilidad que pesaba sobre todos; pero pese a los destrozos causados, la emisión de ondas no cesaba y Rosa pareció vacilar unos momentos.

Arana, que había logrado hacer saltar el cuerpo principal de la máquina que había atacado primeramente, saltó entonces sobre él, sintiendo las vibraciones sónicas, aunque casi carentes de fuerza, bajo sus pies. Aquello le hizo comprender que allí tenía un escape y que no se hallaba demasiado lejos del centro de producción; y al ver surgir ante sí un numeroso grupo de hombres de piedra comprendió que llegaba a su objetivo. Tal como había señalado, arremetió disparando, sin preocuparse de ellos, confiándose por entero a Rosa y a sus compañeros. Cuatro, cinco hombres rodaron ante él, y al fin lanzó un haz de rayos contra una especie de turbina.

El choque de rayos con la energía que producía la turbina fue terrible y el edificio se estremeció por unos instantes, siendo rechazados los hombres con violencia por el choque y la expansión de ondas, y el mismo Arana se vio brutalmente sacudido en el aire. Pero comprendió que había triunfado, pues inmediatamente percibió un gran alivio en todo el cuerpo y pudo apreciar que Rosa van Doen comenzaba a moverse con más agilidad, recobrando la energía por instantes. Lanzó entonces tres granadas atómicas al fondo de donde se hallaba la turbina e inmediatamente gritó, dirigiéndose a sus compañeros:

—¡Adelante! ¡Más de prisa! ¡Hemos triunfado!

Rápidamente deshizo un grupo de hombres de piedra e incitó a sus compañeros a seguir después de recorrer él aún un buen trecho, al

final del cual se detuvo.

—¡No paren hasta salir del cuerpo del edificio! Espérenme allí con el camino bien despejado. ¡Yo les sigo en seguida! —tronó con potente voz, dominando la confusión, las voces, el ruido de las explosiones.

Los hombres de piedra, que habían atacado con terrible denuedo en los primeros momentos, sentíanse desmoralizados al ver que sus tubos, que lanzaban rayos destructores, no causaban el menor efecto en sus enemigos, mientras los rayos de la misma clase que disparaban éstos les iban causando un sensible número de bajas y comenzaron a retroceder los que quedaban en pie, desorientados, sin saber qué partido tornar al ver que la central productora de ondas, lo que habría debido ser su más efectiva defensa, quedaba destruida también.

Arana, en tanto, una vez se consideró a distancia suficiente para que no le alcanzaran los efectos de la onda explosión ni los cascos que saldrían disparados por el aire, disparó un haz de rayos en dirección a las granadas atómicas. La ígnea lengua recorrió el espacio como una exhalación, y Arana, seguro de haber hecho blanco, se lanzó al suelo. Prodújose fuerte llamarada y una terrible explosión que lanzó por el aire restos de metales retorcidos, cascotes, miembros pétreos de hombre… La destrucción hallábase consumada y Arana se alzó, corriendo como una exhalación hacia donde sus compañeros le aguardaban luchando, cercados por una verdadera y movible muralla de hombres de piedra, los cuales, al comprobar que sus armas desintegradoras no causaban efecto, habían comenzado a arrojar contra el grupo de hombres de la Tierra cuantos objetos contundentes hallaban a mano.

Afortunadamente, los trajes de zirconio y caucho, especie de ligeras armaduras, les protegían, y los efectos de la lluvia no llegaba a inquietarles de momento, si bien debían preocuparse de proteger con sus cuerpos a Rosa van Doen, a la que habían situado en el centro.

Los hombres de piedra, dirigidos por uno de los «elegidos», quedaban desintegrados casi en racimos; pero apenas desaparecidos unos, surgían otros, sin que el «elegido» llegase jamás a situarse a tiro de los atacantes.

La llegada de Arana, impetuosa, rompió el equilibrio que el forzado compás de espera a que se habían visto obligados sus compañeros mantenía, y prontamente quedó abierta una brecha, por la que se precipitaron destrozando cuanto hallaban a su paso, logrando salir hasta un lugar donde pudieron parapetarse.

Arana, junto con Rosa, situóse en el centro, protegido por sus compañeros, y haciendo uso del radio-teléfono marcó la señal, siendo rápidamente respondido por Daoiz.

—¡A la orden, señor! ¡El grupo de «zapatillas volantes» pasa en estos momentos sobre mi cabeza!

—¡Formidable! Hemos triunfado y no habrá barrera de ondas. Comuníqueselo y que se pongan a la vista los mapas que sacamos del Gran Cráter. Tan pronto lleguen sobre mi cabeza estableceré contacto directo con ellos. Nada más...

Arana elevó hasta el cielo su angustiada mirada. El sol iniciaba su ocaso y temía no poder llegara tiempo de evitar el sacrificio de Sarita. Por unos momentos pareció dudar, no sabiendo si correr en demanda del vehículo y lanzarse locamente camino adelante. Pero no. No debía perder los nervios. Los hombres de piedra no lograban estrechar el cerco, no resultando por tanto realmente peligrosos, y las primeras «zapatillas volantes» aparecieron en lo alto del círculo que formaba el borde del cráter. Cambiáronse las señales de reconocimiento y Arana comenzó a dar órdenes al jefe del grupo a la vista del mapa que él llevaba consigo y no tardaron varios aviones en lanzarse en picado, cayendo sobre los hombres de piedra que les cercaban, disparando series de proyectiles atómicos que sembraron el espanto y la muerte, viéndose incapaz el «elegido» para contener a los hombres y que continuaran luchando. Un proyectil alcanzó a él mismo, destrozándole la cabeza, y los primeros aviones pasaron zumbando sobre sus cabezas, aumentando el desconcierto de los hombres de piedra ante lo nunca visto y llevando verdaderas ráfagas de' emoción a los pechos de los valientes luchadores que vieron su camino expedito. Pero Arana, con el mapa ante la vista, continuaba dando órdenes.

CAPÍTULO VIII

EN EL ARA DE LOS SACRIFICIOS

El sol hallábase ya casi a punto de desaparecer tras el borde del cráter cuando Sarita Naranjo, que se hallaba arrodillada, rezando debajo del ara donde debía ser sacrificada, sintió que tina mano se posaba sin dulzura alguna sobre uno de sus hombros, mientras una voz bronca decía algo en el idioma de aquellos horribles seres, algo que no entendió pero que supuso debía ser la comunicación de que su última hora había llegado. Por unos instantes sus pensamientos volvieron a las cosas terrenas, desfilando por su mente las imágenes de sus padres a los que tanto quería y la del apuesto Arana. Por unos instantes pensó que si no hubiese sido tan rebelde ni desobediente no se vería en aquellos momentos en tan triste situación, que no le dolía precisamente por lo que a ella pudiese ocurrirle, sino por la tristeza, el dolor que llevaría a sus padres; a sus padres y a él, a Luis Arana. Estaba segura de que él sufriría también, enormemente. Por más que él, cuando no había acudido en su auxilio, era señal evidente de que algo le había sucedido. Tal vez en aquellos momentos estuviese muerto por intentar salvarla, y no sólo él, sino muchos de sus compañeros; y los seres, cuya salvación dependía principalmente de él, entre ellos sus padres, se habrían quedado sin el magnífico guía, sin el único de entre todos ellos capaz de sacarlos de allí para volverlos a su amada Tierra. Tierra que ella no volvería a ver y que prefería que fuese así de faltarle él...

Pero sus pensamientos fueron interrumpidos de nuevo con bastante brusquedad por el mismo ser, que vestía una larguísima túnica ricamente ornada y al cual acompañaban otros dos hombres de parecidas características. El pelo de la joven cayó suelto por la mano del hombre; que pareció deleitarse en la perfumada cabellera para luego, asiéndola casi de golpe, tirar de ella hasta obligarla a ponerse de pie.

Habían vestido a la muchacha con una túnica blanca y amplia que le llegaba hasta los pies y que llevaba anudada a la cintura, poniendo de manifiesto la gracia de sus veladas formas, su exquisita belleza.

Los dos auxiliares del que Sarita consideraba como su verdugo, la cogieron de los brazos para; ayudarla a subir hasta la base del ara, pero ella, que ante la inminencia de la muerte había recobrado todo su valor y no quería dejar ver el menor signo de desfallecimiento, los rechazó bruscamente, subiendo por su propio pie, con movimiento firme, seguro, tratando de poner de relieve toda su dignidad.

Una vez arriba, tendió su mirada en derredor y se vio rodeada por una inmensa mancha gris, pétrea; las cabezas de miles y miles de hombrea de piedra, de fanáticos que asistían a su sacrificio, que preferirían la muerte a perder tal acto. Sintió, aunque no los veía, los miles de pares de ojos clavados en ella y sintió el murmullo, semejante a una tormenta que, saliendo de sus gargantas que adivinaba resecas, se elevaba hacia el infinito.

Mientras los dos auxiliares permanecían uno a cada lado de ella, el que consideraba como verdugo, y que llevaba un cuchillo de brillante hoja en la mano, habíase adelantado y con voz tonante había comenzando a declamar una especie de salmodia que en algunos pasajes era interrumpida por los histéricos gritos de los hombres de piedra. No entendía Sarita nada de ello, pero pensó que de no resultar tan trágico, de no significar aquello el final de su vida, se reiría de buena gana.

El clamor de la multitud iba subiendo de tono al compás de la salmodia del verdugo y por unos instantes llegó Sarita a estar verdaderamente impresionada, teniendo que cerrar los ojos para no ver los gesticulantes rostros de los seres más próximos al ara y que tenían que ser contenidos por la fuerza bruta.

En una especie de tablado cercano, elevado muy por encima de las cabezas de los hombres de piedra, habíase establecido un brillante cortejo de aquellos seres que eran como ellos, como alguna de las razas de los habitantes de la Tierra y entre ellos adivinó al Serenísimo Ras-Turai, del que había oído hablar y cuyas ardientes miradas caían sobre ella, llegándola a ruborizar. Al fin terminó la salmodia del verdugo y éste se dirigió, tratando de aparecer majestuoso hasta donde Sarita se hallaba, y con un movimiento rápido, sin dejar de pronunciar su retahíla de extrañas palabras, tomó a la muchacha del pelo y con un hábil y fuerte tirón la obligó a ponerse de rodillas, haciéndole reclinar la cabeza sobre el ara a tiempo que levantaba su cuchillo, que refulgió herido por los últimos rayos de sol. E iba a realizar el golpe que debía poner fin a la vida de la bella española, cuando se produjo un fuerte alarido entre la multitud, la cual había levantado sus cabezas en la misma dirección, señalando sus índices extendidos hacia lo que a ellos les parecieron unos extraños pájaros metálicos, que rebrillaban al sol. Los aparatos producían un zumbido suave pero profundo, y el hombre del cuchillo detuvo su acción, pendiente de la multitud que había dejado de prestarle atención, que había dejado de aullar y que contemplaba silenciosa lo que consideraban de mal agüero y señal de su fin: «Seres que caerán del cielo...», decía la predicción...

Asustado, el brazo ejecutor se volvió hacia la tribuna donde el Serenísimo Ras-Turai se hallaba y pudo ver que éste se levantaba con

cierta violencia y que le hacía una seña imperiosa para que terminase. El sacrificio debía ser consumado si quería aplacarse la cólera de las divinidades y que los enemigos fueran confundidos.

Ante la orden del Ras-Turai, el cuchillo tornó a alzarse de nuevo, mientras la multitud, llamada por la salmodia del verdugo, volvía su atención al alto. El gesto del hombre indicó que iba a atacar... Pero en el mismo instante se oyeron una sucesión de repetidos ruidos de poco volumen, pero que dieron la sensación de quedar flotando en el aire, y el hombre del cuchillo dejó caer el arma a tiempo que se llevaba ambas manos al pecho y se derrumbaba, bañado en su propia sangre.

Produjo el hecho tal estupor, que, por unos instantes, no se percibió más ruido que el suave zumbido de las «zapatillas volantes» más cerca cada vez para de pronto estallar la multitud en un clamor horroroso que obligó a uno de los ayudantes del caído a empuñar el cuchillo dispuesto a terminar de realizar el sacrificio. De nuevo sonó el rápido tabletear de una de las ametralladoras, y el hombre que había tomado el cuchillo, cayó también, sucediéndole lo mismo al tercero.

Los hombres de piedra aparecían furiosos y se lanzaron en tromba, rompiendo los impedimentos que se les oponían para llegar hasta el ara, y Sarita, que había levantado la cabeza esperanzada, vio con horror que la multitud corría contra ella dispuesta a triturarla, a que su muerte se consumara. El fanatismo de aquellos seres necesitaba su sangre para aplacar la ira de sus divinidades y estaban dispuestos a que corriera...

Pero toda una escuadrilla de «zapatillas volantes» se precipitaba en aquel momento disparando sus ametralladoras, dibujando con ellas un círculo protector en torno al ara donde la muchacha se hallaba, no permitiendo que nadie pudiera llegar a ella y ensanchando cada vez más el espacio libre entre ella y la horda.

Hubo unos instantes en que los fanáticos, empujándose unos a otros, intentaron forzar el círculo, lográndolo algunos, que corrieron; pero antes de llegar al ara se vieron alcanzados, mientras la multitud, francamente asustada, comenzaba a huir, atropellándose unos a otros, pisoteándose, pasando los que quedaban en pie por encima de los caídos mientras los aviones continuaban su destructora labor, obligando a correr más y más a los desmoralizados hombres de piedra, atacando la tribuna donde se hallaba la clase de los «elegidos», obligando a saltar, a huir, a los que tuvieron la suerte de salvar la vida.

Nuevas escuadrillas de «zapatillas volantes» hicieron su aparición, no contentándose con disparar los proyectiles, sino arrojando también explosivos plásticos, y por unos instantes se vio el espacio cubierto de miembros destrozados, de despojos... La tribuna fue atacada

repetidamente, y la multitud vio cómo el propio Serenísimo Ras-Turai, que se había dado a la fuga, caía en mitad de su camino, rodando escaleras abajo, siendo pisoteado por algunos de sus asustados cortesanos. Varios explosivos pusieron un rápido final a la ignominia, y no habían transcurrido ni dos minutos desde la iniciación del ataque, cuando toda la vasta explanada ante el templo, en el centro de la cual había sido alzada el ara, había quedado completamente desierta, sembrada únicamente de los despojos de los muchos hombres de piedra que habían caído.

Sarita aparecía sola en el ara, próxima a los cadáveres de los que debían haber sido sus verdugos, custodiada por el vuelo de los aviones; y llegó a sentir lástima y horror ante la horrorosa masacre; y vencida por las terribles emociones que había vivido, se desmayó.

Mientras tanto, los desmoralizados hombres de piedra huían, viéndose mezclados entre ellos algún ser que otro de la raza de los «elegidos», de las cabezas que los habían dirigido. Y los hombres-bestia, comprendiendo por instinto que aquellos desmoralizados seres que huían no eran capaces de presentarles una resistencia, que los resortes del orden establecido allí habían sido saltados, dieron rienda suelta al odio contenido por la esclavitud y el dominio de centenares de años y se lanzaron sobre ellos, atacándoles con sus poderosas manos, arrancando miembros, separando cabezas, destrozando con insana furia todo lo que se movía, todo lo que para ellos representaba la vida de esclavitud que habían llevado. En sus cerebros, cuya capacidad de razonamiento era limitadísima, no había cabida más que para unas ideas: matar, destrozar; destrozar, matar…

Arana y el grupo de sus amigos que volaban materialmente en el vehículo de Bud-Dorko, teniendo que sortear en ocasiones aterrorizados grupos que huían, comenzaron a darse cuenta del terrible problema que se planteaba; pero sintiéndose un tanto impotentes para impedir la matanza continua de hombres de piedra, dieron orden para que los hombres-bestia fueran atacados desde el aire para tratar de aislarlos, separándolos de los que hasta entonces habían sido sus opresores y ahora eran sus víctimas.

Las «zapatillas volantes, a excepción de una escuadrilla que continuó volando en círculo para dar protección a Sarita, se volcaron en la nueva misión haciendo retroceder en muchos puntos a los hombres-bestia que tenían acorralados grupos bastante numerosos de hombres de piedra que, sin más armas para luchar que sus manos, se veían en inferioridad ante los colosales y primitivos seres que les iban diezmando irremisiblemente.

El Gran Cráter era un verdadero hervidero de luchas parciales, de seres que sólo pensaban en destruir, y el grupo de expedicionarios hubo de sortear amenazadoras pandillas de hombres-bestia, que, al

sentirse atacados desde el aire, al comprender que la revancha les iba costando bastante cara, hallábanse cada vez más enfurecidos.

Y un grupo bastante numeroso de ellos, al divisar el vehículo de Bud-Dorko y ver que aparte de éste y un hombre de piedra viajaban seres extraños, se decidieron a atacar, cargando con furia, ganando terreno a una velocidad increíble, atajando para lograr cortar el avance del vehículo.

Arana vio el peligro inmediatamente y distribuyó convenientemente a sus hombres dentro del carruaje, guardando en el centro a Rosa van Doen y a los dos prisioneros; a ella, bien armada para que cuidase de que tanto Bud-Dorko como el hombre de piedra no pudieran moverse.

—¡Vamos pronto! ¡Fuego! —ordenó Arana.

Sin dejar de correr el vehículo, abrieron fuego sus ocupantes, saliendo como exhalaciones los rayos desintegradores y los eléctricos, y las primeras filas de atacantes quedaron clareadas en pocos segundos; pero no por ello los que marchaban detrás frenaron su avance, sino que atacaron con mayor denuedo, comprendiendo que su victoria sólo podía llegar en la lucha cuerpo a cuerpo, y tanto Arana como sus amigos hubieron de multiplicarse, teniendo que frenar el vehículo ante los cuerpos que prontamente obstruyeron el camino metálico y por los seres que, vivos, no temiendo a las armas que llevaban los terrestres, se colocaron en el camino, interceptándolo, dispuestos a que los enemigos no pasaran, formando una verdadera muralla de carne.

—¡Disparen únicamente las armas desintegradoras para limpiar el camino! De lo contrario no podremos continuar avanzando —ordenó Arana.

Las armas desintegradoras funcionaron rápidamente, levantando breves columnas de humo donde antes habían cuerpos, y el vehículo pudo continuar su avance, pero lentamente, y los hombres-bestia, al ver que no lograban acercarse a ellos y que se les iban a escapar, retrocedieron fuera del alcance de las armas y comenzaron a arrancar del suelo piedras y otros objetos arrojadizos y pronto una verdadera lluvia de tales proyectiles volaba en dirección del grupo expedicionario. La mayoría de los proyectiles quedaron cortos, pero algunos, de dimensiones bastante considerables, hicieron blanco en el vehículo, conmoviéndolo, recibiendo sus ocupantes la sensación de que con unos cuantos aciertos corrían peligro de quedar en tierra o morir aplastados.

La situación era agobiante, y Arana hubo de mudar las armas, ordenando al mismo tiempo a los suyos:

—Conserve la pistola atómica mientras conduce, alférez Sacristán, y libre con ella el camino de obstáculos, desintegrándolos. El resto,

usen proyectiles atómicos. Tenemos que alejar a esa gente o nos van a destrozar con alguno de sus golpes.

Una piedra de enormes dimensiones golpeó con extraordinaria violencia la trasera del coche, haciéndolo ratear y estando a punto de volcarlo, y el alférez Núñez, con certera puntería, desintegró en el aire dos proyectiles más de parecido calibre y que, lanzados por los colosos, hubieran caído en el centro del vehículo. Los subfusiles ametralladores de proyectiles atómicos iniciaron su rápido fuego, con una cadencia de 1.100 disparos por minuto, y las certeras ráfagas, mordiendo la carne de los colosos, obligaron a éstos a tenderse en tierra, después de ver que muchos de ellos caían. Pero no por eso desistieron de su ataque, sino que avanzaron entonces arrastrándose, buscando la protección de los accidentes del terreno, corriendo en los claros, demostrando un sentido instintivo de lo que es el arte de la guerra. En esta posición, los proyectiles eran lanzados esporádicamente y con bastante menos eficacia y pronto el vehículo pudo salir del difícil trance, rebasando el grueso de la línea que los hombres-bestia habían formado.

Continuaron los feroces seres su persecución, pero cada vez iban quedando más alejados, y el impaciente Luis Arana pudo por fin llegar a la explanada frente al templo, donde el ara de los sacrificios se alzaba.

El vehículo hubo de detenerse bastante lejos del ara, imposibilitado el paso por la gran cantidad de restos de hombres de piedra que habían quedado sembrados, empapando la tierra con su sangre, ofreciendo una visión desoladora.

Arana, sin exteriorizar la gran ansiedad que sentía al no ver en pie a Sarita, tras comunicar con las «zapatillas volantes» para que protegieran también al vehículo contra el posible ataque de los hombres-bestia, saltó del vehículo, siguiéndole a una orden suya Santi y el alférez Núñez, corriendo en dirección a donde el cuerpo de Sarita yacía y del que, desde su posición, sólo podía ver parte de sus flotantes vestiduras y la oscura mancha de su pelo suelto, que le cubría la cara.

Con viva ansiedad llegó hasta ella, y al comprobar que vivía, que lo que la mantenía abatida era sólo un pasajero desmayo, sintió su alma llena de júbilo; y tomando el desmayado cuerpo en brazos, se dirigió hacia donde el vehículo aguardaba.

Rosa van Doen abatió la cabeza, sintiendo su fracaso, pero percibiendo al mismo tiempo una íntima satisfacción al comprobar que el odio no vivía ya en ella, que comenzaba a redimirse… Y cuando Sarita estuvo a su lado en el vehículo, la abrazó con lágrimas en los ojos.

—Espero que sabrás perdonarme, Sarita. Yo estaba como loca…

La muchacha, reanimada, dirigió la mirada de sus hermosos ojos al rostro de la holandesa y de ésta los pasó al de Luis con gesto interrogador; y Arana, sintiendo la emoción del momento, oprimió la mano de la amada a tiempo que sonreía a la holandesa.

—Gracias a ella vivimos. Su ayuda, cuando más necesaria era, es la que nos ha salvado, dándonos posibilidades de luchar y vencer...

Mientras tanto, en torno a ellos continuaba la lucha implacable, sin que pudiera ser cortada por las acciones de las «zapatillas volantes» y Luis Arana, satisfecho de tener todo el grupo a salvo y comprendiendo que las «zapatillas» se iban acercando al límite de su permanencia en el aire, ordenó que se agrupasen para proteger su retirada y dio la orden de retorno, dirigiendo el vehículo hacia el canal.

Los hombres bestia, en número cada vez mayor, habían ido entretanto estrechando un nuevo cerco en torno al vehículo, dispuestos a lanzarse a un nuevo asalto y las «zapatillas voladoras» hubieron de emplearse a fondo de nuevo para abrir una brecha y que el automóvil pudiera salir.

La persecución de las feroces bestias continuó entonces, pero de lejos, haciendo funcionar sus rudimentarios telégrafos de señales y cuando los expedicionarios llegaron al pequeño puerto fluvial, pudieron ver que la parte alta del túnel estaba ocupada por una verdadera nube de feroces hombres bestia que luchaban por taponar la entrada del túnel para evitar que pudieran escapar.

Y de nuevo hubo de ordenar Arana a sus «zapatillas volantes» que actuasen a tiempo, que desde el propio vehículo comenzaran a funcionar los fusiles ametralladores.

La masa de aquellos feroces seres, al recibir la rociada de impactos, sufrió un estremecimiento y de las paredes del cráter comenzaron a desprenderse los cuerpos heridos que, volteando aparatosamente en el espacio iban cayendo en el pequeño lago artificial, lanzando espantosos alaridos.

Las armas desintegradoras entraron también en acción para ir abriendo paso en las aguas del lago, librándola de los agentes obstructores y al fin, el grupo acaudillado por Arana, pudo saltar a una de las canoas, cuya proa enfiló la entrada del subterráneo, desapareciendo prontamente por la negra boca, mientras las «zapatillas volantes» continuaron por unos segundos sus servicios de protección, reanudando luego su viaje en dirección a las bases a comunicar la noticia del salvamento.

Pero la persecución de los hombres bestia continuó tenaz dentro del túnel, persiguiendo a los fugitivos en sus veloces canoas y Arana hubo de recurrir a las granadas atómicas, empleándolas contra las canoas enemigas.

Pronto, las fuertes detonaciones hicieron estremecer las paredes del canal y los duros impactos de las granadas fueron convirtiendo en astillas las canoas, destrozándolas junto con sus ocupantes, teniéndose éstos que lanzarse al agua y abandonar las que continuaban enteras para huir nadando a toda prisa, a favor de la corriente, en dirección al cráter.

Y un suspiro colectivo de alivio acogió el final de la persecución.

—¡Uf! —exclamó Rosa van Doen—. Temí que no íbamos a poder despegárnoslos de encima. Ahora que todo va pasando y que podemos considerarnos a salvo me parece que ha sido una pesadilla.

Arana, sonriente, guiñó un ojo:

—Por mi parte no me sonroja confesar que por primera vez en mi vida he llegado a sentir miedo. Fue en los momentos que me vi impotente para luchar contra las ondas ultrasonoras, y luego, cuando se nos opuso aquella verdadera montaña de hombres bestia, empeñados en no dejarnos pasar...

Pero un gesto de terror de Bud-Dorko, señalando hacia el techo del canal, cortó las palabras de Arana, y todos los ocupantes de la canoa miraron hacia donde el turasai señalaba. La onda explosiva de las últimas granadas disparadas, había hecho que la bóveda que formaba el techo del canal se agrietase, comenzando a desmoronarse y una verdadera lluvia de cascotes había comenzado a desprenderse, cayendo con estrépito en el agua, llenando de polvo el aire, salpicando primero a los componentes del grupo y golpeándolos después, poniéndolos en difícil situación.

La voz de Arana, dominando el ruido, se impuso:

—¡A toda velocidad, alférez! ¡Cubran con sus cuerpos a las mujeres que no llevan protección!

Mientras tanto la lluvia de cascotes arreciaba, cayendo muchos de ellos dentro de la canoa, amenazando con hundirla y Arana logré mantener la situación disparando incesantemente rayos desintegradores para deshacer la mayor cantidad posible de cascote y evitar que cayese en la 'embarcación. No obstante, ésta marchaba cada vez más pesadamente, amenazando con hundirse y sin preocuparse excesivamente de la peligrosa lluvia, unos y otros hubieron de dedicarse a librar la embarcación de cascotes, logrando mientras tanto el alférez Sacristán sacarla de la zona peligrosa.

Finalmente se produjo el derrumbamiento de una parte de la techumbre y el canal quedó obstruido. La canoa se vio violentamente sacudida y gracias a la pericia de Sacristán no se estrelló; pero entonces sobrevino un nuevo peligro. Con la obstrucción del canal, las aguas, sin casi salida, fueron rápidamente subiendo de nivel, convirtiendo la situación en angustiosa y Arana, con firme decisión de vencer, hubo de arrojarse al agua mientras ordenaba a Sacristán que

continuase lo más velozmente posible.

Conservando el tubo lanzarrayos fuera del agua, se dejó arrastrar Arana por las aguas y una vez a tiro lanzó haces de rayos contra la obstrucción que, poco a poco, se fue desmoronando, llenándose el espacio de irrespirable humo lleno de nocivas radiaciones, y cuando al fin logró Arana su objetivo de producir una salida a las aguas, éstas se precipitaron con fuerza turbulenta y el audaz comandante español hubo de luchar entonces denodadamente para no ser arrastrado, aferrándose con todas sus fuerzas a las rocas hasta que pasó la turbonada de agua.

E iba ya a alejarse del peligroso lugar cuando vio que la roca a que se había aferrado y las porciones de materia que le rodeaban, producían brillantes irradiaciones.

Un grito de júbilo escapó de su garganta y tomando una muestra del mineral, la guardó cuidadosamente y comenzó a nadar briosamente hasta reunirse con sus compañeros que, llegados al final del canal, le aguardaban dispuestos a tomar el ascensor que debía conducirles hasta la galería superior, aquella donde se hallaba situada la boca de entrada.

Pero antes de subir, mostró el hallazgo a sus compañeros.

—¡Atención, amigos! ¡Mineral radioactivo! ¡Es lo que nos faltaba y con esto, no tardaremos en poder salir de aquí y dirigirnos a nuestra añorada Tierra! Hoy va a ser un día de verdadera alegría en nuestras bases. Veremos qué dice el profesor Riveiro de esto.

Los componentes del grupo se agruparon jubilosos en torno a su jefe, tratando de ver lo más cerca posible el maravilloso mineral, formando un grupo alegre, esperanzado…

Y en tal momento surgió lo imprevisto. Se oyó un grito agudo, de agonía y un chapoteo como de un pesado cuerpo al caer al canal.

Por unos instantes se revolvieron todos, contemplándose con expresión de perplejidad y fue Sarita la primera en darse cuenta de lo que sucedía al ver que las aguas del canal eran violentamente batidas por dos cuerpos en lucha dentro de ellas.

—¡Dios mío! ¡Falta Rosa… y el tipo ese…! ¡Bud-Dorko!

Pero ya Arana había reaccionado y dejando el mineral en manos de sus compañeros habíase lanzado al agua, manteniendo su cuchillo entre los dientes, dirigiéndose con potentes brazadas hacia donde se luchaba. Al llegar vio que Bud-Dorko forcejeaba por arrastrar a Rosa van Doen debajo del agua y que ésta se debatía, tratando de sacar la cabeza fuera del agua. Bud-Dorko no se dio cuenta de la llegada del español, quien, sin vacilación, lo cogió de la capucha metálica que le protegía la cabeza, arrancándosela y a continuación, rápidamente, le hundió el cuchillo en la garganta, tiñéndose inmediatamente las aguas de rojo.

Al sentirse herido, soltó el turasai a Rosa y en un último esfuerzo trató de aferrarse a Arana para arrastrarlo consigo. Pero la muerte paralizó sus miembros y desapareció tragado por la corriente, mientras Arana recogía el cuerpo de Rosa van Doen, llevándolo consigo hasta la orilla donde sus compañeros se apresuraron a sacarla del agua.

Pronto comprendieron que todo lo que intentaran hacer por ella era inútil, ya que llevaba clavada una de las jabalinas del turasai en el vientre, desangrándose rápidamente por la herida.

Cuando Arana salió del agua, Sarita mantenía a Rosa sobre su regazo y sintió sobre él la implorante mirada de la moribunda, cuyos labios exangües musitaron su nombre.

—¡Luis!

El vaciló unos instantes contemplando a Sarita, pero ésta movió la cabeza en gesto afirmativo, haciendo que se acercase y depositando dulcemente en los brazos de él el cuerpo de la holandesa, retirándose luego silenciosamente.

—¡Luis! Luis, querido… Quiero que me perdones y que me recuerdes únicamente tal como he sido en las últimas horas de mi vida. Yo te he querido y te quiero inmensamente y estaba desesperada porque comprendí que jamás serías para mí. Sé que me he portado mal, pero también he sido mala toda mi vida y entonces era por lograr cosas de menos valor que tu cariño… No, no me prodigues consuelos tontos —le atajó al ver que él quería hablar—. Esto no tiene remedio y es mejor así, para mí y para todos. Jamás podríais tener confianza en mí y tal vez yo misma no llegaría a tenerla. Y doy gracias por haberte encontrado en mi vida, por que gracias a ti muero siendo buena. Y ella ahora te comprenderá porque por fin se ha dado cuenta de lo que vales y que la vida no es una novela rosa.

El cuerpo de la holandesa sufrió un estremecimiento y por unos instantes, en su bello rostro, idealizado por la proximidad de la muerte y por el sufrimiento, apareció un rictus de dolor.

—Bésame, Luis. Ella lo comprende y no le dolerá. Será lo único verdaderamente bueno que me llevaré de este mundo…

Casi sin fuerzas ya, aupó la mujer su cabeza, ofreciendo sus labios, buscando los de él, abrazándose frenéticamente al hombre hasta que su cuerpo se relajó, vencido por la muerte.

Y en su rostro, cuando lo separó Luis para que descansara en el suelo, vivía una sonrisa de suave felicidad…

EPÍLOGO

Luis Arana, tras dejar el grupo a salvo en la isla interplanetaria, devolviendo a Sarita a sus padres, corrió al encuentro de Doc-Lam, el jefe de los hombres acorazados que, conociendo el lugar donde su amigo había ido, vagaba como alma en pena abrigando la secreta esperanza de que, dadas sus condiciones, saliese con bien de la arriesgada empresa. Y tan pronto lo vio manifestó su alegría, corriendo a su encuentro, estrechándole efusivamente las manos.

—Doc-Lam sabía que si alguien podía salir triunfante, ese habías de ser tú forzosamente... Eres el mejor jefe que he conocido.

—Gracias, Doc-Lam. Pero es que yo luchaba por el triunfo de la razón y de la justicia. Ahora puedes decirle a tu pueblo que el mito de la montaña sagrada ha sido derrumbado y que dentro de ella hallarán un hermoso lugar, una especie de paraíso donde la vida es más fácil si se trabaja. Yo os conduciré a ese sitio y os enseñaré a manejar unos instrumentos que no conocéis y que deberéis emplear bien, en beneficio de todos. Son el producto de una civilización que ha caído porque estaba mal cimentada, apoyada en el rencor, el afán de venganza, el sentido de la opresión y en la injusticia. Y por eso tales instrumentos se han vuelto en contra de ellos, asfixiándolos. A tu pueblo le toca recoger la antorcha de la civilización que ha caído de manos de ese pueblo desgraciado, pero debes pensar que el progreso debe alcanzarse de forma armoniosa entre lo moral y lo material. Sólo así será justo, tu pueblo será grande y llegará tan lejos como se proponga. ¿Y tu rival Ñae-Ram, qué ha sido de él?

—El consejo de ancianos lo reprendió en público y él, queriendo demostrar que valía más que nadie, salió a cazar solo, enfrentándose con la bestia, y pereció. Lo hemos lamentado porque era valeroso, pero la tribu ha recobrado su tranquilidad; la experiencia ha servido de lección a los jóvenes revoltosos y ahora no. tengo miedo a que mi pueblo empuñe esa antorcha de la civilización, seguro de que sabrá hacer buen uso de ella...

Y cuando días más tarde, un grupo de guerreros y cazadores de los hombres acorazados, al mando de Doc-Lam y acompañados por Arana volvieron al Gran Cráter, hallaron éste totalmente desierto. La raza de los «elegidos» y los hombres de piedra, habían sido totalmente exterminados por los hombres bestia, y los pocos supervivientes de éstos habían huido, dejando a Turasai, la bella hija del fuego, totalmente abandonada.

—Es hermoso, como verás, y aquí estaréis a cubierto de los vientos y esa barrera os protegerá de los volcanes. Pero no debéis

aislaros y conservaréis la salida y aun practicar otras. Un equipo de mis hombres os enseñará a serviros de todo esto, a que lo pongáis en estado floreciente, a que lo mejoréis...

—Gracias. Y mi pueblo te agradecerá siempre esto. En la frente de cada cual están escritos sus propósitos y yo conocí que los tuyos eran buenos —terminó sentenciosamente Doc-Lam.

* * *

Mientras tanto, en la isla planetaria «S», libres de las preocupaciones que significaban Dom-Ashar y Rosa van Doen y con los hallazgos realizados por el comandante Arana, se trabajaba febrilmente, deseando acortar el plazo de salida de Buitrago, temerosos de que el planeta errante se alejara no sólo del sistema solar, sino de la galaxia, haciendo el viaje de regreso a la Tierra interminable.

Y gracias a la aportación del mineral radioactivo y de las armas atómicas de los turasai, de las cuales fue entregada una al profesor Riveiro, éste salió una buena mañana de su laboratorio, despertando a todos y gritando:

—¡Ya lo encontré! ¡Por fin he logrado desintegrar el átomo de Buitrago!

—Eso es formidable —expresó Arana con expresión entre ingenua e irónica—. Es tanto como volver a descubrir la pólvora...

El sabio se le quedó mirando pensativo.

—No me diga... Pues es cierto... —añadió rascándose la cabeza en cómico ademán—. No había caído en que los turasai me han dado el trabajo hecho...

—Está bien, profesor, pero no hay que desanimarse. Supongo que algún día, en otro lugar, encontraremos un átomo de nueva composición y entonces, con su experiencia, estoy seguro de que no se le escapará.

—Algo así será —respondió comenzando a entusiasmarse Riveiro —. ¿Y tardaremos mucho en llegar a ese nuevo planeta?

—Primero tendremos que salir de aquí...

—¡Pues es verdad! Y eso, en parte, depende de mí, ¿no es eso? Pues corro antes de que se me haga tarde.

Y volvió a sumirse entre los muchos trastos de su laboratorio...

Otros de los sabios, reunidos con el hombre de piedra que se había salvado de la catástrofe y al cual comenzaban a considerar como pieza de museo, iban estudiando y penetrando en el misterio de su constitución que el profesor Hansen resumió:

—Por lo analizado y las declaraciones del hombre, la raza de hombres turasai, no queriendo contacto alguno con el exterior,

tomaron como base el hombre vegetal y con cuidadosos injertos y alimentaciones especiales, fueron logrando, tras una serie de generaciones, de perfección en perfección, si así se le puede llamar, al hombre de piedra, que era sobrio y resistente para el trabajo e invulnerable, o poco menos, para las armas primitivas de los moradores del exterior. Así hicieron de ellos una raza de trabajadores que les permitía vivir en la molicie, mientras los hombres de piedra producían para ellos, cazaban para ellos y luchaban por ellos contra las fieras, capturándoles además a los que tenían la desgracia de acercarse a sus dominios. Pero esto desembocó en una rebelión de los hombres de piedra contra sus tiranos y después de unas luchas sangrientas, en que los «elegidos» quedaron muy diezmados, aunque resultaron vencedores, por mutuo acuerdo la clase de hombres de piedra se emancipó, ocupando los menesteres menos penosos, y domesticando a lo que desde entonces llamaron hombres bestias, que pasaron a ocupar su sitio en la esclavitud… Y ese ha sido su final… Ello obligó también a los «elegidos» a superarse y de aquella época datan los descubrimientos más notables que les habían de dar la supremacía sobre los hombres de piedra: la desintegración del átomo, las ondas ultrasonoras, los gases filtros y todos esos otros inventos menores que tanto nos han extrañado…

—Y que también nos van a servir para largarnos de aquí —añadió Arana que asistía a la pequeña conferencia, teniendo a su lado a Sarita Naranjo.

—Y con las ganas que tengo yo de verme en mi Madrid —suspiró ella.

—Y yo. Aunque no sea más que para tirarle de los bigotes a tu respetable tío, el general Lomas…

—Y por casarte conmigo, ¿no?

Arana pareció meditar.

—Sí. También un poco por eso —respondió al fin—. Ahora, visto el cambio que has hecho, comienzo a pensar que tal vez saldré ganando.

Y ante el escándalo del resto de los asistentes a la conferencia, los dos jóvenes se unieron en un abrazo, sellado con un fuerte beso…

FIN

20

¡TRAGICO DESTINO!

¡El errante planeta camina irremisiblemente hacia su perdición! ¡Hacia su total destrucción, calcinado por los rayos del sol!
Y un grupo de hombres de la Tierra, refugiados en él, conocen su

¡TRAGICO DESTINO!

Algo nuevo y fascinante. En sus páginas vivirá el lector la lucha de los desgraciados que tratan de sustraerse y sustraer a los habitantes del planeta de la apocalíptica catástrofe
Y ello en medio de un mundo de pasiones y ambiciones, entre extrañas criaturas creadas por una avanzada civilización surgida en las entrañas del extraño planeta...

¡TRAGICO DESTINO!

es una emocionante y audaz concepción del notable escritor

ALF. REGALDIE

que se publicará en el próximo número de la

Colección
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio 5 pesetas

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura